



José Jiménez Lozano

La QUERENCIA
de los BÚHOS



Cuentos



Literaria

18

Serie dirigida por Guadalupe Arbona

José Jiménez Lozano
La querencia de los búhos
Cuentos



© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2019

© del epílogo: Antonio Martínez Illán

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN Epub: 978-84-9055-894-2

ISBN: 978-84-9055-963-5

Depósito Legal: M-6259-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

«Dumas padre enunció un gran principio cuando dijo que para crear un drama un hombre necesitaba una pasión y cuatro paredes».

(Willa Cather, *Para mayores de cuarenta*)

*A mis nietos:
Guillermo y Carlos, Sofía y Marta, Sara, Carmen y Pablo*

CUENTOS

LA QUERENCIA DE LOS BÚHOS

—¡Ya ve lo que ha dicho la televisión, y también la radio! Que va a haber un cambio de clima, y van a venir sequías, nieves e inundaciones.

Pero, como el señor Juan, el guarda del pinar, no reaccionaba, ella añadió que la radio o la televisión había dicho también que eso sucedía por los humos de los coches y de la industria, y que iban a tomar medidas los Gobiernos.

Ella estaba dando con otras dos amigas el paseo de muchos días, y el señor Juan, el guarda del pinar, estaba haciendo su ronda de vigilancia diaria, y se había acercado a aquella fuentecilla entre aquellos chopos, donde antes había estado la ermita de la que solo quedaban ya trozos de sus antiguas paredes, excepto la pared de la espadaña de las campanas que seguía estando entera; pero los otros trozos de pared habían quedado tan a propósito en su altura para sentarse, que parecía que todo estaba allí dispuesto a intención para pasar un rato al solillo, o para echar un cigarrillo y una parleta con alguien, o a solas si se terciaba, a la sombra de la pared de la espadaña en el verano.

—Pues ¡ya ven ustedes lo que son las cosas!, que, cuando ese año hubo aquí el incendio de los rastrojos, y lo apagué yo solito, me dijeron que eso no era de mi incumbencia.

Y lo que había hecho simplemente había sido hacer un cortafuego y luego, con un balde o errada grande, que él sabía que había en la casilla de la huerta de allí cerca, echar una buena rociada de agua sobre lo que parecía el foco del fuego, y en paz, ya había sido suficiente. El resto del fuego se había consumido por sí mismo, porque eran cuatro pajas que apenas si afloraban de la tierra la mayor parte de ellas. Pero como si hubiera cometido un crimen, porque le habían dicho los técnicos de extinción que ni se le volviera a ocurrir una cosa así, porque él no tenía competencia para hacerlo. Y que los fuegos, como todo, eran cosa de especialistas.

—¿Aunque se extienda el fuego mientras tanto? —había preguntado él.

—¡Eso no es de su incumbencia! —dijo el técnico.

Así que ya no quería saber nada de nada, se había comprado un teléfono móvil, y no le avisaba al alcalde de la colilla que este o el potro habían tirado allí junto al regatillo, dijo, señalando una, porque habían empezado a hablar y se estaba desahogando; que, si

no, aun estando apagada y todo como estaba, avisaría al alcalde para que este avisase al servicio de técnicos y viniera a hacer los análisis, como decía.

—Y por esto era por lo que las iba a decir que lo del cambio climático me da igual. Yo, como los pastores de antes, ya estoy hecho a calores y a fríos, y a nieve, lluvia y tempestades. Y hasta a rayos y truenos, que es lo más temeroso, si le pilla a uno dentro del pinar.

Pero doña Lucía, la maestra, trató de convencerle de que no era lo mismo que lo que siempre había sucedido, sino algo que en el mundo sucedía por primera vez; que la tierra se estaba sobrecalentando, o ya se había sobrecalentado, el mar había comenzado a rebosar sobre la tierra, y no era que en el Polo Norte hiciera calor, pero hacía menos frío que el que tenía que hacer, y todo estaba descontrolado. Y a lo mejor iba a decir más doña Lucía, pero en ese instante levantó el vuelo de entre las piedras caídas de la pared de la espadaña de la ermita una lechuza o búho, haciendo un tal ruido con su aleteo para ir a acomodarse en su lugar, que les cortó la conversación; y el señor Juan dijo:

—¡Mira tú qué hará aquí este bicho solitario!

Pero luego se corrigió enseguida, y añadió que, como decía el otro guarda del pinar que estuvo antes que él, esta familia de las lechuzas y los búhos tenían una fidelidad a las iglesias como un perro a su amo; porque se decía que se bebían el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento, pero no debía de ser así, porque el caso era que se quedaban en las iglesias, cuando ya no había que encender ninguna lámpara de presencia o ausencia, y la gente ya no iba ni atendía el edificio para nada; y también en las iglesias medio caídas o caídas del todo, y lloviese, nevase o hiciera frío o calor. De modo que allí no había lámparas de aceite, pero esos bichos allí estaban con sus ojos como con gafas anchas de aros de oro, tranquilos y asombrados; y por algo sería esa querencia que tenían, y ya no tiene nadie en este mundo, más que ellos.

Y tanto a estos bichos, como a mí, también nos da lo mismo el cambio climático, y que la gente no vaya a las iglesias porque es la moda, y las dejen caer.

Pero entonces ellas, las tres, fueron explicando de nuevo que ya hablarían otro día, más despacio, pero que recordase y registrase en su memoria a ver si había habido un mes de octubre, ya casi noviembre como este, que parecía verano.

—Ya las digo que a mí me parece todo bien, venga como venga, hasta con frío o con calor excesivos. Pero, a lo mejor, si hace un tiempo que no tiene que hacer, aviso al alcalde para que él avise a los del climático, y lo arreglen.

—Pero no una tarde como esta, señor Juan, no nos estropee el paseo. ¡Fíjese que nos ponen una tarde de las de noviembre de algunos años!

El señor Juan se sonrió, y dijo:

—¡Pues a lo mejor vemos algo parecido! Esto, y sabe Dios qué más.

Luego se despidió y echó a andar por un estrecho sendero hacia el bosquecillo de pinos muy cercano; y ellas continuaron andando por el camino que iba hasta el cruce con la carretera, y charlando un buen rato todavía, en medio de aquel silencio.

Y, de repente, comenzó a extrañarlas la observación que había hecho el señor Juan de que los búhos y las lechuzas seguían yendo a la iglesia, y quedándose a vivir allí, cuando ya no iba nadie o casi nadie ni para estarse un poco bajo teja durante la calorina o una llovizna; y ahora mismo podían decir hablando de ellas mismas que, casi sin darse cuenta, tampoco iban ellas que habían ido años y años tantas veces, y que estos bichos se lo preguntaban, como guardianes silenciosos. Una cosa así tenía que ser por el cambio que había habido en todas las cosas del mundo.

—Un cambio universal o algo así tiene que ser —dijo doña Águeda.

LA SUBLIME PUERTA

Llevaba muerta ya seis años, cuando los Señores Inquisidores ordenaron desenterrarla para quemar sus huesos e infamar su memoria. Durante toda su vida había sido considerada como una alta dama, espejo de casta limpia. Llevaba un alto apellido y estaba emparentada por vía materna, con los Láscaris y Comnenos bizantinos, y entre sus familiares había quienes habían muerto en defensa de Constantinopla, y en su palacio tenía una hermosísima capilla con iconos, y cuya cúpula acababa en forma de cebolla recubierta de oro y lapislázuli.

Sus antepasados todos, desde que se tenía memoria, habían sido fieles greco-católicos romanos, pero el capellán de la casa en vida de la dama, que luego había sido arzobispo en tierras orientales, parece que había sostenido doctrinas arriesgadas desde el punto de vista teológico y adoptado posiciones políticas extrañas y sospechosas. Y no faltaron tampoco rumores de que el palacio de la dama era un nido de herejía y costumbres de una muy sofisticada depravación.

Sus señorías los Señores Inquisidores fueron recomponiendo durante años aquella vida privada de la alta dama y su pequeña corte y servidumbre en la cual parecía probado que había algunas personas de origen turco, y desde la casa se escribían cartas a la Sublime Puerta, y de allí se recibían. Y, al final de su inquisición, sus señorías encontraron probados dos delitos sustanciales, un crimen de herejía y otro delito de costumbres relacionado con ella.

En el primer caso, se tenían examinados y convenientemente señalados varios libros de la biblioteca de la dama y algunas pinturas extrañas en la misma capilla como lo era un cuadro de una imagen de Cristo dormido ante la esfera del mundo que sigue girando como por sí mismo. Una pintura, por cierto que parecía la expresión de lo expresado en uno de los pliegos escritos de mano del antiguo capellán, y corregidos luego por la propia dama, en los que aparecía la idea de que Cristo, mirando el rodar del mundo, había quedado tan colmado de tedio, acedia y tristeza que se había quedado postrado y amortecido, y ausente por tanto, de nuestro mundo y de nosotros mismos. O bien era el mundo el que consideraba que se podía gobernar por sí solo, y había pintado dormido a Cristo como quien no entendía nada de él y había quedado anclado en su tiempo.

Y escandalosa y reprobable del todo había sido la conducta de la dama que tenía a su

servicio algunas doncellas turcas y, sobre todo, un muchachito igualmente turco, una verdadera belleza, que tenía libre acceso a la mayor intimidad de la dama y al que esta prodigaba tactos y caricias que en los papeles se llamaban de «las seis sensaciones» o deliquios, en relación con ciertas enfermedades y de los que se tenía alguna noticia en los libros de los físicos, que los consideraban orientales refinamientos y perversiones. Y, gracias a los cuales, los restos del cadáver mismo de la dama o, más bien sus huesos, exhalaban un extraño y delicado aroma; y, naturalmente también se había ordenado hacer una efigie o estatua de la condenada para ser quemada igualmente, pero se determinó no hacerlo, porque, siendo de una extremada belleza la estatua como lo era la pintura o retrato de los que se había copiado la estatua, se temió que, en vez de pena y castigo de la herejía y costumbres perversas, pareciera alabanza, ya que la hermosura entra por los sentidos e inficiona el razonamiento. Y por ello finalmente tampoco se quemaron los huesos, pero en especial, porque a última hora se tuvieron testimonios muy seguros y detallados, según los cuales la dicha alta dama había muerto durante una epidemia de peste al haber asistido con sus propias manos, y en su propio palacio, a los apestados; y por haber descubierto también un tratado de oración escrito por su mano, y titulado «La Sublime Puerta o Cancel de la Oración y Práctica de la Humildad» que es de una relumbrante ortodoxia y piedad sin igual.

El caso de la dama y el expediente donde constaba fue así archivado y prohibida su lectura bajo las penas más graves, salvo licencia del Señor Inquisidor General o a favor de quien él autorizase en el futuro; de aquí que en esta escritura no se pueda afirmar nada seguro. Y no dan más luces los papeles sobre este asunto tan oscuro y contradictorio, que ha pasado los siglos.

REMEDIO DE AFLICCIONES

Llevaba años dando vueltas a la necesidad de descubrir al rey lo que la mayor parte de sus cortesanos le ocultaban y de aconsejarle u ofrecerle algunos arbitrios para el reino que, cada día y a ojos vistas, iba consumiéndose entre los impuestos, las quintas, las pestes y los lutos y desmayos de las gentes. Y esto sin contar los lances de honor, los raptos de mujeres, incluidas las monjas. No pasaba día, verdaderamente, ni en la corte ni en la aldea, en que no se levantase un túmulo de muerto, no se llorase una deshonra de muchacha, ni un honor fuese vengado con la sangre. Ni almuerzo, comida o cena que más de una vez no fuese puro sueño, o vanagloria luego en la solana o en la sala de hidalgos, luciendo tres migajas de pan sobre la barba de estos, cuyos criados en mejores tiempos sacudían de los manteles esas migajas, en el corral de las gallinas. Y él creía saber algunos remedios para tantos males de la España y los españoles.

Pero, aunque tenía sus buenos títulos salmantinos y sus títulos de alcurnia y nobleza tan antiguos y no menores que los de otros muchos otros nobles cortesanos, él no vivía en la corte y no estaba seguro de que le fuera fácil ver al rey para poder comunicarle esos remedios antes de que la España entera se agostase. Se llamaba Fernando Miguel de Valladares y López de Valdaura, y tenía desde hacía algún tiempo recelo de uno de sus apellidos que, aunque le usaban otros con éxito, un inquisidor amigo le había aconsejado que no lo utilizase, porque siempre había recordadores y, sin ir más lejos, ahí a la puerta de la calle y ayer mismo por la mañana, solo doscientos años atrás, que para la honra no son tantos días, había habido Valdauras como los suegros de Luis Vives, huido a Bruselas, que habían sido quemados como judaizantes. De manera que don Fernando Valladares había decidido irse a sus posesiones para no llamar la atención de nadie y, tras mucho pensarlo, había resuelto al fin, enviar a Su Majestad, con unos presentes de amistad, los remedios para el buen gobierno que había descubierto en la soledad de muchos años, y también en el trato con gentes muy diversas; de manera que haría un memorial de todo ello, describiendo las desgracias presentes y la tríaca o curación de estas con las propuestas y sanaciones que se ofrecían, algunas de ellas ya experimentadas de antiguo, y otras nuevas que se razonaban.

Verdaderamente, solo había estado tres veces en la corte: la primera siendo niño acompañando a su padre que le había llevado allí para presentarle a Su Majestad, aunque

no había podido hacerlo porque Su Majestad, que entonces también era un mocito, había estado con calenturas en la cama, y apenas se tenía luego en pie, y tenía mucha palidez en el rostro y como hormiguillo en las manos; y el secretario, don José de Liria, no creyó oportuno poner ante el rey a un muchacho de su misma edad pero que era de la complexión de un toro joven; aunque dicen que el rey nuestro señor le había visto por el enrejado de una escucha de su cámara, y había hecho intención de irse hacia él, y lo hubiera llevado a cabo sin duda, si una vieja mano enguantada de dama palaciega no le hubiese tomado del brazo y no le hubiera advertido que una cosa así le estaba vedada a Su Majestad por la enfermedad y también por la dignidad de su persona.

La segunda vez que había ido a ver al rey —y esta vez sí fue llevado a su presencia—, había sido a llevar los cálculos y proyectos o arbitrios que había excogitado allí en su retiro del palacio de sus mayores durante años, pero el acercamiento a la real persona comenzó realmente el día, hacía muchos años, en el que había visitado Alcalá la reina madre, doña Mariana, y don Fernando Miguel Valladares había ofrecido para estancia de aquella su propio palacio, aunque la reina, había dormido, como luego se supo, en el lecho mismo que la acompañaba en sus viajes y tenía forma de ataúd, porque el cabezal de la cama era muy ancho y los pies muy estrechos.

El palacio de Valladares, y su huerta eran, por lo demás, enormes, mientras que el jardín era minúsculo pero muy cuidado. Don Fernando Miguel había permanecido soltero y no se sabía cuánto tiempo permanecería aún en este estado ya que estaba prometido desde que tenía tres años a una muchacha, prima hermana suya, para cuando él recibiese la herencia paterna como hijo único; pero ahora estaba su padre en trance de cumplir los setenta y cinco años, y el hecho sucesorio no solo no se había cumplido, sino que no llevaba trazas de cumplirse durante bastantes años todavía, porque hacía tres veranos que le había nacido un bastardo de muchacha plebeya de catorce o quince años, y podría ser reconocido; lo que complicaba las cosas de su herencia universal, si bien parecía que sería posible un arreglo.

Y el caso fue que durante esa espera tan larga, y sin salir de los alrededores de Alcalá porque, como ya se dijo, tampoco le convenía dejarse ver mucho fuera de aquellos sus recintos, Valladares había hecho verdaderamente oficio de pensador arbitrista, y, como le habían dicho cortesanos de todo partido que conocían sus propuestas, el rey mismo tomaría cartas en el asunto y querría hacerle alguna merced en la sucesión legítima de sus títulos y herencia, en cuanto conociese su escrito; y la España entera, que los poetas cortesanos decían que era «como un planeta incorruptible» quizás comenzaría a recomponerse de sus miserias actuales, y dejaría de ser como un salón grande, sin muebles ni alfombras y ni siquiera esteras, y en el que resuenan los cacareos de las

gallinas.

La vida entera de don Fernando Miguel de Valladares y López de Valdaura, en todo caso, había sido, si bien se miraba, una como necesaria preparación de aquel acto de presentación al rey del memorándum de arbitrios y remedios para la situación de estos reinos.

Años enteros le llevó a don Fernando Miguel encontrar, en primer lugar, el bufón, el enanillo o la mujercilla de placer, que doña Mariana le encargó, en aquella su visita que hizo a Alcalá, que buscara para divertir un poco a Su Majestad de los dolorcillos y desarreglos de vientre que a veces tenía, o de la murria cuando le tomaba la fiebre, y de las melancolías constantes, de las que hasta ahora solo le venía aliviando un perro dálmata que le había regalado el embajador austriaco a su hermana la princesa Margarita, y ella se lo prestaba sin que su hermano el rey se lo pidiera, porque para adivinar que iba a caer en manos de la melancolía o de la terciana, le era suficiente a ella mirarle a los ojos y ver cómo estos se iban almendrando y entrecerrándose, y él la decía otras veces:

—¿Por qué no te has puesto el vestido azul color del cielo?

Y la princesa decía que se la había olvidado y salía a ponérsele y, a veces cuando volvía ya vestida con él, su hermano el rey no la podía ya ver porque los ojos se le habían nublado, y las tercianas y las melancolías comenzaban a entrar despaciosa y sutilmente por los pasillos de su ánimo.

—Y entonces necesitaría, además de un perro dálmata, un enanillo que le provocase a risa —decía doña Mariana.

La reina doña Mariana, al marcharse de la casa o palacio de don Fernando Miguel, ya se llevó en su séquito al enanillo que aquel la había buscado, e incluso algunas recetas de cocina, que ella misma pidió, cuando comió en Alcalá comida tan sabrosa y muy sencillamente cocinada por la prometida con esponsales de don Fernando Miguel, que se llamaba Cecilia Amalia de Valdés y Valladares, que había sido hija natural de un título que no se nombró porque doña Mariana ya sabía con qué discreción era preciso hablar de aquel asunto, aunque luego Cecilia había sido reconocida, y con buena dote para su matrimonio o entrada en un convento.

Pero cuando ella, la reina doña Mariana, comenzó a hablar ante lo simple y delicioso del servicio de mesa que se la hacía a ella, contó muy por menudo que en el palacio real ya en el servicio de la mañana se ofrecían tres caldos con sopas diferentes, y carne y pescado más postre, y que en la cena había tres platos, uno de huevos, y los otros de aves y ensaladas. Y habló igualmente del cocido español o plato preferido del rey que hacía la

cocinera real, Ana de Santillana, y en el que echaba mucho carnero y tocino y aves, además de hierbabuena y cilantro. Y a propósito de esto, luego de un respetuoso silencio, doña Cecilia pidió permiso para decir a Su Majestad que, según muchas autoridades médicas de Europa, el cilantro era el causante en España de haber tantos españoles dementes o que vivían en el delirio, en el palacio mismo de Su Majestad y entre los que gobernaban en su nombre el país. Y también que platos de cocción tan difícil, como los que Su Majestad había citado, siempre la habían dicho a ella que eran muy peligrosos. Pero la reina Mariana afirmaba:

—El rey, sin embargo, dice que no quiere ser gobernado por mujeres, y todos los cortesanos y ministros, que son hombres, devoran esos platos, y no tendrían a Su Majestad en mucho, si no comiese de ellos, aun sabiendo que de ahí venían, a Su Majestad, las indigestiones continuas y vómitos o estercaciones abundosas, según comentan los facultativos, aunque no se atreviesen a decírselo directamente al rey, y ella no era quién para venir en ayuda de Su Majestad, porque tiempo hacía que no podían hablar a solas.

Luego hizo otro silencio durante el cual solo se oía el cuidadoso roce de cucharas y tenedores o cuchillos en la vajilla, y comentó finalmente la señora doña Mariana:

—Menos mal que, por alguna razón y gracia de Dios, al rey no le engorda nada, pero a veces es, como digo, porque lo revesa o devuelve todo, y otras porque la oficina de su estómago no se aprovecha de ello.

Y añadió todavía, agradeciendo de nuevo a doña Cecilia sus recetas de comida más sana, que ella trataría de que el rey comiese:

—No sé yo lo que vivirá este hijo tan endeble, y si podrá dar sucesión al trono.

Y luego comentó muchas cosas de la vida doméstica y secreta, que ya no existía en palacio porque hasta los embajadores y ministros metían su nariz en las habitaciones, y ya eran todas opiniones y habladurías tanto en las alturas como entre las gentes del servicio, y ella misma había tenido que reprender al embajador inglés, que había preguntado a un guardadamas y a una criadita de palacio si el rey orinaba contra la pared, citando la Biblia a este efecto, y diciendo que en el mundo solo contarían para bien los que orinaran muy fuerte contra la pared, o de otro modo la Corona de España sería presa no ya de las águilas de dos y tres cabezas y de leones de muchas garras, sino de las meras cornejas o señores cuervos.

Y doña Mariana, en fin, propuso a doña Cecilia Amalia irse como camarera secreta y verdadera y no oficial de ella, pasando por encima de quien el protocolo señalase, y a don Fernando Miguel a la corte o embajada que desease, mientras llegaba la hora de su

matrimonio completo que no podía tardar mucho, ya que el rejuvenecimiento de su padre no podría tener muchos lustros. El palacio entero reía a carcajadas con esta ocurrencia del casorio del viejo Valladares y con el aseguramiento de títulos para el recién nacido; y afirmó entonces la reina Madre, doña Mariana, que por el contrario, todos esos cargos que buscaban para el nuevo vástago podrían ser de doña Cecilia incluso antes de su matrimonio, porque ya tenían celebrados esponsales, y su vida nada tenía que ofrecer a examen y censura de las cotorras y gacetilleros de la corte, y tampoco haría fruncir las cejas al antiguo ministro, el padre Nitard, en su mismo destierro. Y en esto se quedó todo, salvo que Cecilia también regaló a Su Majestad unas bolitas de antimonio que se usaban mucho en la corte francesa para las digestiones de los cortesanos, y, desde luego, prescribían boticarios y galenos franceses y personas de nota; con la advertencia de que esas bolitas, luego de ingeridas y hecho su efecto, habían de buscarse entre lo estercado, para que, una vez bien lavadas, volvieran a su vez a ser ingeridas, de nuevo, por las mismas o distintas personas, convirtiéndose así en una especie de joyas u objetos preciosos, que se transmitían por herencia.

Doña Mariana solamente comentó:

—¿Y cómo es que esta reina francesa, viendo el martirio de los retortijones de intestinos y dificultades de expulsión de sus heces, que hacen bramar de dolor a Su Majestad, no sabe nada de estas bolas antimónicas? ¿Es que quiere matarle?

Aunque, desde luego, habría que consultar con médicos diversos y oír sus dictámenes sobre el antimonio, no fuera que las píldoras se revelaran nocivas para la salud del rey o se introdujese en ellas algún hechizo, como en la España llamaban al quebrantamiento de la salud y los venenos y hasta a las impotencias naturales.

Pero ellos, sus anfitriones del palacio de Alcalá, no se atrevieron a decir nada más sobre el antimonio, sino que la consulta debía hacerse a los médicos, lo supiese la reina o no; y se debía averiguar incluso si esta las tomaba. A lo que concluyó doña Mariana:

—Enseguida se averiguará una cosa así.

II

Tomó, entonces, muchas y muy diversas notas don Fernando Miguel acerca de las necesidades de palacio y del reino entero, y sobre los sucesos y costumbres o personas que él no desconocía, pero ahora confirmaba en su tamaño verdadero lo que había ido advirtiendo también anteriormente a esta visita, y era toda la declinación y ocaso del reino de España, y de su pueblo entero que solo parecía producir jugadores de naipes y de dados, fulleros, buscones altos y bajos, busconas de estropajo y basquiña gruesa o

busconas de sedas, terciopelos y diamantes, fantaseadores y delirantes, empleados de nada viviendo del fisco real y el hambre de los miserables, robadores de solteras, casadas y monjas, y abundancia de salteadores de caminos o de carreteras y hasta de palacios, como había ocurrido en el caso del conde mismo de Villalonso quien, como su muy rica tía de la que era heredero no acababa de morir, asaltó con unos cuantos rufianes, sus amigos, el palacio de aquella, y arrambló con lo que pudo. Y los asaltantes fueron a prisión pero se escaparon luego fácilmente, y a los que volvieron a detener los ampararon unos nobles, y no pasó nada. ¿Qué iba a pasar? Como los donjuanes y sus saltos de alcoba en alcoba, y a veces de convento en convento, eran objeto de una media sonrisa, y de algunos gestos del abecedario amoroso que gobernaba el juego de los dedos y abanicos en los salones y hasta en las iglesias mismas. ¿No había que disfrutar del mundo, cuando cada día y a cada hora se topaba cada cual con la muerte en las casas y en la calle?

Cada día, en efecto, era mayor la presencia de las bubas y el hambre, y luego de la muerte súbita. La carne se puso a dieciocho cuartos la libra, y subió el pan. Aunque lo del pan era cosa de aún más deporte y risa que la carne, y un día los panaderos de Vallecas se ofrecieron a dejar a Madrid sin pan, cuando Su Majestad quisiera, por gastar una broma. Y broma parecía, igualmente, el ofrecimiento del hermanastro del rey, el hijo de la Calderona, don Juan de Austria, cuando escribía al rey para animarle a ir a Andalucía: «Creo que con haber pocos desvergonzados, hubiera menos si no se hallaran tan consentidos, que, puesto vuestra alteza en estos confines, se extinguirán con facilidad».

Don Fernando Miguel comentaba:

—Como si estando el hijo de la Calderona no estuvieran ya todos los desvergonzados.

—¡Hablad bajo! —decía doña Cecilia Amelia—. No sabemos si tenemos espías entre la servidumbre.

—Toda España es el Salón de los Espejos —contestaba don Fernando Miguel—. Y nosotros estamos en medio. Nunca nos hemos llevado ni una cucharilla de plata como recuerdo de palacio; pero jurarán que hemos robado una vajilla de oro entera, para divertirse con el daño que nos hacen, o si a alguien se le paga bien en la corte por decir que él mismo lo ha visto. ¿Acaso no ha contado cosas parecidas Ramoncillo?

Ramoncillo Terciado era uno de los tres bufoncillos que don Fernando Miguel había enviado a Su Majestad, y también había sido devuelto por la reina francesa, o sus amigos en la corte. Se había protestado que habían sido muy largos de lengua allí, contando chistes contra los franceses y haciendo burla de la esterilidad de la reina doña María

Luisa de Orleans, y que el que se llamaba Miguelillo llegó a decir un día que había visto las piernas a la reina cuando bajaba del caballo, y eran muy delgadas y blancas; y, cuando la reina dijo que una reina no tenía piernas, contestó con todo descaro que sí que las tenía, porque él se las había visto, y eran blancas y flacas como las de la Aguedita que era la mendiga a la que daban las pieles de los embutidos para sustancia de su caldo de sopa de pan.

Y Juanelo, el bufón que don Fernando Miguel había enviado el primero, había muerto a poco de llegado a la corte, atropellado por una carroza, un atardecer de noviembre en que estaba metido bajo ella, seguramente para ver los ejes y las ruedas que era lo que más le interesaba en este mundo y por lo que, en son de broma, se le llamaba Juanelo, en recuerdo del antiguo artífice que fabricó una máquina para subir agua del Tajo a la ciudad de Toledo. O también, porque en la huerta del rey tiraba él mismo de la noria, en vez de la caballería que se ataba de ordinario para el tiro, aunque todo lo hacía para divertir a Su Majestad, a quien decía:

—Así tira Vuestra Majestad del reino como Juanelo de la noria, y nunca se cansa de dar vueltas como si no conociese ya lo que es la España; pero Juanelo sí se cansa y quiere desenganchar. ¡Que los den morcilla de arroz a los españoles, Majestad, y tiren de la noria ellos solos!

Y el rey se reía, y le daba unas monedillas de oro a Juanelo. Pero Ramoncillo Terciado, aunque había sido enviado como bufón primero y general, pronto cayó en mucha gracia y merced de Su Majestad porque era muy rezón, y entonces el rey, confiaba mucho en él porque le parecía piadoso en medio de descreídos atacados del mal francés del ateísmo o también del de las bubas, y llegó a decirle un día que, cuando le llamase y estuviese presente la reina, comenzase a recitar la letanía general de los santos en latín y en castellano y la repitiera, aunque la reina le mandase callar; y nunca le mandaría porque se hartaría antes y se iría, y ellos quedarían libres de jugar a los naipes o de levantar un poco las faldas a las meninas para ponerlas allí luego un par de ratones y divertirse con sus contorsiones, agitaciones de vestidos y exclamaciones, y gritos.

Pero un día sorprendió la reina a Ramoncillo Terciado, cuando al rey le estaban pelando la cabeza para que estuviese bien limpio y no guardase un piojo en el pelo, ya que no debía lavársela porque los médicos habían dicho que tenía mucha agua en ella y no querían llenarla más; y el rey precisamente le estaba dando a Ramoncillo un billete sobre que la reina iba a venir a verle y pedía a Terciado que nunca le dejara solo con la reina porque la tenía más miedo que a la muerte y, si él, Terciado, no podía, que estuviera en su lugar la Catalinilla de Consuegra.

El billete le fue arrebatado a Terciado por uno de los barberos y llegó a manos de la

reina, quien, cuando la reina leyó el billete, mandó a dos criados suyos que atasen al bufoncillo de pies y manos, y luego quiso forzarle a que dijese que sus camaristas y criadas le habían sorprendido contando al rey que él y la Catalinilla de Consuegra, que era dominguilla o mujercilla de doña Mariana, a la que la reina de ahora odiaba, no sabía hacer nada y era una idiota que ni hablaba siquiera y todo el día se lo pasaba lloriqueando, y diciendo que la habían traído a palacio el mismo día que había muerto su madre, y que cuando había besado a esta, tenía la frente y la cara fría, y su madre no le había podido dejar nada caliente. Pero que, en realidad, Terciado y la Catalinilla tenían unos polvos para envenenar o embrujar al rey.

Pero Ramoncillo Terciado resistió todo lo que le hicieron y no quiso decir nada de esto, y el rey le agradeció que le sirviera tan bien; aunque, ese mismo día, apenas anocheció, unos esbirros, le sacaron de su cuarto en el desván de palacio y le llevaron a Alcalá, dejándole atado de pies y manos en el zaguán de la casa-palacio de don Fernando Miguel de Valladares y López de Valdaura, con este letrado escrito y colgado del cuello: «Ya le ha tocado al bufón, y le tocará a su señor». Y cuando lo supo el rey montó en cólera, y volvió a llevar a Ramoncillo Terciado a palacio, y a la Catalinilla de Consuegra la dio un beso y la agradeció mucho su defensa y el silencio sobre lo que ella le había contado, porque en verdad que la Catalinilla era un pozo de noticias sobre el hermanastro don Juan de Austria, y sobre todos los asuntos, porque llevaba más de seis años tenida por idiota y parecía que nadie se había privado de hablar delante de ella, por lo que, al descubrir su entendimiento, la reina nueva quería echarla.

En realidad Ramón Terciado había sido el mejor regalo a Su Majestad por parte de don Fernando Miguel, y también el mejor regalo recibido para el rey por las noticias que le hacía llegar la Catalinilla, que le permitían estar al corriente de muchos laberintos de la corte y aprovecharse de ello como de una fuente inacabable para asentar sus juicios y remedios para defenderse. Aunque el pobre rey estaba tan atrasado en letras que solo Dios sabía cómo podría leer lo que solo para él escribía don Fernando, si tardaba tanto en entender las esquelas de Ramoncillo.

Así por ejemplo, cuando don Fernando Miguel abordaba en su tratado la conveniencia de la paciencia y ningún apresuramiento en política, contaba todo el intríngulis del matrimonio del rey a cuyas prisas él mismo se había referido, cuando había escrito en una carta de Estado que sus preferencias entre las novias que el consejo le había propuesto se dirigían a la archiduquesa María Antonia, pero que esta era demasiado joven y los españoles querían rápidamente un heredero del trono. Y ya probablemente los señores del consejo se habían reído cuando la propia reina Mariana había recomendado como consorte de su hijo Carlos a su media hermana, María Josefa que

tenía veinte años, mientras el rey solo tenía trece. Y don Pascual el arzobispo de Toledo, dijo entonces en el consejo ante tan encontrados pareceres, sobre todo en torno a la edad, que el rey se casara con una plebeya de su propio país. ¿Pensaba en alguna sobrina suya? Nadie dijo nada entre los señores del Consejo, pero sí la Catalinilla de Consuegra, y a voces, y ofreciéndose ella con sus casi treinta años para traer al mundo los reyes que hicieran falta, ya que las reinas forasteras no sabían cómo traerlos.

III

Desde el principio de su estancia en palacio, la Catalinilla de Consuegra, que era una boba de una aldea de la Mancha de donde don Fernando Miguel de Valladares la sacó, enseguida llamó la atención por sus gorduras muy bien proporcionadas, su hermoso rostro y su pelo castaño muy sedoso, aunque nunca consintió que un pintor la hiciese un retrato, pese a que la princesa Margarita bien que se lo pidió, alegando, cada vez que la princesa hacía esta petición, que la daba mucha vergüenza, porque, si un pintor la pintaba, decía su madre que era como si todo el tiempo, día y noche, estuviera asomada a una ventana o sentada en el cantón de la puerta de la calle o expuesta en las gradas del rollo donde iban todas las cantoneras y maldicientes, arrastrando así la honra de su familia que era pobre, pero tenía puestos sus ojos en la santidad de un tío, hermano de su madre, que era hermano lego de los franciscanos o frailes menores en el convento de su pueblo; pero también había puesto sus ojos su familia en la fortuna de ella, la Catalinilla, al ser llevada a la corte para asistir a las necesidades de la reina o darla palique, pero no a perder su pudor y su honra.

—¡Tú hazte la tontita, hija, y Dios proveerá y carrera harás! —la dijo su madre cuando fueron a buscarla—. Y, si un día te casas, que sea con hombre que parezca y sea más bobo que tú, porque solo así saldrá bueno, y no te venderá a peso de carne o por graciosa.

Entró en palacio a los pocos días de la muerte del señor Felipe IV, y se hizo conocer por la reina, porque un día a los ocho o diez días que había estado revuelto todo el palacio buscando un pendiente con un diamante casi como una avellana de grande, fue cuando se enteró ella, y fue corriendo a una escalera que iba a la alcoba de la señora y dijo:

—Aquí está la avellana que reluce como una estrella. Llevo días y noches cuidándola para que nadie la pisase.

—Es que vale una fortuna —la dijeron. Y respondió:

—Yo eso no lo sé. Yo lo que sé es que los pícaros de palacio le han puesto en ese

rincón.

—¿Quiénes? —preguntó la misma reina.

—Catalina solo tiene cinco dedos en las dos manos y cinco dedos en los dos pies; y hay muchos más pícaros que veinte dedos en palacio.

Y ella fue luego la que, en los mensajes de los días y las noches, contó a don Fernando Miguel, cómo un pícaro se hacía grande y un grande más grande y más pícaro; y que, si ella no hubiera sido boba, grande de España sería por lo de la estrella del tamaño de una avellana.

Don Fernando Miguel la leía listas de nombres, y ella iba diciendo:

—Ese llevaba las zapatillas calientes desde el brasero. ¿Y cómo no iba a agradecerlo el rey, el pobrecillo?

Porque primero hacían que pasara frío, y luego se presentaba el pícaro con las zapatillas calientes y le llevaba a la sala donde los otros pícaros habían encendido una buena hoguera, y, cuando el rey entraba ya tan contento, los encontraba comentando cuánto había costado arreglar aquellas chimeneas, y tanto como que habían tenido aquellos cortesanos que ir a buscar a la Alemania o a los países del hielo fumisteros que entendían en asuntos de chimeneas y calor, y que en estos reinos no había. Y todo lo habían hecho por Su Majestad. ¿Cómo no iba a estar agradecido el pobre rey niño aunque tuviera ya años, recordando estos que los cortesanos llamaban desvelos y solo eran compras a pagar luego por el rey que debería recordarlas?

En todo lo que en palacio sucedía había tenido razón aquella marquesa camarera que se llamaba Terranova y era como inquisidor o militar reglamentón, y decía que no era posible gobernar sino por el relumbre de la riqueza y por el miedo; y que solamente si el rey no aparecía con toda una botonadura de diamantes y resplandecía como un planeta en medio de la miseria del reino ningún respeto le tendrían en la España, y, a lo mejor, también en todas partes. Y mucho más respeto si hiciera rodar cabezas, y mejor aun todavía si impusiera impuestos y pusiera multas, aunque fuera por dar sombra con el cuerpo los días de sol; porque entonces sería cuando le venerarían. Y esto no lo decía ella, sino un embajador italiano que hablaba con un duque español, mientras estaban esperando a que el pobre rey pudiese hacer las necesidades corporales, que el médico le había señalado, porque también los médicos se habían hecho dueños del cuerpo de Su Majestad y le presentaban como lleno de una poderosa juventud aunque tuviesen hasta que pintarle de colores rosados las mejillas y de carmín los labios. Pero hacían sentarse, luego, a aquel ser así construido, en el trono de algún orinal de plata y cerámica de la casa, y le decían:

—Su Majestad haga fuerzas.

—Entonces —decía el italiano— era cuando debía cortarles la cabeza.

—¿Y qué contestaba el señor duque, Catalinilla?

—En España hay que ser un título para que se le corte a alguien la cabeza. A quienes no tienen título se les da garrote vil.

—Y ¿por qué se llama vil al garrote y no al hacha? —preguntaba el italiano.

—La horca también respeta la dignidad del ahorcado —decía el duque.

—Y ¿por qué?—insistía el italiano.

—Yo no estudié gramática y no sabría contestaros—respondía el señor duque.

Y así estaban hablando también del dinero y de la honra, pero ella, la Catalinilla, no siempre podía oír bien y otras veces no entendía.

—Quizás nos oye esa criadita —decía el italiano.

—Es boba y no entiende nada. Pero, aunque no fuera boba, es pobre, que es como no ser y no existir.

—Pero un príncipe o duque son siempre, aunque sean idiotas.

—Así lo quiere el mundo. Pero este rey no está en el mundo. Este rey juega con bufones y mujercillas, y los ama.

—A la Catalinilla de Consuegra se la saltaron entonces las lágrimas —dijo ella misma luego.

Y las lágrimas también se la venían a los ojos a doña Mariana, sentada en el mismo consejo de Estado, y entonces se levantaba y despedía de aquellos señores, cerraba con una cierta energía la puerta, y se iba a sus habitaciones. Y no había disimulado sus lágrimas tampoco, cuando, con solamente sus trece años tuvo que arrancarse del lado de la princesa Margarita, que se iba de la España para ir a casarse con el rey Leopoldo de Austria.

Podían creer los señores de la corte que era un secreto de Estado, pero los hombres y mujercillas de placer, bufones y dominguillos sabían muy bien que, cuando se hacían retratos de princesas, era porque se trataba de concertar un matrimonio, y que cuando se pintaba un retrato de familia, es que rondaba por palacio el aire y barrunto de una separación o una muerte, como aquel en el que estaba esta princesa Margarita con unas meninas, una de las cuales, doña María Sarmiento, la ofrecía un jarrito de agua, y luego estaban también María Bárbola y Nicolasillo Pertusato, y el perro. Y los reyes mismos, aunque el pintor los pintara como si estuvieran en el espejo que había allí, reflejados.

Porque, si el pintor hubiera pintado a la reina bien de cerca, no hubiera podido hacerlo porque lloraba casi constantemente porque la princesita iba a ir a Viena, su tierra suya; pero era para casarse, y entonces una mujer, y sobre todo si era reina, sabía que, cuando se estaba haciendo los vestidos del casorio, era como si se estuvieran haciendo los de la mortaja, como todos sabían, y siempre comentaban las mujercillas de palacio.

—Parece que lo estoy viendo —había dicho la Catalinilla a Terciado—, un equipaje de treinta a cuarenta baúles y cofres de terciopelo rojo o azul o verde y con herrajes de plata, y allí dentro iban joyas que brillaban más que el sol aunque solo las diese el reflejo de una candela, y luego vestidos y ropas interiores y zapatos y zapatillas, también de cristal, y como de cristal y plata era un escritorio, y muchos juegos de cucharillas, y arrobos de piezas de jabón de olor, y de chocolate.

Se calló y se relamió los labios, añadiendo:

—¡Madre mía, el chocolate!

Pero volvió a quedarse silenciosa y, cuando había alargado un poco por dentro a sus recuerdos, se la nublaban los ojos, y luego los cerraba como para sorberse un poco las lágrimas. Y era un llanto por la pobre infantita y las cosas que la pasaron, a comenzar porque, desde que partió para Viena en el mes de abril, no llegó hasta noviembre. Y lo cierto era que, al ver la carroza de la princesa al cruzar Madrid cuando se iba, y percatarse de que esta era una carroza de carmesí negro con bordados y que la camarera que la acompañaba tenía casi ochenta años, mucha gente tuvo como un mal palpito y augurio, y fue verdad que luego no fueron las cosas a derechas para la pobre infantita. Mucha parte de su equipaje ni siquiera llegó a su destino, y todo fue tan sin sentido para la pobre niña cuyas desdichas resumía la Catalinilla de Consuegra diciendo:

—Y luego ya se casó y cuando iba a tener un niño se murió, y no pudieron sacárselo, y allí se lo llevó, a las tumbas que tienen en Viena los frailes capuchinos.

Y luego añadía:

—Cinco o seis años tendría el rey cuando ocurrió todo esto, y siete u ocho tenía una servidora; y cuando llegué a la corte, siendo una mocita, ni se tenía de pie el rey todavía, ni sabía orinar en la bacinilla de plata, ni hablaba más que palabras feas y malas contestaciones.

Parecía constantemente herido por las picaduras de las lenguas de serpiente de los cortesanos, que también estaban partidas en dos, un cabo para alabar limpiando hasta el suelo y el calzado, y el otro para echar el veneno, con un agujón, en el alma. Así que en pleno consejo se levantaba la reina Mariana de su asiento, cuando sentía su picadura, como cuando la venían las lágrimas, e iba como una comadreja huyendo por las ramas

de un árbol así ella por los pasillos, pero no pudo evitar que la alcanzasen los esos venenos y los desprecios la habían matado, y no la enfermedad del cáncer o cangrejo, según decían los que la estimaban y aquellos de quienes era su amparo. Aunque los poetas de la corte escribían de la misma enfermedad, como nunca haría un bufoncillo jugando con su ingenio por amor y respeto a su señora, que un cangrejo o zaratán había sido transformado en constelación por la diosa Juno, y «feliz, en efecto, pero no tanto como el que ha matado a nuestra augusta reina, ya que este halló en el pecho real que atormentaba, no solo una brillante esfera donde vivir, sino también la nutrición de su propia vida».

—Y otro maldito fabricante de mentiras decía que «al ver la reina que un cáncer pestilente se había refugiado en su pecho, no rehusó el veneno, sino que protegió a su enemigo para que se igualase a su paciencia» —dijo don Fernando Miguel.

Y la Catalinilla comentó:

—¡Mala gente esa de papel y pluma que tiene boca y faltriquera que nunca se llena! Y, si te dan una estocada, a la herida la llaman un clavel los hijos de su madre.

Y le contó a don Fernando Miguel cómo, cuando se estaba levantando el catafalco del rey viejo e iba a ponerse allí una calavera con dos esmeraldas en las cuencas de los ojos y marfiles de elefante tallados como dientes entre labios de rubí, había avisado un bufoncillo:

—¡Buena dama esta de la muerte para casarse con poeta, porque hasta muerto y consumido querría estar, si supiera que con su calavera iba a ser tan rico!

Y, como un cortesano se lo reprochase, respondió el bufoncillo:

—Pero el poeta solo sueña; el cortesano ordeña —y salió corriendo al ver que el cortesano había sacado la espada.

Y el rey bien que lo rio, pero todo el mundo siguió ordeñando en la corte, y don Fernando Miguel de Valladares no sabía qué recomendar en su tratado de remedios de la cosa pública contra aquellos vicios.

—¿Vicio y aprovechamiento? —preguntaba el italiano—. Los egipcios cortaban la nariz a quienes robaban o engañaban a la bolsa pública.

—Era una costumbre bárbara.

—¡Cierto! Pero frenaba la codicia.

—No es seguro. Porque si, pese a todo se era rico, aun con la nariz cortada se podían oler los mejores olores del mundo, o parecer una Adonis o una Venus, o Salomón aunque fuera un tonto, o Hércules aunque fuera un canijo.

—Quizás tenéis razón —dijo el italiano—. Pero necesitáis hacer muchos festejos para el pueblo; es decir hacer que brille bien el oro que os llevasteis hasta cegar a ese pueblo a quien todo lo que reluce gusta.

—¡Hablad más quedo! —dijo el español—. No nos pase lo que puede pasar un día a un Valladares y López de Valdaura que ha enviado al rey un tratado de arbitrios y remedios contra las aflicciones y necesidades de los españoles.

—¿Qué puede pasarle por enviar buenos consejos envueltos en el amor a Su Majestad?

—¡Nunca se sabe! Pero para consejos ya tiene Su Majestad ministros. No conviene herir a los grandes, predicándoles las moralidades de las tumbas.

Y se despidieron de la cháchara de la semana, pero, a los pocos días, el italiano compró unos pliegos de «avisos» en los que se hablaba de que Valdaura había sido atravesado por una espingarda, y una mujercilla de palacio con la que hablaba y había sido regalo suyo a Su Majestad, también había caído muerta.

No se sabe quién los mató. Pero se dijo que había causas de amores y celos, y la mujercilla de placer se dice que era una espía. Valladares iba a presentar al rey un memorial de remedio de las aflicciones de la España, y desapareció en medio de la confusión en el acto del disparo. A Su Majestad no se dio noticia alguna, y durante toda la tarde la pasó diciendo:

—Tarda Valladares.

Y le subió la fiebre, aunque el médico no se atrevió a sangrarle, porque ya llevaba dos sangrías esta semana y era jueves.

El italiano dobló los pliegos, y luego entró en palacio, pero no había aire de aflicción, salvo que una enanilla con un perrito en los brazos lloraba quedamente y decía:

—¡Pobre la Catalinilla! Nos hemos quedado solos, turco.

EL ÁRBOL SECO

El pueblo era el único que se mantenía habitado en la región, y sus habitantes habían conseguido guardar un cierto nivel de vida aceptable, pero hacía años que a la gente que en estos pueblos vivía también se la había dado consejo para que lo abandonara. Y ahora allí estaba Felipe el panadero, que había vivido hasta ahora en una aldea muy pequeña y cercana al pueblo, diciendo un día y otro, a sus convecinos, que se fueran preparando, porque ¿cuánto creían que iban a resistir en medio de una devastación? Ni siquiera este pueblo grande iba a salvarse, y por eso él tenía que irse a Barcelona; porque lo que ocurría no era una emigración, sino como una riada y una devastación.

—¿Veis cuando la niebla en noviembre comienza a subir desde el río, y primero tapa al sol, y luego avanza ya imparable hasta envolver todo? Pues eso es lo que ha pasado en España: que una niebla o una ventolera borra o se lleva los pueblos por delante —les dijo el panadero que traía el pan a aquel pueblecillo—. No podemos resistir aunque queramos.

Y todo esto se lo decía no solo como un amigo que había servido el pan y las rosquillas a todo el pueblo, y les había asado los tostoncillos o corderos para las fiestas, sino también porque estaba casado con una mujer de este pueblo, y aquí había nacido su primer hijo, y allí en el pueblo tenía enterrados a sus padres y abuelos. Y bien quisiera él que no hubiera que hacer aquí una ceremonia como la que habían hecho en casi todos los pueblos del entorno, y había sido la ceremonia de la despedida. Porque él no sabía cómo había sido esa ceremonia en otros pueblos, pero la que vio en uno de ellos había sido un dolor verdaderamente.

Todo el mundo se había puesto de acuerdo en que fuera por la tarde, porque en estos días de color miel de setiembre las tardes tenían todavía mucha luz, casi como en agosto, y se estiraban como en ningún otro mes. Pero no serían las cinco, y ya estaba todo el mundo en el cementerio, y la señora Tecla, la hornera, precisamente a la que él había comprado el horno, propuso a la señora maestra jubilada que antes de rezar un padrenuestro en cada tumba, se recordase a cada muerto que había allí, tal y como había sido en vida, y contada esta por los familiares que tuviera. Y que, en las tres o cuatro tumbas que había en las que nadie recordaba quién estaba allí enterrado, se diría que, al fin y al cabo, aquellos muertos aquí vivieron y aquel aire respiraron, y aquel cielo vieron,

en primavera, verano, otoño e invierno; y a la sombra del árbol seco se habrían puesto alguna vez, si era que el muerto había vivido antes de que el árbol se hubiera secado, o luego, cuando retoñó otra vez.

—Yo creo que muchos de estos muertos —dijo la señora Tecla—, además de a sus seres queridos se llevarían añusgados en la garganta, otras muchas cosas, como una mañana de mayo temprana con el alboroto de los pájaros, o las bandadas de patos en el cielo cuando iban a la laguna, porque quien ha visto una cosa así ya no la olvida, ni querría morir nunca aunque fuese solo por esto. O también querrían tener siempre junto a ellos una silla o una palangana, o un espejo o un abanico, que los habían acompañado mucho; y algunos de los familiares de esos muertos que allí estaban habían llevado al cementerio esas cosas, para dejarlas allí para siempre.

—Está muy bien pensado —dijeron todos.

—Esto es lo que se hacía antiguamente —dijo la señora maestra vieja—. Y algunas cosas de estas, que usamos todos los días, y pertenecieron a gente importante, tienen más de mil y dos mil años y están en los museos; y solo Dios sabe lo que será de ellas y de nosotros mismos.

—Mejor no pensarlo —dijo otra mujer también de bastante edad.

Y luego, todo había ido muy bien mientras los rezos duraron, pero a seguido habían comenzado las despedidas, y todas las estrellas de una noche sin luna habían salido hacía mucho, cuando hubo que separar por la fuerza a mucha gente, como se la separaba de un ataúd cuando se sacaba de casa a un muerto, el día del entierro. Y Felipe no tenía enterrado a nadie que fuera cercano a él en aquel cementerio del que estaba hablando, pero algunas cosas que se contaron aquel día de los muertos y que él mismo oyó, le habían llegado al alma y no quería volver a pasar por ellas.

—Yo creo que, cuando os vayáis de este pueblo, no tenéis que hacer una despedida así —aconsejó Felipe, el panadero.

—Es que no nos vamos a ir. Que te vaya bien en Barcelona y, si vuelves alguna vez por aquí, ya sabes dónde nos tienes —le contestaron una vez más las mujeres que estaban comprando en la tienda, y algunos hombres que se habían acercado, porque le habían visto entrar en ella, y sabían que había ido a despedirse.

—Nosotros no vamos a abandonar a nuestros muertos, ni vamos a desperdigar a nuestros vivos por España.

—Ni tampoco vamos a abandonar al árbol seco.

—Por cierto, que me han dicho que en un periódico o una revista ha salido retratado el

árbol seco. ¿Tú lo has visto? —le preguntó una mujer al panadero.

—Sí, lo he visto, pero la foto no era la del árbol, al que solo se le veía un poco, sino de la pobrera, aunque ponía «Casa de los pobres», porque los del turismo no sabían que se llamaba «la pobrera».

—¡Pues mira que si tenemos ahora un jubileo de turistas a cuenta de la pobrera antigua, y no nos habíamos enterado, ni nadie nos había dicho nunca que fuera tan importante! Porque podría pasar lo que con el árbol seco, que, según decían nuestros abuelos querían cortarle, y luego pasó lo que pasó.

—Pero quien ha puesto eso en el periódico tiene que ser el que vino aquel día a recoger cuentos y decires, y las recetas de cocina, y al que ya le dijimos que aquí no teníamos otra cosa de particular que el árbol seco —añadió doña Florinda, que había sido titiritera por los pueblos, pero que, como su madre era de este pueblo, cuando la llegó la vejez, vino aquí a recogerse, y era la que tenía más facilidad de palabra.

Y era verdad, desde luego, lo que decía el periódico acerca de que el árbol seco era lo único que tenía este pueblo, en el que no había ninguna otra cosa de particular. Había tenido una ermita que se la habían llevado a un museo del extranjero, y en la parroquia no había nada de valor, así que aquí no venía nadie como no fuera por el tiempo de las elecciones algunos años. Pero hacían poco humo; estaban un rato pregonando desde un coche con una bocina a todo gas, y luego se iban.

Pero a aquel señor de las preguntas casi habían tenido que echarle.

—¿Os acordáis? Venía todo vestido de negro y con un sombrero azul, traía un maletín, sacó unos papeles, y se puso a preguntarnos y a escribir. Él fue el que nos comenzó a hacer preguntas, mucho antes de que la televisión diera todos los días la lata con lo de que si estábamos orgullosas de ser mujeres. ¿Os acordáis? —dijo una mujer de mediana edad que se llamaba Anunciación.

—¿Y qué dijeron ustedes a esa pregunta que las hizo? —terció el panadero, sonriéndose.

—¿Y tú qué crees? A una pregunta idiota, oídos sordos ¿no? —contestó Angelita.

Y entonces dijo Felipe el panadero que él se había quedado de piedra cuando le habían contado la historia del árbol seco, cuando todavía vivía aquí y era vecino del pueblo, pero que el periódico, revista o papel que fuese, ponía lo del árbol seco en un título para luego no decir nada de él, como si fuera lo corriente que un árbol se secara en primavera un año, estuviese así cerca de seis años, que ya eran años, y luego floreciese de nuevo por las buenas, en otra primavera.

—Decían que era temeroso de ver, cuando estaba seco, tan alto y con dos ramas, que parecía una horca, sobre todo los atardeceres de invierno —dijo un hombre muy viejo a Felipe el panadero.

—Solo daba malos pensamientos —le había respondido doña Florinda al que había venido preguntando, cuando le contó la historia del árbol seco.

—¿Qué pensamientos? —había preguntado el que vino preguntando.

Y doña Florinda había respondido que los pensamientos, buenos o malos, no tenían por qué decirse. Pero que los del pueblo sabían que la historia verdadera era muy otra, y esta era que, un pobre, que se llamaba Lerreus y, que venía siempre pidiendo por aquí, y al que los más viejos del pueblo habían conocido todavía, se ponía a la sombra o cobijo del árbol viejo y, cuando un día, estando él allí, le dijeron que poca sombra y poco refugio iba a darle ya, porque las autoridades y todo el pueblo habían decidido cortarlo, porque, seco como estaba el árbol y con dos palos o muñones que tenía parecía una horca, y daba no sé qué, él les dijo que nunca se debe cortar un árbol seco, por si acaso se corta una vida que hay dentro de él. Y no le cortaron y, cuando después de mucho tiempo el pobre Lerreus volvió y llegó a la pobrera y vio allí delante el árbol seco, se había alegrado mucho, y luego, después de dar las noticias y de recoger la ayuda que le daba la gente cuando venía por el pueblo, como era el mes de julio, el pobre Lerreus se quedó allí por la noche, y luego dijo que había dormido maravillosamente, mejor que en la pobrera o en un hotel, y que le habían despertado los pájaros mañaneros, cantando; y luego dijo adiós y se fue. Pero lo cierto fue que cuando alguien vio el árbol por la mañana, este estaba lleno de hojas nuevas como las de primavera que parecen recién pintadas, que era una maravilla verlo. Y toda la gente podía ir hasta allí, y comprobarlo. Y fueron, y lo vieron los abuelos o bisabuelos de los que ahora vivían en el pueblo.

—Y, si le hubierais cortado como queráis, ¿qué consuelo ni sombra tendríamos todos? —contestó Lerreus cuando alguien del pueblo le alcanzó todavía en el camino y le dio la noticia del árbol.

Se le había caído el bolígrafo a quien vino preguntando, cuando había oído esto, y dijo:

—¿Quiéren ustedes decirme que don Alejandro Lerroux venía por aquí pidiendo limosna, y que un año le ocurrió lo que me han contado? No me tomen el pelo.

Y entonces fue doña Florinda la que contestó que a ver si no tenía derecho este pobre de pedir a llamarse Lerreus, que era como se le llamaba en el pueblo.

—Pero no me van a hacer creer que se toman ustedes en serio que el árbol reverdeció, cuando el pobre se durmió apoyado en él —dijo todavía.

—¡Anda! ¿Y por qué no iba a hacerlo el árbol con alguien como ese pobre que se

llamaba Lerreus y había tenido misericordia de él? Por agradecimiento a él, que siempre había dicho que no le cortaran, floreció de nuevo. Y ¿por qué un árbol no iba a poder ser agradecido?

El panadero repitió entonces que el periódico no decía nada de todo esto, sino que hablaba de que en aquel pueblo había ya una casa de pobres hacía muchos años, y que podrían reconstruirla para ser visitada, o hacer un hotel en ella.

—¡Pues ya ves! Y, ahora te vas a ir tú, Felipe, cuando vienen los turistas, y algo de pan comerán, ¿no?

Y parecía que Felipe comenzaba a dudar, pero solo dijo que lo que iba a hacer era contar en Barcelona la historia del árbol, que nunca la había sabido completa y, si la hubiera sabido, a lo mejor no había tomado la determinación que había tomado. Ahora lo sentía, y si la llegaba a saber su mujer ya se vería todavía lo que se haría o no se haría con lo de irse a Barcelona.

EL DOMINGO POR LA TARDE

Cuando se le encontró la Guardia Civil, estaba como rescatando libros que parecía que habían sido arrojados al río; pero este no era muy profundo, ni la corriente muy rápida, sino que, al contrario, aquí se remansaba, y los libros iban quedando anclados en el fondo ya muy somero, sobre todo si tropezaban con alguna piedra o las ramas y troncos, y otros desechos de árboles que la corriente del agua había ido acumulando.

El hombre que estaba allí, en esas márgenes del río, extraía del agua un par de libros o tres, y corría a dejarlos en tierra enjuta, junto a un saco que también parecía contener más libros, aunque estos, al menos los que sobresalían del saco, parecían sin señal ninguna de haber pasado por el agua. Y el saco y una chaqueta, sin duda la de aquel hombre, estaban a orilla de un pequeño sendero entre chopos, que era por el que había bajado la pareja de la Guardia Civil, y desde el que se habían quedado mirando aquella extraña escena. Y, en el momento en el que ese hombre se acercó con otros tres libros salvados del agua, le preguntaron qué era lo que estaba haciendo.

—Desesperándome por haber hecho una locura —contestó aquel hombre.

—¿Qué locura? —preguntó el cabo—. ¿Son suyos los libros?

El hombrecillo contestó que sí, y que tenía que sacar aquellos libros de allí.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! —volvió a decir el cabo—. A lo mejor podemos ayudarle.

Y lo que se les ocurrió fue que el hombrecillo continuase sacando los libros y ellos dos, los guardias, harían una cadena para ir depositando uno por uno en tierra, pero él explicó que en realidad lo que le importaba era localizar al ruso, y el ruso todavía no había aparecido.

—¿Qué ruso? —preguntaron los guardias.

—¡Ya está! ¡Ya está! —gritó el hombre lleno de alegría—. ¡Este es «Demonios» y «Pobres gentes» del ruso, que están en un solo volumen.

—¿Demonios y pobre gente? —preguntó el cabo.

Pero el hombrecillo ya no contestó, quizás de lo contento que estaba, y luego ya sacó otros dos libros más pequeños, asegurando que a los demás libros, aunque no eran muchos, se los habría llevado el agua, pero, si se había salvado el ruso, se daba por

conforme, porque, además, tenía como un papel liso y brillante en el que el agua habría resbalado, y la tinta no se habría corrido.

—Pero ¡qué sé yo! —dijo—. A lo mejor no pueden ya leerse los libros que he salvado, aunque yo creo que me acompañarán.

—¿Y cómo es que se le han caído al río? —preguntó el cabo.

Él contestó que, con su permiso, se iba a extender las perneras de los pantalones para que se secaran, como los libros, al solillo de la tarde, porque en setiembre todavía tendría fuerza durante un buen rato el sol, y enseguida contestaría a todas sus preguntas, pero que lo que había hecho era un crimen.

—¿Un crimen? —preguntó el cabo.

—Los llevaba a vender, pero me dio pena. Era como vender a mis padres, y de repente pasé por el puente, vi el río, y los tiré. Menos mal que no todos, pero unos cuantos.

Y que, enseguida, al verlos en el agua, le había parecido que se estaban ahogando y le pedían socorro. Aunque no los auxilió apenas los había tirado, porque le parecía también que ellos le habían abandonado a él desde hacía ya mucho tiempo. Él era rumano, y los libros no le habían ayudado cuando la policía política de su país había apaleado hasta la muerte a su mujer y a sus hijos, ni tampoco cuando a él le llevaron a la cárcel, ni cuando huyó y vino hasta esta tierra con los libros que pudo, porque no podía desprenderse de ellos, pero tampoco le habían ayudado; y entonces los iba a vender para pagar el hospedaje que tenía en el pueblo cercano donde había vivido hasta ahora como vigilante nocturno de una granja, y le habían despedido hacía dos días porque le sorprendieron leyendo por la noche. Y él había sido profesor en su país, pero aquí no le habían dejado ejercer como tal, y aquí tampoco le dejaban enseñar latín porque no interesaba aquí el latín, ni nada: y un librero de viejo le había dicho que tampoco le interesaban aquellos libros.

Le alargó entonces al cabo su documentación, y una foto de una escuela o instituto del que le habían expulsado, allá, en su tierra, y luego bajó la cabeza y dijo que en realidad, él había ido al puente a suicidarse, tirando antes los libros al río; pero finalmente no se había atrevido, y entonces había echado a correr para salvar los que había tirado.

—¿Y ahora qué va a hacer? —preguntó el cabo.

—¿No estoy detenido?

—No, no.

Y entonces él se echó a la espalda su saco de libros mojados y secos, y echó a andar por el caminillo entre los chopos de la ribera del río; pero luego se detuvo, miró para

atrás, volvió sobre sus pasos, y dejando el saco en el suelo dijo muy contento:

—«Christos anesti!, ¡Cristo ha resucitado!»». Y ustedes tienen que responder: «Alithos anesti!»», es decir: «¡Verdaderamente ha resucitado!» ¡Díganlo, por favor! Es la tarde de la Pascua.

El cabo y el número de la pareja de la Guardia Civil no sabían qué decirse, ni qué hacer, pero repitieron lo que les había dicho y él, entonces, preguntó:

—¿Es que no están ustedes contentos? No es posible que no estén contentos.

Volvió a echarse el saco a la espalda, esta vez sin la ayuda de los guardias, y volvió a subir por el senderillo, cantando.

—Tenía, efectivamente, los papeles en regla —dijo el cabo.

—A ver si encuentra un trabajillo, que parece hombre de libros, de poco comer y poco gasto —comentó el número.

Pero ninguno de los dos guardias se atrevían a decirse lo que pensaban en su desconcierto, y también se fueron de allí enseguida en silencio. Aunque el número repetía de vez en cuando:

—¿Y habrá muchos hombres así en el mundo, cabo?

—Yo creo que qué sé yo. Porque ¿cómo va a vivir un hombre así en este mundo? —contestó el cabo.

LA PROMESA

Lo peor era cuando te hacías un lío y una confusión entre la Historia Sagrada y la Historia de España, que era otra asignatura y se daba su clase en otro día diferente. Y siempre decía don Celes que siempre nos teníamos que acordar de algunas de sus páginas que habíamos subrayado. Aunque no solo de estas, sino también de otras, como de cuando Aníbal pasó los Alpes con los elefantes, a pesar de la nieve que había en ellos y de lo deslizosos que estaban los senderos de la sierra; de manera que tenían que ir muy despacio y con mucha paciencia; y también teníamos que acordarnos de cuando los romanos hicieron el acueducto de Segovia, y de la batalla de Calatañazor, que era el pueblo de don Celes precisamente, y decía este que menos mal que la perdieron los moros; porque, si la hubieran ganado, pues no podíamos saber si hubiera habido Reyes Católicos, Felipe II y El Escorial. Y a lo mejor ni hubiéramos sabido cómo entraron aquí los moros, o a lo mejor sabíamos más porque ellos mismos nos contarían cómo habían entrado y lo que más les había gustado.

Porque esta historia, desde este lado de acá, o de nosotros, era muy bonita, pero muy triste y traicionera, porque dice que aquellos entraron por una traición del conde don Julián que así quiso vengarse de un rey que había ofendido a su hija, Florinda o la Cava o algo así, y no nos acordábamos bien porque ninguna chica tenía ese nombre, y no nos quedábamos bien con él. Así que hubo una batalla cerca del río Guadalete que es un río muy pequeño y casi seco, como el río Zapardiel que todos conocíamos, y la batalla la perdió el rey, y los moros entraron en España como en fila india hasta que llegaron a Covadonga, y allí los pararon los pies los españoles, y empujándolos poco a poco acabaron por echarlos cuando llegó Isabel la Católica, que nació en Madrigal, y no se la ponía nada por delante, y tomó Granada que fue la última tierra por conquistar a los moros, que se la habían cogido para ellos. Pero eso podía hacerlo, porque ella era de Madrigal, aunque a nosotros nos parecía raro que una reina naciese en un pueblo, de donde, además, venían tantos pobres a pedir los lunes, aunque estos no eran como la reina a la que ya digo que nada se la ponía por delante o la daba igual, así fuesen cien gigantes como Goliat y ella tuviese solamente una honda y unas cuantas piedras para tirar contra él, como hizo el rey David.

—Eso es Historia Sagrada, y no tiene nada que ver —dijo don Celes, cuando se lo

contestamos en la lección.

Y, entonces, añadió que lo que podíamos haber citado era lo que le pasó a Guzmán el Bueno, asomado a una muralla que tiró a los moros un cuchillo para que mataran a su hijo antes que rendirse, porque los españoles, hasta con las tripas fuera, no se rendían. Pero mi hermano, que estaba estudiando en Madrid, me dijo cuando se lo conté, que en esto de Guzmán el Bueno no tenía razón don Celes ni los que lo contaban, porque antes es un hijo, un padre, una madre, un hermano o hermana y un amigo o cualquier hombre o mujer que todo lo demás. Y entonces me contó la historia de Antígona que prefirió desobedecer la ley de la ciudad donde vivía que prohibía enterrar a su hermano, y morir obedeciendo a su conciencia y la ley natural; y que se lo dijese a don Celes. Y se lo dije, y no contestó nada don Celes, pero luego fue este a mi casa y le dijo a mi hermano que no sabía él eso de Antígona, pero que en la escuela no podía decir nada, no fuera a ser que quedaran mal Guzmán el Bueno y el general Moscardó que también dijo a sus enemigos que mataran a su hijo pero que él no se rendía. Y, además, no lo podía contar todo esto don Celes, porque él solo enseñaba Historia Sagrada e Historia de España, pero por separado para que las distinguiéramos, lo que ya era bastante difícil, según las confundían algunos.

Y así era la verdad, porque si, por ejemplo, don Celes le preguntaba a uno qué era lo que había dicho el Corazón de Jesús en Valladolid, que era que «reinaré en España con más veneración que en otras partes», decía que eso era Historia de España, y que san Pedro era Historia Sagrada, pero Santiago era, el que más Historia de España era, aunque tenía una parte de Historia Sagrada, pero solo una parte, y que nos fijáramos bien.

—¡A ver si os lo aprendéis! El conde don Julián, el obispo don Opas, y otros mil o más que eran sus huestes, fueron un puñado de traidores. Pero don Pelayo, Santiago Apóstol, Isabel la Católica y don Juan de Austria, los cuatro salvadores de España.

—¡Hala! más de mil contra cuatro —decíamos nosotros, admirados.

—Pero ellos no tenían a Santiago que iba en un caballo blanco, que dejó a todos helados. Aunque otros dicen que eso era una leyenda.

Y, estando diciendo esto, se paró de repente e hizo con la mano la señal de que todos nos estuviésemos quietos, porque, en ese momento, pasaba por delante de las ventanas de la escuela un peregrino que seguramente iba a Santiago de Compostela, como entonces iban muchos, vestidos de peregrinos para que todo el mundo lo supiera; es decir, con su sombrero, la capa con esclavina, la concha de la vieira cosida a esta, el palitroque y la calabaza llena de agua. Don Celes se quedó como embobado un instante, y luego golpeó los cristales llamando la atención del peregrino, que volvió sobre sus

pasos dirigiéndose a la puerta de la escuela, a la vez que don Celes se dirigía desde dentro hacia ella; y se encontraron, se saludaron, charlaron unas palabras, y, por lo visto, el peregrino le dijo entonces a don Celes, que iba a Santiago a cumplir una promesa que había hecho cuando había estado en Rusia, y a seguido entraron en la escuela y entonces todos nosotros saludamos al peregrino poniéndonos de pie y dándole los buenos días.

Y luego dijo don Celes al peregrino que podía contarnos algo de ese viaje y otros que hubiera hecho.

Así que el peregrino subió a la tarima, se quitó su sombrero que puso sobre la mesa del maestro, apoyó luego su báculo de andar y su calabaza contra la pared, y comenzó a decir que él era de un pueblo de cerca de Toledo y venía andando desde allí en peregrinación hasta Santiago de Compostela por una promesa que había hecho en Rusia, un día, de que, si no se le helaban las piernas y no tenían que cortárselas, haría esta peregrinación; y, como no se le helaron, la estaba cumpliendo. Y, para ayudarse un poco, iba vendiendo algunas medallas y estampas, novenas y rosarios, y las profecías de la madre Rafols sobre algunos desastres que podrían caer sobre España, como ya habían caído sobre Rusia.

Entonces don Celes nos dijo a los chicos que le preguntáramos lo que quisiéramos sobre Rusia, y él decía:

—Cúpulas como cebollas azules y verdes o doradas en las torres de las iglesias, y nieve y mucha nieve, y más nieve.

Luego explicó que las iglesias estaban todas cerradas, y algunas convertidas en gallineros, y habían expulsado de Rusia a Dios y al zar.

—¿Y qué ha pasado, entonces? —preguntó don Celes.

—Pues que los mataron. ¿Qué iban a hacer con ellos?

—Y ¿cómo iban a fusilar a Dios, buen hombre? —preguntó don Celes.

—Pues yo eso no lo sé ni lo quiero saber, pero eso era lo que todos decían —contestó el peregrino.

Y luego enseguida, se despidió para irse, porque dijo que, si no andaba, siempre tenía mucho frío, aunque la estufa de la escuela estaba encendida. Pero cuando ya salió el peregrino de la escuela, al cerrar la puerta, se dejó pillada con aquella una parte de la capa y la esclavina, y entonces, mientras don Celes estaba ayudando al peregrino a soltarse las ropas, vimos que este tenía una pata de palo, aunque no nos habíamos dado cuenta de que cojease, y luego supimos que también había tropezado con la pata de palo en el umbral de la puerta que estaba un poco levantado.

Y, luego, don Celes nos dijo que la pata de palo la llevaba porque le habían tenido que cortar la pierna derecha, porque el tiro que le habían dado se la había destrozado, pero no porque se le hubiese congelado. Y que el peregrino estaba cumpliendo la promesa porque no se había congelado ni tampoco se había dormido mientras vinieron a socorrerle.

—Sí, señor —contestamos todos.

Y estábamos muy contentos, porque ya sabíamos más cosas de Rusia, y cuando veíamos cebollas nos acordábamos de las que eran azules, verdes y doradas construidas en las torres de las iglesias rusas todas cerradas, y con pinturas dentro que no se podían ver.

—Solo cuando las destruían o quemaban, se veían los restos que tenían maravillosas pinturas —dijo también el peregrino—. Aunque nunca vimos que estuviera pintado allí Santiago Apóstol con el caballo blanco. Pero a lo mejor sí estaba pintado —añadió después de una pausa el peregrino, y a lo mejor él no le había reconocido, porque allí en Rusia no llevara caballo, por ejemplo.

—Pero, en realidad, era que aquellas pinturas y aquella tierra no eran la Historia de España, sino la Historia de Rusia y de san Vladimiro —nos explicó de nuevo don Celes.

—¿Y si habían fusilado a Dios, cómo era que había san Vladimiro? —preguntábamos.

—Pero ¿quién sabe lo que el peregrino había oído o no había oído, cuando decía que habían fusilado a Dios y al zar? Porque todo estaba cubierto de nieve, además; y yendo, como iba el peregrino, en una División Azul en la que los que estaban en ella iban en fila, en silencio, y sin poder hablar con nadie, porque no había nadie, y todo estaba cubierto por la sábana de la nieve.

—¡Hala, qué bonito! —dijimos los chicos.

LA MUJER DEL CAPAZO

Toda su vida se la había pasado sirviendo a los demás, dijo a la dependienta de los grandes almacenes que la preguntaba a quién buscaba y a la que contestó muy tranquilamente que estaba buscando a una compañera.

—¿A una compañera de trabajo de sus años, de antaño quiere usted decir?

—No, sino compañera de vida y de trabajo de ahora mismo, porque ella, la que estaba hablando, y estas otras compañeras, o sea, nosotras tres hemos sido criadas, recaderas, zurcidoras, aguadoras, y revendedoras de unas cuantas cajetillas de tabaco y cerillas, y muchas cosas más que ahora no me acuerdo. Y luego ya al final, y ahora mismo, estamos recogidas en un convento hasta que Dios nos lleve, si es que el convento continúa abierto, y no se mueren las monjas antes que nosotras, porque ya tenemos todas una edad, y todas juntas, las monjas y las tres recogidas que estamos allí, nos moriremos más o menos al mismo tiempo.

—¿Por qué dice usted «las recogidas»? —preguntó la dependienta.

—Porque nos recogieron. ¿Cómo querría usted que nos llamasen?

Otra cosa era que hubiera visto a alguien recogiendo en la basura algo. ¿Lo había visto ella, la dependienta? Pues, sí lo había visto, el caso de ellas tres era el mismo, porque, a ellas, las tres recogidas que había en ese convento, las habían recogido las monjas del cubo de la basura del mundo, en el que ellas estaban tiradas, y nadie las quería en ninguna parte y las barrían de todas, hasta que una mandadera de las monjas se las había encontrado, un día de invierno, el día de los Santos Inocentes, sentadas en el banco de piedra que hay debajo de los buzones de correos tomando el solillo que hacía. Y la cosa fue que, entonces, esa mujer mandadera de las monjas se las encontró allí, cuando fue a echar una carta, y no solo estaban muertas de frío sino que esa mujer comprendió que también tenían hambre, porque debió de ver que ellas se estaban repartiendo unas cuantas cáscaras de naranja.

—Pero ¿es que comen ustedes cáscaras de naranja? —las preguntó la mandadera.

—Comemos lo que se tercia —contestó una de sus acompañantes que se llamaba Emilia—, porque tenemos muy buen estómago y una boca muy rica que hace a todo.

Y su otra compañera, la Luisilla, había aclarado las cosas añadiendo:

Y, gracias a este buen estómago y gracias a Dios —dijo la Luisilla—, porque si no, ya nos hubiéramos consumido hacía tiempo.

Y dijo también, para concluir la explicación:

—En la comida de hoy han tocado mondas de naranjas, pues tan ricamente ¿no? Son de las mejores cosas.

Y su otra amiga, la que no había hablado hasta entonces, siguió sin abrir la boca, porque dijo su compañera que era un poco tartamuda; pero la demandadera contestó a todo esto que, si ellas querían, este sería el día en que acabaría su mala suerte, y las explicó que ella las hacía una invitación en nombre de las monjas de las que era demandadera. Y añadió que este día de hoy, precisamente, hacían fiesta en el convento porque era la fecha del día del nacimiento de su fundadora, hacía más de cuatrocientos años, y tenían para comer una sopa de arroz, y luego habían asado unas sardinas, y de postre habían hecho un flan; y, aunque las monjas eran solamente cinco y eran pocas, habían invitado a las autoridades de la ciudad como todos los años, y habían hecho más cantidad de comida que los demás días; pero, como las autoridades no habían ido, sobraba mucho, y entonces la priora la había encargado a ella, la demandadera, que, cuando fuese a echar la carta que tenía que llevar a correos por la tarde, si se encontrara con algún pobre, o dos o tres, que los invitara a merendar o a una merienda-cena.

—¿Y tienen ustedes calor en el convento? —preguntó la Luisilla.

—En el convento ahora, en este tiempo no, porque es un casulario antiguo, pero en la cocina y en la sala de costura sí se está muy bien, porque entra mucho sol y lo guardamos muy bien. Ya lo verán ustedes.

En otro tiempo, siguió diciendo que sí iban las autoridades ese día de fiesta, de manera que las monjas tenían que pedir dinero prestado casi siempre para hacer la comida; pero luego, en este tiempo de ahora, no solo ya no se trataban las autoridades con las monjas, sino que las miraban mal como casi todo el mundo. Aunque ellas seguían invitando a aquellas autoridades, pero ya hacía varios años que no iban, ni se excusaban siquiera por no ir; de manera que ellas, las recogidas, se dieron cuenta de que las monjas estaban casi en el mismo caso que ellas, o sea de que como si no fueran nadie ni existiesen. Y que entonces ellas se decidieron y se quedaron a dormir, y luego ya se quedaron para siempre, y las dieron su trabajo a cada una de las tres.

Y, ahora precisamente, como la demandadera del convento estaba con catarro en la cama, ella había tenido que sustituirla y salir a hacer la pequeña compra que hacían algunos días, pero había venido hasta estos almacenes, sobre todo, porque precisamente la Luisilla, una de ellas, de «las recogidas», se había escapado hacía dos días o, mejor

dicho, no había vuelto al convento del que también había salido a comprar algo, y ella ya la había descubierto, y sabía que a lo que salía era a ver estos escaparates de estos grandes almacenes, y a mirarlos y volverlos a mirar, porque no podía vivir sin ver los maniqués; aunque por lo demás también, como ellas otras dos, estaba muy a gusto en el convento. Pero tenía un secreto la Luisilla.

—Como todos tenemos un secreto, ¿no? —dijo ella a la dependienta.

Y aclaró, enseguida, que el secreto de la Luisilla era que había sido costurera, y esto la tiraba más que otra cosa, y en el convento dibujaba hábitos nuevos para las monjas, y las hacía reír cuando las pedía que fueran a Roma a proponer que las cambiaran de hábito según las estaciones, y las diesen dinero para coser los modelos que ella dibujaba.

La dependienta también sonrió, pero entonces ella contestó que, sin embargo, esa afición de la Luisilla iba a dar con su vida al traste, porque, aunque salía del convento con precauciones y con precauciones iba a ver los maniqués, un día la podían detener, porque se ponía a hablar con aquellos maniqués en voz alta, y decía tan tranquilamente que cualquier otro día iba tirar una pedrada contra la luna del escaparate, e iba a entrar allí, llevarse aquellos vestidos, o dejarlos por allí tirados, y poner en su lugar sus modelos de vestidos de invierno y de verano para monjas.

Y, si la detenían, la llevarían a un psicólogo por decir estas cosas, que no deben decirse aunque se la ocurrieran a una, porque la cerrarían con los locos. Y siempre se lo advertían, ellas, las otras dos recogidas y las monjas, y ella contestaba a todas que ni ellas ni las monjas sabían nada del mundo, porque lo que habían hecho, y seguían haciendo, era llevar el mundo a cuestras y nunca se las había ocurrido dejarlo en el suelo para que resbalara y se estrellase.

—¿Y tengo razón o no? —dijo entonces una mujer ya mayor que se presentó de repente allí, y llevaba una pamelita muy antigua de color lila e iba con unas alpargatas negras, un pantalón blanco de deporte, y un capazo lleno de cartuchos de escopeta vacíos.

Y entonces sacó del capazo que llevaba un revólver de cartón, y dijo a la dependienta:

—O me das los modelos del escaparate o perderás tu vida.

—Se los doy, se los doy —contestó esta sonriéndose.

Y entonces la atacante se acercó y dio a la dependienta un par de besos, y luego se la presentó a ella señalando a quien había estado hablando con la dependienta, y diciendo:

—¡Esta es mi compinche, y vamos a volar estos grandes almacenes!

Pero enseguida acudieron allí dos guardas de los almacenes que eran dos hombres

jóvenes, forzudos y altos como torres, y se llevaron en volandas a la mujer de la pamea color lila y las alpargatas negras, y uno de ellos la preguntó a ella:

—¿Y usted?

Ella dudó un poco y dijo luego que ni conocía a esa la señora de los pantalones, que se habían llevado los guardas, así que debía de ser extranjera, y la dependienta no contó nada de lo que ellas habían hablado, a aquellos guardas de los almacenes.

—¡Váyase tranquila a casa! —la dijo la dependienta.

Pero ¿cómo podía ella volver al convento después de haber negado a la Luisilla, y de tener que llevar la noticia de que ya nunca volvería y ni las monjas ni ellas podrían ponerse, con la imaginación siquiera, aquellos hábitos tan preciosos, que veían en los dibujos de la Luisilla? ¡Solo Dios podía saber cómo se iba a arreglar ella para volver al convento donde todas aquellas mujeres la estaban esperando con la Luisilla de la mano!

No sabía qué decir.

LA SOLITARIA

El barbero tenía días fijos para ir a afeitar a mi abuelo, dos veces por semana de ordinario, y uno de esos días, cada cierto tiempo, llevaba también las tijeras para cortarle el pelo, o cuando tenía que cortármele a mí. En casa se preparaban tres paños blancos: uno como un gran babero, otro para secar la cara después del afeitado, y un tercero para limpiar la navaja y poder volver a colocarla en el estuche junto a las otras navajas, las piedras de afilarlas y la vasija con un ribete de goma roja en el que se limpiaban esas navajas y quedaba la porción de barba y jabón que había en la navaja después de cada pase en la cara, y luego se secaban también las brochas y jabones que se guardaban luego con una loción para masaje después del afeitado, y sobre todo si había habido que restañar alguna pequeña heridilla.

El caso es que el día en que el barbero iba a afeitar a mi abuelo no era como el día en que iba a casa el fotógrafo, pero tampoco era un día ordinario, y se le esperaba por lo menos como al señor Sebas el cartero, casi siempre a la última hora de la mañana, y coincidía no pocas veces con el reparto de este que traía el *ABC*, con las fotos de color sepia de siempre, y adelantaba las noticias que le parecían las principales porque él ya había leído el periódico antes de entregarlo, y sabía también que anunciaba aceite de hígado de bacalao, y lo debía de decir por mí y con muy mala intención, porque hacía mucha propaganda de tal aceite como para que me lo dieran. Pero el barbero ni mentaba los periódicos ni ninguna propaganda. A la vez que barbero, el señor Esteban, era el sacristán y organista en la iglesia, y también ponía películas los domingos, y era, en fin, una clase de técnico de amplio espectro que arreglaba cualquier cosa o hacía que funcionase una máquina de coser, una aventadora o un reloj. Era, verdaderamente, una especie de genio renacentista, que había hecho el servicio militar en África, y cuando afeitaba en la barbería entre las tres o cuatro cosas que cantaba estaba la terrible copla que decía:

Melilla ya no es Melilla,
Melilla es un matadero,
donde van los españoles
a morir como corderos.

—Y peor que los corderos, porque yo mismo lo he visto —añadía siempre como

colofón.

Luego estaba un buen rato hablando y moviendo los labios, por lo tanto, pero sin que se oyera más allá de un bisbiseo, y ni siquiera esto, y luego decía:

—Aunque, visto luego lo visto, yo ya no digo nada.

Hacía otro silencio, y explicaba, dirigiéndose al abuelo:

—Ya ve usted lo que me pasó a mí por cantar lo que había que cantar en la iglesia en el mes de noviembre y desde siempre, así que en mi vida volveré a mentar a las ánimas del purgatorio.

—¡Ya! ¡Ya! —decía mi abuelo.

Porque lo que había pasado, como bien sabía quien quería saberlo, había sido una coincidencia fatal; y esta había sido que a don Tomás, el padre del cacique del pueblo de entonces y de muchos años atrás le llamaban «El Hereje» por mal nombre, a lo mejor porque muchos recordaban que en un tiempo decía lo que decía sobre la religión y todas esas cosas, pero cuando el padre de don Tomás se había muerto a primeros de noviembre, don Telesforo el cura, olvidando, como era su deber, lo que había echado por la boca «el Hereje», había pedido que la gente rezase para que, si había tenido que ir al Purgatorio, saliese pronto; y entonces él, el señor Esteban, el sacristán, después de los responsos cantaba como era costumbre en las novenas de Ánimas una canción que concluía diciendo:

¡Qué terribles son mis penas!
¡Piedad, cristianos, piedad!

Pues como si hubiera estallado una bomba, cuando lo cantó en el novenario de misas por don Tomás. Doña Estefanía, la viuda del difunto, don Tomás y sus hijos y nueras salieron disparados de la iglesia y uno de los hijos subió al coro y le hizo al señor Esteban, el gesto de que, si seguía cantando, iba a cortarle el cuello, y luego dijo:

—Si mi padre está en el Purgatorio, se hará lo que se pueda y con el dinero que cueste para que salga de allí, pero tú vas a ir al mismo infierno esta noche, y con tu propia navaja harás el viaje.

Y el señor Esteban volvió a repetir, ahora, una vez más las palabras de la amenaza, que las llevaba clavadas desde entonces. Y decía a mi abuelo:

—Así que se acabaron para mí las Ánimas y la canción de Melilla, pero ¿cómo no me voy a acordar y a sacarlo en la conversación, si no lo puedo remediar?

—¿Y sabes por qué no lo puedes remediar? —contestó mi abuelo— Porque te acuerdas todos los años de las historias de los muertos, y las historias verdaderas se te

quedan dentro en el ánimo, y no terminas de echarlas nunca fuera, como pasa a veces con la solitaria.

—¡Pues sí que estoy apañado! —comentó el señor Esteban, con una voz resignada.

—Como estamos todos. Pero tú más, porque nos ves las caras más cerca —le explicó mi abuelo.

Y a lo mejor era y es verdad, ¡quién sabe! Pero esto de ver las caras desde cerca parece que le convencía al señor Esteban, y algún día ya tarareaba por lo bajo aquellas canciones, mientras afeitaba a mi abuelo o a otros.

LA DOBLE VIDA

Cuando se descubrió que llevaba una doble vida, nadie podía creérselo, y era como si no se hubiera descubierto, o esa doble vida no hubiera podido existir, y no hacía falta que Enrique Illea lo negara:

—Que yo no soy del que hablan los periódicos, y todos me conocéis. Y mejor que todos los de la Asistencia Social, que siempre han querido y quieren llevarme a una residencia de inútiles para que ya esté recogido el día de mañana. ¿Cómo voy a ser yo el otro, o cómo va a ser el otro yo?

Pero, si no a todo el mundo, a algunos no les convencían nada las palabras de Enrique Illea, porque ¿por qué tenía que defenderse de que el periódico y la televisión dijeran que un Enrique Illea llevaba una doble vida, si no era él? ¿O por qué no iba a *El Debate Público*, que era el periódico de la ciudad, y no ponía las cosas en claro, por lo menos para que no le estuviera atormentando la gente todo el santo día de Dios con que si el periódico decía esto o lo otro? ¿Por qué incluso no quería leer lo que decía el periódico ni que se lo leyesen?

—¿Para qué voy a estropearme la vista leyendo periódicos y para qué voy a perder tiempo en escuchar que me lean lo que decís que dicen de mí los periódicos si, digan lo que digan, tiene que ser lo que ellos dicen y por lo menos esta vez no es? —repetía.

En general, sin embargo, la gentes no creían lo que decían los periódicos, porque ¿cuál podía ser la razón de que estos no publicaran ni una sola foto del Enrique Illea rico e importante, en algunas de la reuniones y cenas o fiestas que describían los mismos periódicos que organizaba? Con una sola foto de aquel que publicasen, ya nadie tendría que decir nada de este otro pobre Enrique Illea, y a ver si alguien de los que hablaban de la doble vida de este se atrevía a sostener que siendo el inocente de la ciudad que era, y que a duras penas servía de barrendero en el ayuntamiento, y ni siquiera había servido para recadero porque se le olvidaban las cosas, ¡era el mismo que el Illea rico! Estaba claro que eran dos personas con el mismo nombre y apellido, y si el señor Illea rico conociera a este otro desgraciado de Illea, se hubiera cambiado de nombre, o no le hubiera permitido que utilizara este apellido, o le hubiera obligado a escribir y decir el segundo apellido que, según decían, era distinto.

Y en este juego se pasaron meses, pero también sucedió que, de la noche a la mañana,

y en una noche en que llovió a cántaros, desapareció durante estos meses el barrendero municipal, Enrique Illea, sin dejar rastro alguno. Y lo curioso fue que, a la vez, en la misma sección de limpieza del ayuntamiento, y también de un anochecer a un amanecer, se echaron en falta unos sesenta sacos de sal, que allí se guardaban para cuando nevase, y seis u ocho bombas de aspiración de agua, movidas por motor eléctrico; que eran unos «efectos municipales», como dijeron los técnicos, de los que nadie pudo explicar el paradero. Y, cuando a alguien se le ocurrió relacionar con esta desaparición a Enrique Illea, la carcajada fue general entre los que le conocían y estaban seguros de que, aunque hubiera querido robar todo eso para luego venderlo, hubiera sido imposible para él hacer una cosa así; y los compañeros de trabajo recordaban que, a veces, en el invierno, cuando nevaba y echaban sal en las calles, él se cogía un puñito para no deslizarse en el cemento de su corralillo, porque le parecía carísima, y siempre preguntaba por qué la tiraban en la calle, pudiendo dársela a la gente para unos huevos fritos. Eran cosas así de infantiles y tontas las que se le ocurrían, y, desde luego no aseguraría nadie que supiera calcular el valor de lo que en la sección municipal de limpieza faltaba y qué beneficios podría dar porque nadie se lo compraría. Un simple y un disminuido psíquico, un inocente como Enrique Illea vivía en otros mundos; y, desde luego, no se le conocía ninguna relación social y menos a alguien de la ciudad o forastero, que pudiera fiarse de él ni para bien ni para mal, porque comprendía enseguida lo que Illea era.

Pero todo apuntaba a él, sin embargo, en relación con la desaparición de esos «efectos especiales» del municipio, pero, cuando la policía hizo finalmente un registro en su casucha, no encontró nada que le acusase en ningún sentido con respecto a este asunto o a otro cualquiera. Lo que había aparecido era un montón de libros de matemáticas y economía política en la primera página de los cuales Enrique Illea había escrito su nombre, menos en uno, también de matemáticas, que alguien le había dedicado. Y también una calculadora mecánica que era de fabricación alemana. Nadie sabía qué pensar de estos descubrimientos, pero enseguida dejó de dárselos importancia, y sobre todo cuando al fin aparecieron los responsables de la apropiación y luego venta inmediata de los «efectos municipales».

Pero en relación con Enrique Illea lo único que la policía concluyó por afirmar fue que, en medio de todo, había una cosa clara, y esta era que el tan mentado Illea de la ciudad y no el Illea rico de Madrid, había llevado verdaderamente una doble vida o quizás una triple o cuádruple vida; pero, por lo menos, la de barrendero municipal, y medio idiota público, y la de matemático privado. Aunque luego resultó que le conocían en muchos sitios como tal, aunque no por su nombre de Enrique Illea, que se había puesto nadie sabía por qué, cuando volvió de la División Azul, aunque era seguro que para llevar la

doble vida que había llevado, por una razón que nadie supo ni a lo mejor se sabría nunca; y esta sí que era una verdadera doble vida y no las que tenían líos de negocios y otros, y andaban llamándose de dos o tres maneras.

LOS LATINES

Quince días antes del «Día de los Santos», cuando estaba en la casa del antiguo cartero, que ahora servía de despacho de tienda dos veces a la semana al pescadero, una al carnicero y los siete días de la semana al panadero, dijo la señora Micaela que el que ya no vendría ni una vez a la semana, sino un domingo sí y otro no, sería el cura, aunque le habían venido llamando todos desde hacía tiempo, «el Semanero», en vez del señor cura, como siempre le habían llamado, y que tampoco vendría las pocas fiestas que quedaban entre semana, porque debía de pensar que ellos, los viejos del pueblo, ya no iban a ir a la «Misa del Gallo» en la Nochebuena y, además, ya no se decía en ninguna parte, y la gente había respondido que desde luego que era como si ya no pudieran decir tampoco que tres jueves había en el año, que relucían más que el sol: «Jueves Santo, Corpus Christi, y el día de la Ascensión», pero que no parecía que era asunto del que se pudiera presumir, ni mentarse como razón de nada. Porque, además, ahora esos jueves se escribían con minúscula como había dicho un día el panadero que le habían dicho a su nieto mayor en la escuela del pueblo grande, comentó el señor Eufrasio, que era el menos viejo de los nueve varones y trece mujeres que había en el pueblo.

—¿Eso dijo el Semanero?—preguntó otro de los viejos, el señor Félix que había sido hortelano y sacristán.

—El Semanero no lo había dicho todavía, pero ya lo diría ¡y qué sé yo lo que veremos! —comentó la señora Micaela.

—Pues lo que veremos y os lo aseguro, porque yo lo sé y no me atrevía ni a decirlo, aunque me lo ha dicho a mí el párroco de Huerta, es que el Semanero le dijo exactamente que lo de los Santos y las Ánimas eran cosa de otros tiempos, y que para cuatro viejos no iba a ir allí a cantarles «la Tremenda» en latín, y que era mejor que oyeran otras músicas, porque, aunque él mismo quisiera cantar «aquella Tremenda» no podía hacerlo ni en latín ni en chino porque solo había oído hablar de ella a un sicólogo, que decía que el solo oírla un poco podía causar un trauma.

Así que las cosas estaban más claras que el agua clara, y había que tomar una determinación, y entonces, en una de las chocolatadas que hacían los domingos por la tarde, se decidió que la señora Micaela vistiera a su nieto, Toño, el que venía los domingos a comer con ella, con los hábitos de un monaguillo y que llevara una cruz de

procesión y que el señor Félix rebuscase en la sacristía entre los libros, para encontrar «la Tremenda» y refrescase la memoria para cantarla como cuando acompañaba cantándola a don Plácido, el último de los curas que aquí había habido y aquí había muerto, y ahora vería desde donde estuviese cómo su sacristán y todos los otros hombres y mujeres que habían sido sus feligreses se habían aprendido «la Tremenda», y se la cantaban a él y a todos los difuntos del pueblo.

A todos pareció muy bien la propuesta, y el sacristán, como lo había sido tantos años, no encontró mucha dificultad en recordar aquel responso de los difuntos, aunque a su manera, porque algunas palabras le sonaban diferentes que cuando las decía don Plácido, y él mismo, y los demás hombres y mujeres iban más lentos que él en aprender aquellos latines, porque no todo era como «in die ila tremenda» que se lo aprendió enseguida todo el mundo así como el comienzo: «Líberame Dómine», pero en lo demás se atrancaban mucho, incluso en «cuando celi se mueven y la tierra».

—Pero lo importante es cantarla con el corazón, y el latín era lo de menos, como decía don Plácido —dijo Félix.

Sacó entonces del bolsillo un libro que había cogido en la sacristía y les había mostrado a los demás «la Tremenda» que tenían que aprenderse. Aunque solo una parte, que era la que debían cantar después de rezar el rosario en el cementerio, la tarde del «Día de Todos los Santos». De manera que el señor Félix les leyó el texto de «la Tremenda» que estaba en el libro, con alguna de las traducciones de palabras que el sacristán había oído a don Plácido el cura viejo, y las repitió una y otra vez, y luego hizo una copia para cada uno y repitió de nuevo lo que significaban en castellano.

Leía el señor Félix el sacristán: «Líberame Dómine de morte eterna, in die ila tremenda cuando celi movendi sun e terra». Y esto quería decir que el Señor nos libre de la muerte eterna, cuando se muevan los cielos y la tierra. Y dijo que debían contestar los demás: «Dies ila, dies ile, calamitátis e miserie, dies magna et amara valde. Dum véneris iudicare séculum per inem».

Y esto quería decir que era un día de calamidad y miseria y amargo mucho, cuando vengas a juzgar el mundo por el fuego. Y concluía el sacristán: «Requiem eternam donaeis, Dómine, e lux perpétua luceatéis».

—Y esto de la luz eterna que luce para siempre ya lo entiende todo el mundo ¿no? —preguntó el señor Félix.

Todos cogieron su papel y todos quedaron conformes, porque lo de la luz eterna siempre les consolaba mucho.

—¿Y ya os acordaréis qué tarde de sol hizo aquella tarde de todos los santos del año

pasado? —dijo la maestra antigua que fue quien hizo las copias, y las había distribuido ahora.

Porque pudieron rezar un rosario por todos los difuntos y luego fueron a la sepultura de don Plácido para cantar «la Tremenda» aunque se sabían menos de ella entonces que este año cuando lo estudiase cada uno de ellos. Pero, de repente, mientras la estaban ensayando un poco y luego comenzaron la interpretación, se formó un nublado y empezó a caer nieve con copos tan grandes como si fueran pañuelos de blonda y puntilla, que se iban extendiendo y cubriendo primero el suelo y luego unos encima de otros, y la nieve iba subiendo y subiendo que a todos les embobaba, pero también se preguntaban cómo volverían a casa porque les parecía verdaderamente que estaba ocurriendo lo que se decía en «la Tremenda» como si hubiera llegado la ira de Dios verdaderamente, pero esta fuera ablandándola esta vez, poquitos a poquitos con aquellas gasas blancas, porque, si no fuera por esto, la ira de Dios de verdad de verdad no la aguantarían ellos, ni nadie.

—Que sea lo que Dios quiera, pero nosotros continuamos —dijo el señor Félix, el sacristán.

Y entonces fue cuando se oyeron explosiones de una motocicleta en medio de aquella oscuridad, y parecía que verdaderamente temblaban los cielos y la tierra y enseguida adivinaron que era el Semanero, que paró luego la moto a la puerta del cementerio y se fue acercando al grupo que cantaba en torno o tono, vestido de monaguillo y del sacristán que llevaba la guía en el canto de «la Tremenda». Y entonces la señora Micaela se separó un poco del grupo, se acercó a él y le dijo que, en buena hora era si había venido a aprender latín, para rezar como debía ser, y así ya podía ponerse a rezar como los demás, si quería, pero que no le necesitaban para nada, porque ya se sabían de siempre el padrenuestro y ahora se habían aprendido «la Tremenda» en latín y se la iban a aprender mejor, y hasta tocaban una campana pequeña que siempre les había dado alegría y hacía treinta años que no se tocaba.

Y no le dijo más al Semanero, ni nadie le dijo nada, porque al fin y al cabo estaba allí como era su deber. Y él mismo fue el que dijo que siguiésemos cantando «la Tremenda» como la hubiéramos aprendido, llena de faltas latinas y todo.

—*Oh, my God, my God!* Habrá que corregir una palabra sí, y otra también. ¡Dios mío!

Pero lamentar aquel latín con esas palabras gringas fue como soltar todas las aguas de los cielos, y los dejó a todos helados; y nadie corrió, aunque empezó a diluviar verdaderamente, un poco más que «chirimiri» o «calabobos», aunque no era que fuera como el Diluvio Universal, sino un día del Juicio Último, como de primavera. Y algo vería el Semanero, como vimos todos, cuando decidió quedarse con nosotros, y muy a

gusto de todos; y luego, a poco de esto, comenzó a decir misas en latín, como las misas de tres de antes, él solito, y hasta venían de otros pueblos a oír aquellos latines tan bonitos y que ya los ibas entendiendo.

LA CURACIÓN POR EL ESPÍRITU

En el pasado y según las noticias que se tenían, siempre a través de los dos siglos largos de existencia de esta Institución benéfica, se había traído una urna electoral para que cumpliesen con sus derechos ciudadanos los allí residentes y nunca se había dado la mínima dificultad para todos y cada uno de los allí recogidos a quienes se reconocía el derecho a votar. Y ya se sabía que siempre habían votado según se les indicaba; y no tenían que hacer otra cosa que recoger en la mano la papeleta ya escrita y doblada que se les daba y luego entregarla a quien se la pedía en el momento de la votación. Y ni siquiera era criticado el asunto, sobre todo porque todos los partidos tenían allí como sus marionetas, a las que gobernaba, desde fuera, un cacique; y los médicos, a quienes el asunto parecía una burla, no se atrevían a hacer nada porque a los residentes parecían gustarles esos tejemanejes e incluso parecían mejorar de salud esos días.

Y este año de elecciones había incluso una novedad, y era que los caciques de los partidos encargados de los votos de estas gentes decidieron que hubiera dentro de la Institución un par de actos pre-electorales por lo menos, y, ciertamente, después del primero de ellos, celebrado como prueba, se había dado una increíble eclosión de conciencia política, que, como poco, había llevado a aquella casa el mayor de los desasosiegos y apasionadas discusiones, y por otros caminos que los esperados, completamente sensatos y pacíficos.

Ya, al principio, se recibió con mucha alegría lo que decían los políticos, y, como unos decían una cosa y los otros la contraria, los residentes jugaban entre ellos a decir las mismas cosas y las contrarias, a la vez, y a reírse; e hicieron incluso los que llamaron «Partido de Voluntades» y «Partido de las Vedas»; y fueron verdaderamente unos días de fiesta en la residencia. De manera que hubo otra segunda reunión de propaganda política con representantes de los tres grandes partidos del país, y cada uno de ellos fue muy aplaudido después de su intervención.

Pero, en cuanto acabaron de hablar aquellos tres muy conocidos políticos sobre lo que siempre hablaban y decían lo mismo, y dijeron que quedaba abierto el turno de preguntas, uno de los residentes afirmó muy secamente y con la mayor seriedad:

—No tenemos que hacer ninguna pregunta.

—Pero a ustedes se les da la ocasión de hablar y de votar para expresar su voluntad

política —dijo uno de los políticos que habían hablado.

—¡Pues muchas gracias, pero no necesitamos nada, ni tampoco hacer ninguna pregunta! Y votamos porque nos llevan a votar, y luego nos hacen un regalito. No es gran cosa, pero algo es algo.

—Pero ustedes sabrán seguramente cómo les gustaría vivir, y querrán ser felices.

—No señor, nosotros ya somos felices; en esta residencia, todo el santo día nos estamos riendo o sonriendo.

Y no hubo manera de sacarlos de ahí con más preguntas, así que se disolvió esta reunión de la mañana; y en los días siguientes no solo sucedía que los residentes siguieran jugando formando partidos y partidas hasta para comer y dormir, y con tanto alboroto, que no les permitía hacer una cosa ni otra con calma, y hacían carnavales y comedias, disfrazándose de iguales y de libres, liberales y libertinos, y también se simulaban huelgas e intervenciones de la policía con consecuencias verdaderas de algunas roturas de espinillas y otros golpes y cabezazos tremendos. Y luego llegó a la dirección la noticia de un gran alboroto en las cocinas, en el que se pedían, a gritos, hachas, cuchillos, mechas y cerillas.

—Y ahora sí que pueden ser capaces de hacer la revolución, porque han advertido que van a soltar a los locos furiosos y a los monstruos que tienen que llevar la cabeza tapada cuando iban a votar porque los que formaban la mesa electoral no podían soportar verlos —dijeron en la cocina.

—¿Qué revolución? ¿Contra quién? —preguntó la enfermera a la que llevaron la noticia.

Y luego ella fue hacia la dirección del centro donde todavía estaban los políticos y lo contó, y el médico director se dirigió, enseguida, al encuentro de los que protestaban, y decían todas esas cosas, y a los cretinos, los monstruos y los furiosos, les habló por el altavoz prometiéndolos solemnemente una excursión a El Escorial a ver las tumbas; y se tranquilizaron inmediatamente. Luego volvió a su despacho donde los políticos hablaban de enviar refuerzos psicológicos y de policía. Pero el doctor dijo:

—Ha sido un pequeño delirio emocional, pero ya se han serenado. Vamos a ir de excursión a El Escorial a ver las tumbas, y esto les apacigua mucho y les da mucha alegría de vivir —dijo el doctor.

Y los políticos no parecían entender, y entonces el doctor explicó sonriendo:

—Es una verdadera curación por el espíritu, porque será llegar allí y entrar en un sosiego infinito.

Pero, como todavía los conferenciantes no acabaran de entender, el doctor tuvo que decirles que les daba mucha paz y quietud el *Memento mori* o recuerdo de que tenían que morirse:

—Son más sabios que lo que parece —añadió.

Y entonces fue cuando ellos, los políticos que estaban en la dirección hablando con los médicos se mostraron molestos, y, después de oír al director insistir en lo que ya había dicho el doctor, les entró toda la prisa del mundo por irse, de modo que, uno tras otro, se fueron dirigiendo, despacio, como enfermos desahuciados a sus relucientes automóviles, por «la salida de pata de banco», decían, del médico director. Y alguno de los políticos llegó incluso a dejar caer alguna clase de amenaza, pero ya como si no tuviese fuerzas para alzar la voz.

—¡Qué sé yo si estos, los políticos, se van a curar por el espíritu! —dijo otro de los médicos allí presentes—. Pero no hay que recordarles estas cosas. No lo aguantan.

LA ADUANA

Los libros de los filósofos y las estampas libertinas entraban por la frontera de Francia disimulados en las cajas y cubas de salazón de pescado, sobre todo en la Cuaresma, cuando el pescado era más buscado para observar los preceptos del ayuno y la abstinencia ordenados por la Iglesia. Y todo ese ocultamiento era un arte diabólico que hacía verdaderamente difícil las pesquisas de los ministros del Santo Oficio.

Pero estos, no tardaron en utilizar algunas técnicas de descubrimiento de papeles impresos introducidos entre el salazón, que resultaron muy sencillas e infalibles. Providos de grandes y finos punzones, los hundían en los recipientes de pescado, y enseguida se delataba la presencia del papel.

Pero ocurrían también, sin embargo, algunos inconvenientes. Por un lado, los comerciantes de salazón comenzaron a quejarse de que el pescado no solo no podía ser presentado a la venta con la acomodada compostura y el orden que debía tener en sus envases, sino de que había una gran pérdida de sal y de ahí se seguía, a veces, la corrupción de la mercancía misma. Y, por otro lado, y este era el inconveniente más grave, la permanencia de esas mercancías en los locales del Santo Oficio en la frontera, producía un olor a tienda o mercado de pescado, y se adhería de tal modo a los vestidos y hábitos de los funcionarios inquisitoriales e incluso a los expedientes y muebles de la casa, que las gentes habían comenzado a llamar «los Pescaderos» a aquellos funcionarios y ministros, y hasta a los señores inquisidores, y «la Pescadería» a la Santa Casa; y tal asunto era desprestigio y desmerecimiento de esta y favor de la herejía.

Pero pasó un tiempo, y, antes de que tomaran otras providencias, ya no volvieron a enviarse ni con el salazón o cualquiera otra clase de mercancía, ni tampoco se utilizaba ningún otro escondite o trampa o artilugio de disimulo; y no pareció si no que los filósofos y libertinos de la Francia o se habían convertido de sus ideas y costumbres, o bien habían renunciado a exportarlas a España y sus dominios coloniales.

Y tuvo que pasar mucho más tiempo para que se descubriese la razón de todo esto, y se hizo gracias a una carta interceptada, dirigida desde un puerto francés a un reconocido volteriano de la España, que ya estaba en las cárceles del Santo Oficio. Por ella se supo que dicha secta avisaba a los comerciantes de pescado en salazón u otros, que eran en realidad correos de filósofos y estampadores, que no volvieron a enviar ni impresos ni

estampas, porque se había averiguado que casi todos eran detectados, y bastantes de esos comerciantes habían sido ya detenidos. Y así era, en realidad, aunque lo que resultaba inexplicable, era que en todo ese tiempo, en el que no se había hecho ningún envío clandestino, tampoco se había realizado control alguno en ningún estanco de mercancía.

Pero esto era porque, en realidad ya no se necesitaban vigilancias, controles, ni pesquisas, porque la casa disponía ahora de una nueva clase de inquisidores fisionómicos, que eran tan hábiles que reconocían a los compradores de los libros y estampas que antes iban entre el pescado, y los llamaban «los Arenques», no solo porque compraban grandes cantidades de salazón, sino porque habían adquirido hábitos como de pescados y un lenguaje parecido, porque se habían vuelto mudos como peces y tenían, como estos, unos ojos como de cristal, y que parecían mirar cada uno por su lado. Y esta era una realidad en la que no se había caído en la cuenta antes, quizás porque los ateístas olían igual que los funcionarios inquisitoriales, encargados de los registros, lo que incluso había dado lugar a no pocas confusiones, y había encubierto el olor y sabor de la herejía con el olor y sabor de los salazones en general.

Pero lo cierto era que siempre había habido en la casa, un grupo o partido de inquisidores y calificadores que se había opuesto a la interceptación de los libros y los grabados escondidos entre el pescado salazón, no solo porque convertía el oficio de inquisidor en oficio de policía de abastecimientos y menestral de pescadería, sino, sobre todo, porque consideraban incapaces a aquellos libros e impresos o estampas para producir corrupción de ideas y de costumbres, en virtud de la sal y del pescado mismo con los que habían estado en contacto, cuyo olor harían ilegibles e intolerables a los impresos y estampas. Pero, siempre, sin embargo, habían confiado en ciertos signos del rostro o de la acción de las manos, o en andares y costumbres especiales para deducir de un denunciado o sospechoso si era hereje volteriano o ateísta y Hermano de los del Mandil. Pero no cabía duda de que ahora los nuevos fisionomistas habían avanzado mucho en su ciencia. Ciertamente, ya no hacía falta vigilar las fronteras ni tampoco las cajas o barriles de salazón; y los familiares mismos del Santo Oficio y hasta los malsines aprendieron a considerar la significación exacta de si alguien se sonreía como Voltaire o tenía una boca pequeña como los arenques, y la mirada fija, y como de ojos de besugo o de cristal.

Y los fisionomistas, además, iban a muchas reuniones de mundo, para escuchar las opiniones libertinas, haciéndose pasar por filósofos, según las cosas que ellos mismos decían, para tender una red a los que hablaban, que no eran fáciles de reconocer por sus gestos y fisionomías, porque todas las fisionomías tiraban a fisionomía de pescados.

Y todos estos discursos, y cavilaciones o tanteos, llegaron a oídos del Inquisidor

General, que era un viejo muy ascético y tenía realmente un rostro enjuto como un arenque, y un cuerpo igualmente disecado como los arenques, y preguntó con suma ironía al Consejo de la Suprema cómo era que, por lo que leía, y oía, la casa se iba pareciendo cada vez más a un asunto de pescadería o figón, y, en resumen, asunto de cocina, y no de ánimas de los unos y los otros.

—¡Je, je, je! —se rio con media risa.

Y preguntó:

—¿Es que yo mismo no me parezco a un arenque, y no me llaman así los que hablan mal de mí? ¿Y no es esta casa muda y silenciosa como un pez?

Pero los mismos ateístas estaban discutiendo al mismo tiempo, si realmente ya no estaban ellos convertidos en arenques y salazones, tras haber andado tantos años entre ellos, y ya ni abrían la boca un tono más alto que en el que la pudiera abrir un besugo. Era el tiempo de los peces.

LA ESTÉTICA

Llamaron a la puerta de su habitación, que era la suite número tres del hotel más lujoso de la ciudad, el «Majestic» y, como era tan temprano, se sobresaltó. Había pedido que no se le molestara porque dedicaba las mañanas desde muy temprano a su trabajo, y esta recomendación había sido perfectamente respetada durante todo el tiempo que llevaba en el hotel y ya hacía cerca de tres meses, y ni siquiera se le molestaba con telegramas, cartas en mano o llamadas telefónicas a su habitación, de manera que solamente ante la insistencia de la llamada se levantó de la mesa donde estaba trabajando, atravesó el recibidor, y fue a abrir.

Ante la puerta, había tres hombres: el director del hotel a quien reconoció, que iba vestido de traje de etiqueta, un ujier judicial en uniforme, y un tercer hombre muy alto y grueso.

Perfectamente afeitado y con un traje negro y sombrero tirolés que llevaba, apoyado en uno de sus hombros, un hacha; y apenas él abrió la puerta, el director del hotel le tomó del brazo y le entregó a los otros dos hombres, diciendo:

—He aquí el hombre que buscan.

El ujier y el hombre del hacha le tomaron a seguido, cada uno de un brazo y se dirigieron a las escaleras, mientras a su paso por los pisos y pasillos que tenían que recorrer al bajar, se abrían las puertas de algunas habitaciones y algunos curiosos miraban aunque enseguida volvían a cerrar la puerta, inquietos o consternados, porque el asunto no tenía ningún sentido pero la escena no podía ser interpretada de otro modo que como la conducción del escritor, como le llamaban los demás huéspedes, al lugar de una ejecución mediante la separación de la cabeza del tronco por un golpe de hacha como antiguamente.

El hecho es que el grupo llegó hasta la planta baja en la que, a la puerta del gran comedor estaban los camareros y camareras perfectamente uniformados, que al pasar delante de ellos el grupo que había bajado del tercer piso entonaron una canción muy dulce cuya letra sin embargo hablaba de venganza. Pero, el grupo de los cuatro pasó, encabezado por el director del hotel, siguió andando en dirección a los jardines y el director anunció que allí sería servido el desayuno.

El servicio estaba preparado en cada mesa, y camareros y camareras acudieron con los fiambres, las tostadas, los huevos, los zumos, el té, el café, la leche y el agua, y junto al servicio del desayuno, en una mesita supletoria estaba el correo llegado para cada cual en una bandeja de plata. Cuando llegaron ya había bastantes huéspedes desayunando y ellos también se sentaron ante la mesa que les indicó el *maître*, pero, apenas se habían sentado, entonces dos camareras retiraron el servicio y también la correspondencia que había en la bandeja, y un camarero retiró el mantel y apareció no una mesita de mármol sino una sólida mesa de madera con un grueso tablero como el de las mesas tocineras o de cocina o incluso como un tajo de matarife.

Todo el mundo miraba hacia allí, pero por un altavoz se dieron instrucciones para que quienes estaban desayunando en el jardín prosiguieran haciéndolo tranquilamente, mientras el que parecía un ujier se reveló como una alta autoridad del Estado que preguntó al hombre del hacha si aquella mesa ante la que estaban era lo suficientemente sólida para servir de tajo y podía allí mismo cortar la cabeza del detenido. El hombre del hacha contestó:

—Es preciso que haya una cesta, o mejor una papelera ya que se trata de la cabeza de un escritor, para que una vez desprendida del cuerpo no caiga a tierra. El ruido que hacen las cabezas cortadas es muy desagradable.

Pero la ejecución se hizo en un momento, en medio del murmullo de las conversaciones y los ruidillos de los vasos, los platos, las tazas, las jarritas, los cuchillos y las cucharillas, y aquella mesa que había servido de tajo se retiró de allí y se puso otra de un blanquísimo mármol y mucho mayor, sobre la que se extendió otro servicio. Pero lo que se hiciera con el cadáver del ajusticiado pasó inadvertido a todo el mundo.

Las distintas ediciones de los periódicos de la tarde contaron luego que a prima mañana y durante el desayuno de los altos funcionarios del Estado, que por necesidades del servicio mismo viven en el «Hotel Majestic», se llevó a cabo la ejecución del Enemigo del Pueblo, Número Uno, por graves desviaciones estéticas e ideológicas que habían corrompido a muchas gentes. Pero los de la mañana siguiente hablaron del horrible crimen cometido contra el Gran Poeta del Pueblo que había sido asesinado mientras tomaba una taza de café en el hotel donde se hospedaba desde hacía un par de días que había llegado a la capital. Y los periódicos, y las emisoras de radio y televisión se hacían eco de un oscuro acontecimiento ocurrido en el «Hotel Majestic», donde había sido detenido un hombre que con una especie de guadaña había segado todo el hermoso jardín del hotel, y luego destrozado con un hacha cristalerías y lozas, aunque solo las que tenían un dibujo azul, y habían matado también de un solo tajo a varias personas. Los psiquiatras estaban estudiando el asunto, pero no habían decidido el internamiento del

detenido porque no parecía peligroso en ningún sentido, ya que el examen de su vida había convencido a esos expertos de que no tenía ningún contacto, y ni idea siquiera tenía de la antigua superstición europea, ya extinta. Los psiquiatras se inclinaban, más bien, a tenor de la crónica de un entendido, de que se trataba de un asunto creativo y de estética en el que había mediado algún desgraciado accidente, o impulso creador excesivo.

El director del hotel había sido condecorado por su conducta previsor y su autoridad, que evitaron que los mismos clientes del hotel ni se enteraran siquiera de lo que había ocurrido.

—De todas maneras —dijo el alto funcionario que había asistido a los hechos sucedidos en el hotel—, se hará una película sobre el asunto y el público podrá comprobar que hay una estética propia de la subversión y la destrucción y hasta del corte de cabezas de enemigos del pueblo como el que se reveló especialmente con el uso de la guillotina.

Y luego añadió:

—Con la enorme diferencia de que la guillotina no era de plata, pero el hacha de los sucesos del hotel sí.

EL JARDÍN DE FRAY LUIS

Desde que habían acabado la carrera, no se habían vuelto a ver hasta cuando se reunieron para celebrar el treinta aniversario de su titulación, y entonces descubrieron que los tres vivían en Madrid, aunque nunca se hubieran encontrado todavía, porque lo cierto era que en la capital solo llevaban viviendo dos de ellos menos de un año y el tercero solamente dos meses. Pero fue un gran descubrimiento lleno de alegría, y aunque primero hicieron una tertulia en un café bastante tranquilo, pronto se percataron de que necesitaban más soledad para estar más a gusto, y entonces pensaron en un merendero que había en las afueras de la ciudad, por lo menos para las reuniones del tiempo veraniego, porque era un local que poseía unas habitaciones bien acomodadas antiguamente para viajeros de paso, y que todavía estaban muy bien cuidadas por un matrimonio con una niña y un niño más pequeño, y dos de las hermanas de ella que hacían golosinas exquisitas y famosas en ese barrio de la ciudad. Y tenía el merendero, también, un verdadero aunque pequeño jardín cercado, lleno de encanto, que producía, especialmente, unas dalias muy hermosas. Y había sido don Ramiro Certosa, el mayor en edad de los amigos, quien había encontrado este lugar, pero habían sido los otros dos amigos los que comenzaron a llamarle «el huerto de Fray Luis».

Cuando ya llevaban dos o tres meses, se añadió a la tertulia otro amigo, que era médico jubilado, y se llamaba don Bernabé Arquero, pero no asistía siempre, sino que lo hacía de manera muy aleatoria, lo que obligaba a ponerle en antecedentes de algunas de las cosas que se habían comentado en su ausencia para que pudiese entender los comentarios que hacían en la conversación, aunque desde unos meses atrás el tema de esos comentarios venía siendo el mismo; por lo que le enteraron más o menos ampliamente del asunto, y luego le preguntaron lo que pensaba.

—¿Condenaría usted a muerte —preguntó don Amador Ríus— a un sujeto que ha matado a su hija pequeña de seis años, y luego a la madre de la niña; y encima se ha reído en las barbas del tribunal, diciendo que él se tomaba muy en serio todas las cosas y, si tenía que matar, mataba bien?

El doctor Bernabé Arquero respondió:

—No tengo mucha idea de lo que dice la ley acerca de la pena a aplicar en un caso como este.

—Déjese usted de leyes, lo que nosotros le preguntamos es por la pena que usted pondría a ese sujeto, suponiendo que también hubiera pena de muerte —dijo, de nuevo, don Ramiro Certosa.

—O nos diga usted cómo le defendería, si fuera su abogado —añadió don Luis García Presa.

—Y también si debemos ser todos nosotros comprensivos, y benevolentes, compadecerle simplemente, y no juzgarle siquiera —concluyó interviniendo don Amador Ríus, y añadió, después de un silencio largo y muy denso—: Aunque los psicólogos y la prensa ya han dictaminado que es un monstruo, pero también un enfermo.

Hubo otra vez un silencio, y Ríus preguntó ahora:

—Pero ¿qué es un monstruo? ¿No es algo sagrado, y quizás lo único sagrado, y gracias a lo cual podemos quedar muy consolados los hombres de que no haya Dios? Todo el mundo se quedaría así muy tranquilo, sabiendo que no hay Dios, pero hay monstruos, o más que hombres y quizás también más que dioses. ¿O es que no se siente ante los monstruos el horror que se nos dice que se sentía ante la cercanía de Dios y, para evitar el cual le dijo Dios a Moisés que se volviese de espaldas y no mirase?

El doctor Bernabé Arquero, cirujano, les rogó que le excusaran su silencio, pero que ni siquiera podía hacerse una opinión acerca de lo que le habían contado y del sujeto que había hecho aquellas terribles cosas.

—Era un hombre perfectamente sano, y, según resultaba del proceso, también era muy sensible. Lea aquí su pequeña biografía en este papelito, redactada por él mismo —dijo el magistrado señor García Presa, alargándole una cuartilla.

Y el doctor pudo leer allí que un día, al oír llorar desde su cuna a su hijita, que padecía una otitis, la arrojó sencillamente por el balcón y luego mató a su mujer, la madre de la niña que lloraba desesperadamente, justificando los hechos como un acto de piedad enloquecida; y fue creído perfectamente gracias a su prominente posición intelectual, social y política. Casi con lágrimas en los ojos contó la historia del propio Tolstoi que no había tenido valor de estar cabe la cama de un hijo suyo que se estaba muriendo, y se había aislado del asunto, escapando de allí y yéndose a trabajar en la hermosa novela que traía entre manos, o recibiendo a la prensa en su taller de zapatero, y con su blusón de trabajo puesto.

Y contó también que otro gran escritor como Thomas Mann, cuando se suicidó su hijo Klaus, ni siquiera suspendió su gira literaria, y no acudió a su entierro, y se sintió ofendido y molesto, sobre todo porque ese suicidio era muy doloroso para la madre y la hermana, pero como si él no fuera su padre ni esas otras personas su mujer y su hija. Por

eso eran novelistas, porque estaban por encima del bien y del mal. Y otro hecho que en la biografía del criminal se recordaba era, que había salvado de ahogarse a un gato y a un niño que habían caído al agua, añadiendo que se dispuso primeramente a salvar al gato porque, si no hubiera podido salvar al gato, tampoco se hubiera salvado el niño, porque ¿cuál hubiera sido el desconsuelo de este al haber perdido a su gatito? No lo hubiera podido soportar.

—Lo único que debe saber, finalmente, doctor Arquero, es que este acusado fue condenado a un internamiento indefinido —dijo don Ramiro Certosa— pero, ya cuando al final del juicio se le preguntó si tenía algo que alegar, lo que dijo, riéndose, fue que no había delitos ni podía haberlos, y entonces recibió un gran aplauso en la sala, al día siguiente en la prensa, y luego en la calle.

—¿Sería verdad que habían nacido nuevos dioses y eran jóvenes, como decía Esquilo? ¿Serían los dioses nuevos que han subido desde los infiernos con el perdón y la licencia para todo? —matizó García Presa.

A seguido llamaron a la puerta, y entró una niña muy pequeña y dijo:

—Que ha dicho mi madre que si les gustaría probar unos bollos riquísimos que está haciendo nuestra tía Inés.

Ellos sonrieron y asintieron, pero Ríus preguntó de todos modos a la niña:

—¿Y tú qué harías con alguien que es muy malo y ha cometido muchos crímenes como matar a una niña como tú y a su madre, y dice que los crímenes no existen?

La niña callaba y el doctor Bernabé Arquero ya estaba diciéndoles a sus amigos que por qué la hablaban de aquellas cosas a una niña de nueve o diez años.

—¡Hay que soltarlo y que se marche solo por el mundo hasta que Dios le haga una señal como a Caín en la frente!

—¿Y no te da pena? —preguntó Ríus.

—No —dijo secamente la niña.

Y ellos no se atrevieron a decir nada más, y la niña salió de la habitación; y a seguido, a través de la ventana, la vieron que llevaba un corderillo en brazos.

—Le llamaba «el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo» y nunca nos hemos atrevido a preguntarla ni a decirle nada —dijo la madre de la niña luego, cuando se acercaron por allí los señores a probar los dulces.

LA CONDENADA

Ahora que era ya primavera, se acostaba allí, en el huertecillo, junto al pozo tan blanco, y la menta y los geranios rojos, hasta que se repusiese de los cuarenta azotes comunes que la habían dejado la espalda, si no encentada, sí algo encendida. ¿Y qué había hecho ella?

No había podido entender nada de lo que la habían dicho en el tribunal de por qué no tenía que hacer oración, ni leer allí, en su huertecillo, cerrando los ojos. Esto era lo que la habían reprochado, llamándola «Iluminada».

—¿Y qué es Iluminada? —decía ella.

Era todavía una niña y su madre no había querido dársela por mujer a un hombre viejo y rico, que era vecino suyo y siempre se asomaba a las bardas del huertecillo, así que estaba allí acostada y en silencio, curándose de aquellos azotes, aunque sabía que él podía denunciarla de nuevo.

Su madre también había sido azotada y había estado en la cárcel algún tiempo, pero, cuando estaban allí las dos, en la habitación de más adentro, leían aquel libro que decía que eso era el amor de Dios, esa desgracia.

Y entonces sentían mucha alegría, y tenían señalada esa página con unas hojas de menta o yerbabuena.

LAS GUERRAS ANTIGUAS

El señor Aniceto, el alguacil, cumplía desde luego con su obligación cuando advertía y prevenía amistosamente, al sastre y al relojero, sobre la cuestión de los gritos políticos, que estaban prohibidos, aunque no acertaba con el modo de decírselo, de una vez, para acabar con ellos.

—¡Allá luego ustedes, si les empapelan! —les había avisado muchas veces.

Pero entonces los dos enconados enemigos, el sastre y el relojero, se unían contra él, y le llamaban Judas, chaquetero, servil y denunciador, y le recordaban, sobre todo, su falta de principios porque había estado de alguacil con el rey, con la República, y ahora, con Franco, y mañana con lo que viniese, pero siempre con los que mandaban. Así que el pobre señor Aniceto se iba, amorugado, calle abajo, renqueando un poco por la ciática, y cargado con la ira de ellos, como casi con la de todo el mundo, porque era como un ángel malo que siempre anunciaba noticias de pagos y firmas, convocaba con su corneta a reuniones temerosas, y proclamaba traiciones. Aunque el asunto de los gritos políticos entre el sastre y el relojero, ni con prohibiciones y amenazas llevaba camino de cortarse.

Los dos eran viejos, y vivían hacia la mitad de la Calle Larga, que iba en cuesta hasta la Plazuela de las Monjas. Estaban muy acartonados, y nunca les había conocido nadie enfermos. El sastre era alto, sarmentoso, con la cara algo picada de viruelas. Vestía siempre de negro, con lazo de pajarita y sombrero igualmente negro y de ala ancha; y los chavales le llamaban «el Murciélagu». Aseguraba que había sido sastre en Barcelona, pero en el pueblo no había hecho ni un solo traje, porque aquí no se sabían apreciar ni la elegancia ni la distinción; y a él, según decía, un corte de traje que no fuera de buena tela inglesa, y de un diseño de una elegancia consumada, le fracasaba por muchas vueltas que lo diera. Vivía con un ama de llaves, la señora Dorotea, que decía que, al principio de estar en su casa, la daba como miedo de vivir con un hombre tan largo y flaco, serio y repulido, que se estaba todo el santo día ante una tela extendida sobre la mesa del obrador, con las tijeras y una tiza en la mano, como si estuviera meditando un crimen y luego no se atreviera a hacerle, porque solo accionaba como si pintase sobre la tela o la cortase. Y no tenía que oír en la casa ningún ruido, ni el maullido de un gato siquiera, porque le distraía; así que a ella, a la señora Dorotea, la daba como un cierto repeluzno. Pero que luego, decía esta también, había terminado por cogerle ley, porque era hombre

aparatoso pero todo él inofensivo, y por solo las cosas antiguas tan bonitas que contaba, le serviría con mucho gusto aunque no la pagase el ajuste, y por solo la comida y escucharle. Y, además, porque, entre la misa y el tiempo que estaba en el casinillo del pueblo por la mañana y por la tarde, no era hombre que diera mucho quehacer, ni ofreciera incordios, sino que algunas noches venía a las tantas, porque había tenido alguna discusión sobre los paños de Tarrasa o sobre la Inquisición, que eran las cuestiones constantemente suscitadas por él, y sobre las que resultaba inflexible. Porque los paños de Tarrasa, a sus ojos, no era que estuvieran mal, pero no podían compararse a los ingleses, o a los que antiguamente se producían en esta tierra de Castilla cuando estaba el emperador y eran dechado en todo el mundo; y, en cuanto a la Inquisición, nadie iba a discutirle a él, ni afirmar en su presencia, que no era un tribunal legal, e imprescindible para la industria en general.

Pero, fuera como fuese, el caso era que al amanecer ya estaba en pie y, apenas arreglaba su persona, abría de par en par las puertas del balcón con gran ruido de fallebas y cristales, y gritaba:

—¡Muera la libertad! ¡Viva la religión! ¡Muera la reina usurpadora! ¡Viva don Carlos!

Sonaba su poderosa voz casi como la trompeta del Último Juicio sobre el pueblo todavía en silencio, y, a poco se oía otro fuerte estrépito de puertas y ventanas apresuradamente abiertas en la casa de enfrente, y una voz algo atiplada pero enérgica contestaba:

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! ¡Mueran las cadenas!

Y enseguida sonaban también el roce y el rozne que hacía, al ser alzada, la persiana del pequeño escaparate del relojero, mientras este repetía esos gritos, dirigiéndose al balcón del sastre, y mientras arrojaba al suelo la pequeña cadena con la que aquella persiana se cerraba, y la pisoteaba como el símbolo de la opresión.

Algunos días, así nevara o chuceara, no tenía inconveniente alguno el relojero en salir a la misma calle en pijama, con cualquier prenda echada a toda prisa sobre los hombros, si los gritos de su vecino le habían sorprendido aún en la cama. Era un hombre pequeño y fuerte, con una calvicie ya muy amplia y reluciente, que vestía con mucho cuidado con trajes de paño inglés a cuadros, y chalecos de punto también ingleses, según decía, porque la democracia inglesa había enseñado a vivir a todo el mundo, al igual que la república helvética estaba llena de hombres libres y pacíficos, y de dulces montañas de verdes pastos para vacas productivas e industriales; y no como sucedía en este país de toros bravos, destinados a ser acuchillados y muertos para diversión de bárbaros y absolutos. Y esto sin contar con que Suiza era también la tierra donde se fabricaban estos

relojes exactísimos, que él vendía, fruto del ingenio y de la ciencia.

Y esta reflexión o retahíla también la hacía el relojero en voz alta, pero como si la hiciese para sí mismo, sin ánimo de convencer a nadie. Luego se hacía allí un instante de silencio, y el sastre comentaba finalmente con su gran vozarrón:

—¡Bobadas!

Pero luego todo quedaba en paz cuando ya llegaba el cartero, o si los vecinos protestaban de las voces de la madrugada, porque eso les unía a ellos, y comentaban en voz baja:

—¡Es una plebe! —decía don Bibiano, el sastre.

—¡Es la ignorancia! —decía el señor Liberto, el relojero.

Se componían como dos pinceles, un poco más tarde y, mediada la mañana, iban juntos al casino, como luego al caer la tarde. Jugaban, de ordinario, de compañeros, y no había quién los ganase. Hasta que un día, de repente, murió el sastre, don Bibiano, y entonces el señor Liberto, el relojero, no dejó de decir, a quien quería escucharle, que aquel hombre había sido un buen hombre, y además, un buen demócrata, pese a sus ideas antiguas. ¿Cómo no iba él a sentir aquella muerte?

Y fue en ese tiempo, una noche de aquellas en que daba tantas vueltas a su vida sin tener ya a quién contársela, cuando se decidió el señor Liberto a sacar del vano del tejado del desván de la casa un despertador azul y rojo muy grande que tenía allí guardado con unas novelas de Galdós y unos periódicos antiguos. Y los periódicos y los libros habían variado mucho, y estaban como recocidos y correosos, pero el despertador seguía funcionando perfectamente, y tocaba una cancioncilla a las medias y a las enteras de las horas. Y la de las medias decía:

Pitita bonita
con el pío, pío pon
que vivan don Carlos
y la religión.

Pero luego, a las enteras, con la misma musiquilla, era lo más crudo y terrible para el pobre señor Liberto, porque decía aquella canción:

Pitita bonita,
con el pío, pío pon,
¡Quítate el tirante,
bájate el calzón,
métete por el c...

la Constitución!

Esto le había encorajinado siempre al señor Liberto hasta sacarle de todas sus casillas, porque le parecía la blasfemia más horrible, aunque el despertador era una maquinaria prodigiosa; pero ahora ya, no estando aquel hombre, su amigo, don Bibiano, que también cantaba a veces esas cosas horribles, ya no le parecía lo mismo, y escuchaba la canción, indiferente, al despertarse cada día.

—No es lo mismo —decía, melancólico—. Esto es un ser inanimado y sin ideas ni sentimientos.

Así que, ya a lo último de su vida, el señor Liberto el relojero ya apenas si salía de casa, y a veces ni se levantaba de la cama, aunque no podría decirse que estuviera enfermo. Pero ya no tenía ilusión de hablar como con compañeros con los relojes de la república helvética, ni de presumir de sus trajes y chalecos ingleses y democráticos. De modo que, luego, cuando se encontró un día con el señor Aniceto el alguacil, le dijo:

—¡Ya no hay gritos políticos, ya ves! ¡Ya os habéis salido con la vuestra!

—¡Hombre, hombre! —contestó el señor Aniceto bajando la cabeza.

—¡Ya veis!

Y se fueron los dos, andando calle abajo, y en silencio. Como cuando vivía el señor Bibiano.

NI UN DETALLE

Solo habían sido seis meses los que le había durado su empleo de portacarteles u «hombre-anuncio» de la compra de oro, aunque esto le había dado un gran prestigio en el barrio, y con frecuencia contaba lo que había oído a los compradores de oro en la oficina que le había contratado; y estos dichos eran tan complicados y difíciles de entender, que dejaban a todo el mundo con la boca abierta; él los repetía y sus oyentes le aseguraban que ya tenía hecha la carrera, porque se había corrido la voz de que en la oficina misma estaban muy contentos de él, porque convencía, a todo el mundo, de que vendiendo oro, no solo obtendría el dinero que necesitase, sino que contribuiría a aumentar y encauzar una corriente circulatoria de bienes y dinero en la sociedad entera.

—Aparezco yo anunciando que se compra oro en la calle de Bordadores número tal, preguntando por don Austreberto Quiñones, y cualquiera puede comprobar enseguida el río de oro que afluye hacia allí, y toda la economía nacional se nutre de ese chorro —decía.

Y luego todo esto y otras cosas de los misterios de la economía las repetía en el barrio para que se convenciesen todos de que allí donde estuviese el oro se quitase todo lo demás. Aunque en el barrio no había ni un gramo de oro verdadero y, aunque ella, su mujer, recordó que, hacía como treinta o cuarenta años o más, se hablaba todavía en su casa de que un abuelo suyo, que se llamaba Gerardo, enseñaba de vez en cuando a los de la casa cinco pepitas de oro, que sus bisabuelos o tatarabuelos habían encontrado en el río Sil. Y no eran muy grandes, sino como semillas de girasol, y no eran bonitas, pero se sentía mucha satisfacción pensando que se trataba de oro, y que podrían ser un remedio en una necesidad. Y lo que había que hacer era conservarlas a toda costa pasando por lo que fuera necesario, con tal de no tocar esas pepitas y poder transmitir las a los dos hijos que tenían, aunque no se sabe lo que luego pasó de ese oro bruto que decían que no brillaba mucho, pero que era un buen oro.

Y luego, ella, la mujer de Austreberto Quiñones, dio un giro a la conversación y se quejó de que las compañías compradoras de oro, habiendo recogido ya tanto, no habían tenido ni un detalle, regalándole a él para él mismo o para ella, su mujer, un maldito anillo o sortija, o un par de medallas para los niños, que por lo menos parecieran de oro, aunque no lo fueran. Era una vergüenza, y bien al contrario se portaban estos patrones de

ahora que otros que había tenido otras veces su marido, cuando anunciaba en su cartel polvos de arroz para el cutis de la cara o camomila para el pelo, o polvos para las cucarachas. Siempre, en todos estos casos y otros, le habían dado a él unas muestras de esas cosas. Incluso cuando anduvo haciendo de hombre-cartel del «sidol que limpia, dora y da esplendor». Porque poco era un bote de sidol, pero hacía resplandecer la casa como si fuera de oro. Pero ¿qué le daban ahora? Nada. El sueldo raspado, y bastante corto, así que debía pedir un «plus» por cada cliente que llevase, en vez de tantas felicitaciones diarias y varias veces al día.

—Pues lo veo difícil, porque nuestra profesión se acaba y hoy dice el periódico que el alcalde de la capital va a prohibir que haya hombres-carteles o de anuncio, porque eso va contra la dignidad humana, ¡ya ves! —contestó su marido.

Él y los dos niños estaban sentados a la mesa para la cena, y ella estaba sirviendo, a los niños, la sopa de sémola que era la única sopa que comían sin protestar, y entonces se quedó, parada con el cucharón vacío y aproximándole a la sopera, como alelada, o como si se hubiera convertido en estatua. Solo acertó a decir:

—Y entonces... ¿qué va a ser de nosotros?

—El alcalde de la ciudad ha dicho que ser hombre-anuncio va contra la dignidad humana —volvió a repetir su marido.

—Pues entonces los políticos que no van entre dos cartones sino entre billetes de banco anunciando lo que venden ¿dónde tienen la dignidad? —contestó ella.

—Pero ¿para qué la quieren ellos? Ellos no la necesitan; somos nosotros los pobres los que necesitamos dignidad. Por si no lo sabías.

—¿Qué es la dignidad? —preguntó Marga, la niña.

—Son tonterías de mayores, tú no te metas en esas cosas —la advirtió Fernan, su hermano.

Pero, a pesar de que eran las diez de la noche, como ya estaba la primavera muy avanzada, esta no era una hora tardía como para parecer rara o sospechosa de nada bueno una visita a esa hora y, cuando ella acudió a la puerta del timbre de la casa, comprobó que quien había llamado y estaba allí, a la puerta, era precisamente un compañero de trabajo de su marido, que entró todo contento, como viniendo a traer un gran mensaje. Y el mensaje era el de que el ayuntamiento, no solo había dado la vuelta atrás de la condena de los hombres-anuncio, sino que había convocado noventa plazas fijas de hombres-anuncio para trabajar para el ayuntamiento mismo, y las oposiciones se iban a convocar enseguida.

El compañero, que se llamaba Dimas, añadió luego que en estas oposiciones se iban a exigir idiomas, porque de lo que se trataba era de ir con un cartel a la espalda y otro delante, que serían de diseño, para dar la bienvenida en varios idiomas a los viajeros que llegasen por tren, autocar o en coche propio, y desearles una feliz estancia en la capital. Y el sueldo era fijo, y no estaba mal.

—Y así aprendemos inglés sin ir a una academia, papá —dijo Fernan—. Marga ya sabe decir: «Ayam sorry».

—¿Y eso qué significa? —preguntó el padre.

—Pues, por ejemplo, si das a alguien un pisotón sin querer o, si no entiendes lo que dice, para que te perdone.

—¡Ah!, pues está muy bien —aprobaron a la vez el señor Dimas y el padre.

Y luego añadió el señor Dimas:

—¡Seguro que sacamos las oposiciones si Marga nos da clase, pagando por mi parte lo que sea justo!

Y entonces la madre dijo que, si no había cenado el señor Dimas, podía sentarse y darse prisa, porque la sopa se estaba quedando fría con estas discusiones políticas, que nunca se acababa con ellas, y lo que quería ella era verlos a los dos entre dos cartones, y siendo funcionarios del ayuntamiento.

EL ABRIGO

Ya casi eran dos mocitas, pero no las importaba pegarse hasta aplastar su naricilla contra el cristal del escaparate de la peletería. Se habían venido hasta el centro de la ciudad, como otras tardes, para mendigar unas monedas o robar algo en un descuido, si no sacaban unos cuantos céntimos ni en la calle ni en la estación de trenes misma, donde ahora, que era Navidad, la gente se mostraba más dadivosa.

—¡Madre! ¡Qué calentita se tiene que estar con uno de estos! —dijo una de ellas, señalando el que llevaban puesto algunas de las mujeres con las que se cruzaban.

—¡Bah! ¿Es que tienes frío? —preguntó la otra.

—No. Pero ¡qué calentito! ¿No?

—¡Eso sí! Pero ¡bah!

Se volvían luego hacia los que pasaban por la acera, esquivándolas, y alargaban la mano:

—¡Por favor! ¡Solo unos céntimos!

Pero nadie hizo caso de ellas, así que tendrían que alargarse a la estación de ferrocarril como otras veces; y aquí sí que encontraron el calorcillo, y revivieron. Dieron algunas vueltas por el lugar donde estaban las taquillas, la sala de espera, y luego en los andenes, y, de repente vieron un equipaje en el suelo, un poco alejado de las taquillas y que no parecía vigilar nadie: dos grandes maletas negras, un gran abrigo de piel echado sobre ellas, y al lado de aquellas una jaula con un loro. De manera que decidieron utilizar la técnica que tan buen resultado les venía dando, cuando alguna vez robaban algo. Es decir, una de ellas simulaba que se mareaba y se sentaba en el suelo, dejándose caer luego y, mientras la gente se arremolinaba en torno de ella y la atendía, la otra mocita se aproximaba al equipaje, y se llevaba por delante lo que había decidido llevarse: una bolsa, un maletín, una cartera; algo que no la resultase un peso ni un impedimento para salir corriendo. Y, más tarde, se reunían las dos mocitas en un callejón muy lejos de allí, y de ordinario, la que se había desmayado o hecho cualquier otro simulacro de malestar o enfermedad, solía llegar más tarde con un buen bocadillo en los bolsillos, porque casi siempre robaba en la fonda de la estación o en los carricoches que tenían bocadillos para los viajeros.

Pero, este vez, llegó más tarde aún que otras veces y, cuando su amiga pidió ver el abrigo que había robado, su compañera la mostró, triunfante, lo que en realidad había robado, una jaula con un pájaro de un azul precioso que no estaban seguras de que fuera un loro.

—Más bonito que el abrigo ¿no? —dijo.

—Pues ¡qué quieres que te diga! Pero ¿qué hacemos con el pájaro? Ni siquiera vamos a poder venderlo.

—Es que no lo vamos a vender. Cuando nos cansemos de él lo soltamos, pero yo le he cogido porque me gustaba más que el abrigo, y creí que también a ti iba a gustarte mucho más. ¡Fíjate en que es un loro pequeño y tiene ya plumas rojas y verdes, además de las azules!

—Sí, pero no podemos tenerlo ni un día, porque ¿dónde lo íbamos a poner en nuestra chabolilla? Nos lo quitarían en seguida, porque estos pájaros lo gritan todo y no dejan guardar un secreto.

Se quedaron un momento silenciosas, se sentaron, continuaron hablando un poco más, y decidieron devolver el loro, y, si todavía llegaban a tiempo podían, coger el abrigo, y, si no, abandonarían al pájaro y cogerían cualquiera otra cosa, que fuera algo de ropa, aunque ellas eran muchachas muy jóvenes y delgaduchas, y todo las venía grande.

Pero no tuvieron que andar discurrendo mucho, porque nada más llegadas a la estación, luego de separarse, para que las gentes no volviesen a ver a la que habían socorrido como si se hubiera desmayado, la otra amiga que era quien llevaba, ahora, en una mano, el pájaro sin la jaula, se fue derecha a una mujer muy bien vestida que se estaba lamentando en voz alta por la pérdida de su loro, y diciendo que prefería que se hubieran llevado las maletas o el abrigo o las dos cosas antes que robarla aquel pájaro. Y entonces se dirigió a ella la muchacha con el pájaro diciendo que un chico que iba corriendo le había soltado mientras corría a toda velocidad llevándose la jaula, y ella había logrado atrapar al pájaro andando por el andén fuera de la marquesina, y junto a unas palomas, aunque el pájaro no podía volar y las palomas sí.

La dama apenas escuchaba, sino que prorrumpió en exclamaciones de alegría, tomó al pájaro en sus manos, y dijo a la muchacha que pidiese lo que quisiera por él.

—Pero es que a mí me gusta el pájaro, y por eso lo atrapé. ¿Cómo sé yo que es suyo?

—¡Pues véndemelo! Porque es como si hubiera vuelto a nacer hoy, y yo le reencontrara.

Y, como la chica miraba constantemente el equipaje de la señora sobre el que estaba el

abrigo, preguntó esta:

—¿Te gusta mi abrigo?

—Sí, pero me estará muy grande.

—Que te lo arreglen —dijo la señora elegante.

Así que ella lo cogió y echó a andar de prisa con él enrollado bajo su brazo, y, cuando llegó al lugar donde estaba su compañera muerta de frío le puso el abrigo sobre los hombros y preguntó:

—¿Te gusta?

Ella se quedó muy parada, y luego, después de envolverse en el abrigo y decir que daba un calorillo como no conocía con ninguna otra ropa añadió con una voz que parecía apesadumbrada:

—Sí, pero me gustaba más el pájaro. Y a ver ahora qué hacemos con el abrigo, porque tampoco podemos venderlo, porque creerán que lo hemos robado.

Así que acordaron usarlo aquel invierno por la que tuviera más frío de las dos o las dos, cuando hubieran comido menos y se quedaran en la cama, porque ni notarían el hambre con lo suavecita que era la piel, y las daría sueño. Pero no tenían que dejarse ver a nadie del barrio donde vivían en una chabola de una viejecilla que decía que ella tenía la sangre fría como las culebras y no necesitaba calor, porque con el frío se dormía. Pero aquel barrio estaba infectado de ladrones y eran muy capaces de sonsacarla a la vieja si veía el abrigo, aunque no veía nada. Pero, por si acaso sospechaban algo, dejaban bien a la vista la manta de los sacos de lona cosidos en dos capas, y se quejaban del frío de vez en cuando.

—Pues no tenéis ni sabañones —las decían.

Y tuvieron que contestar, entonces, que en el orfanato donde habían estado, las habían operado de ellos; pero sobre el abrigo no hablaron, ni le enseñaron nunca a nadie, ni se le echaban encima de la cama, ni siquiera tapado con los sacos, hasta que se acostaban los de las chabolas de al lado y se dormía la vieja, aunque algunos días le echaban el abrigo a ella cuando la sentían tiritar y que la castañeteaban los dientes, y se veía que la gustaba porque se la pasaba rápido el castañeteo, y se dormía en seguida. Y se decían entonces que, en realidad, ellas eran jóvenes y no necesitaban tanto calor, o a lo mejor eran como las culebras; aunque lo que las gustaba sobre todo era tomarse a la hora que fuese y bien calentito un café con leche con churros. Y, aunque estuviera mal decirlo, se decían la una a la otra, que las gustaba más esto que el loro y el abrigo juntos.

EL DESCUBRIMIENTO

La señorita Consuelo, con sus treinta años, en cuyo portal, sobre todo por el mes de agosto, tenía acogida todo frescor y silencio, un día oyó quebrarse un vaso al caer al suelo, y eso fue un sobresalto en toda la casa, porque allí no había habido nunca un ruido tan estruendoso.

La señorita Consuelo recibía periódicos y cartas, pero decía Conchita, su sirvienta, que la señora no abría nunca la correspondencia hasta ocho o diez días después de recibida, y que los periódicos los mandaba subir al desván, con su faja y todo, sin abrirlos, porque decía que también la traían ruido, y esta vez ruidos de fuera y de todo el mundo, de todo lo que se había roto en él, y no hacía falta leerlos para estar seguros de que era así. Y cuando, al fin de muchos días, leía por fin las cartas que había recibido, incluso semanas y meses atrás, decía:

—Cosas de familia, de tierras y de casas, o del banco, y otras de que me quieren y me aman ardorosamente. ¿Sientes tú el calor de esa lumbre, Conchita? ¿Tú crees que el amor es parecido al petróleo?

Pero Conchita solamente se sonreía y callaba antes estas preguntas, y la señorita Consuelo metía todas las cartas en una bolsa y luego la bolsa en un cajón, pero en la bolsa había metido todas las cartas como se meten las hojas de un periódico para conservar la forma de un zapato, con todo el papel hecho una pelota, y luego suspiraba y decía:

—Correo contestado. Esta tarde hacemos una hoguera con ello.

Y luego sacó una prenda de punto que estaba haciendo y se puso a seguir su tarea en aquella habitación donde se estaba las horas muertas y por cuya gran ventana entraba un sol doramembrillos; y, cuando el sol se iba, dejaba ella la tarea, si no tenía que hacer otras cosas de las cuatro o seis que hacía: levantarse pronto, echar de comer a las gallinas, dar un paseo por el jardín, ir a misa, y, a su vuelta, pedir a Conchita un café y ponerse a leer, y luego recomenzaba la tarea de hacer punto o de avanzar un poco en el bordado que tenía pendiente del día anterior, y haciendo esa labor a solas o hablando con Conchita.

Alguna vez, tenía una visita y, desde luego, una segura al mes, de un médico viejo que

la tomaba el pulso, la miraba la boca, la hacía expulsar aliento sobre un espejo, y otra visita igualmente segura, pero esta semanal, de un médico joven con el que hablaba cuchicheando. Aunque un día Conchita creyó que había entendido una palabra, y aquel mismo día la preguntó, cuando el médico se fue:

—¿Y cuándo va a venir su novio como ha dicho el doctor en voz alta?

—Pronto.

Y, a poco, volvió el doctor joven, la señorita Consuelo entró en su alcoba para arreglarse y cambiarse de vestido, luego aceptó el brazo que el doctor la ofrecía, salieron hasta el jardín y luego ella se dirigió a Conchita, y la dijo:

—Me llevan a un manicomio, Conchita. Como si me casara, como me decía mi madre.

Y allí se quedó Conchita con la boca abierta y luego comenzó a sollozar. Ella sola sabía aquel secreto de la trama que todo el mundo había hecho contra la señorita Consuelo, pero nunca se había atrevido a hablar. Y ahora para qué iba a hacerlo ¿no?

BLANCORES PARA UN ÁNGEL

Cuando llegó el señor Anselmo el cartero al burdel, porque había una carta para «la nueva», la Miñonete, se encontró con la puerta del chalet cerrada, y en el llamador un lazo blanco y no se atrevió a tocarle, y llamó al timbre, que no solía estar conectado de día, pero ahora sí funcionó y apareció «la Chinita» en una de las ventanas del piso de arriba, y le dijo que habían cerrado porque la Miñonete se había muerto y, si corría un poco hacia la calle de atrás, se encontraría con el entierro y el coche fúnebre blanco que llevaba dos caballos con gualdrapas blancas y penachos blancos, y el ataúd que también era blanco parecía como el de un niño, porque la Miñonete se había quedado en un ser y en casi nada, como un gorrioncillo todavía sin plumas. Un día la había entrado una tiritona de fiebre y se había ido en menos que tarda un cabo de vela en apagarse.

—¡Mire, mire! Por aquella esquina se ve el entierro al dar la vuelta a la otra manzana de la calle. Todo es blanco, ¿no ve hasta el blancor del amanecer que todavía dura, señor Anselmo?

—Y él se asomó, y quedó maravillado de tanta gente que iba y del gasto de la carroza y la caja y todo lo demás, y dijo a la Chinita que le extrañaba mucho todo aquel blancor, y que en su vida había visto nunca otra cosa igual, y ella respondió:

—Es que era un ángel ¿no?

Y entonces le contó que la había mandado aquí su madre, porque ella ya ni podía moverse y quería que, a su flor de quince años, que estaba tuberculosa y era toda ojos en una cara muy pálida, la cuidasen ellas, que habían sido sus compañeras de siempre, para que no la tocase ni el aire del mundo, porque la Miñonete desde que nació era como la hija de todas ellas, y la llevaban en el alma.

—¿Quién es? —había preguntado un día de estos alguien que la había visto cruzar por un pasillo, desde el salón donde estaba sentado esperando.

—Es la nueva —había respondido la dueña.

—¿Y por qué no baja al salón?

—Porque es un ángel, ¿me comprende? —contestó aquella, y aquel tipo se rio.

—¡Ya ve usted, señor Anselmo! ¡Como si no hubiera ángeles en este mundo, y uno de ellos no pudiera haber estado siquiera unos cuantas semanas en esta casa! —añadió la

Chinita.

Y luego volvió a urgir al cartero a que se diese prisa para que pudiese alcanzar al cortejo del entierro todo blanco de la Miñonete, que hasta el señor cura había ordenado que se tocase el esquilín de gloria, y él se había puesto las ropas de los entierros de los niños, y todo el mundo parecería sucio cuando pasase por delante de aquel blancor.

Pero calló de repente, porque se percató de que ya no estaba hablando con nadie, porque el señor Anselmo el cartero ya se había marchado tras el cortejo, y de que ella tenía todavía en su mano el pañuelo; es decir, uno de los pañuelos blanquísimos y sin estrenar para nada —y que habían estrenado, por eso, para tapar el rostro de la Miñonete muerta y quedarse con un recuerdo cada una de ellas— y fue a guardarlo en su arconcillo, mientras se limpiaba las lágrimas con él. Pero, antes, cerró de golpe la ventana para que no se oyese tan fuerte el esquilín de gloria desde allí dentro, porque, aunque el esquilín fuera la alegría de la gloria, ella, la Chinita, no podía soportar que la Miñonete se hubiera consumido en dos días, dejando en el mundo un hueco tan grande.

EXCESOS PROVINCIALES

Se oía ya decir entonces, en las veladas de los españoles rancios y de casta limpia de la ciudad, que las ideas, sentires, y costumbres que venían de Francia, sembraban en los españoles los deseos de libertad y novedades. Se llamaban «Las Luces», y habían entrado en la España a la vez que las chimeneas que sustituían al brasero, las nuevas modas del vestir y sobre todo las estampas atrevidas y galantes que se miraban en los nuevos libros de ellas, y las escenas que se representaban en algunas partes, aunque todavía al tapadillo.

—O ya sin tanto tapadillo —dijo uno de aquellos hidalgos allí reunidos diariamente, en la tarde y noche, hasta que daban las diez en el reloj del comedorcillo de la casa, que era la señal de irse cada cual a su morada.

—Pero no solo en los bailes y saraos, sino que hasta en la misma iglesia, y tanto las señoras y las mocitas de bien, como las mozas de cántaro, lucen hasta la mitad de sus pechos, que da vergüenza el tener que decirlo aquí —susurró una señora de abundosas carnes, que no acababa de componer con sus rosados mofletes un rostro compungido, ni con su voz un tono quejumbroso, sino que parecía expresar su escándalo como obligación de familia y apellido de su anciano esposo.

—Y también están los filósofos —añadió un clérigo— y los trastornos de las ideas que causan, sobre todo, los llamados ateístas cuyos extraños nombres, que parecen judíos o de la tenebrosa Germania o la Francia pervertida, no pueden ni pronunciarse siquiera. Es como si habláramos con la boca llena, que Sus Mercedes saben bien que es falta de policía en la mesa.

—Pero eso no sería nada, si lo comparamos con las libertades de los hombres y los cortejos de las mujeres, que ya son costumbre en lo más alto de la sociedad —comentó finalmente el dueño de la casa, que era un labrador acomodado, y bachiller o licenciado por Salamanca.

Pero se consolaban estas gentes asegurando, a seguido, que esto no sucedía, ni en toda España, como decían que sucedía en toda Francia, ni en toda la ciudad del Pisuerga tampoco; y afirmando también que ellos por lo menos no querían ni hablar de más luces como no fueran las lámparas, o los faroles o linternas de siempre, mientras llegaban las otras luces del quinqué, que ya se encendía en algunas partes. No querían más novedades

ni en luces ni en las costumbres de sus padres y abuelos.

—No nos engañemos —dijo ahora el primero de los hidalgos que había hablado, que era un mediado hacendado muy asiduo a solanas y a pláticas con clérigos y caballeros que leían Mercurios y Gacetas.

Enseguida explicó que el mundo rodaba más deprisa de lo que había rodado hasta ahora y, se oía, se veía y casi se tocaba con las manos que los pensares y costumbres antiguos iban haciendo agua por todas partes, y él pensaba que lo que no había manera de parar, eran especialmente novedades como las de las estampas galantes, los peinados, los perfumes y, sobre todo los cortejos o adulterios de salón y a ojos vistas; en primer lugar, porque contra la moda de los tiempos no se podía luchar, por mucho que el Santo Oficio incautase más y más libros, pliegos y estampas, aunque vinieran enmascarados, a veces, en cubetas de pescado salazón, o pintadas y escritas en abanicos y en los forros o fondos de las pellizas y otros trajes de vestir. Ya se podían denunciar personas y recoger libros y objetos, y predicar el día y la noche enteros. Nada se había adelantado hasta ahora.

—Ni se adelantará —dijo otro clérigo más viejo que el que había hablado antes.

Porque de lo que estaba ocurriendo ya bien adelantado este 1784 no había memoria de que hubiera ocurrido nunca, y era como si la ciudad entera hubiera sido convertida en un burdel y la reina de este estuviera paseándose por su reino entre el Esgueva y el Pisuerga. Era una mujer vestida primorosamente y con frecuencia, de hombre, con una chaqueta roja de corte militar y pantalones blancos y botas altas con hebillas de plata, montada en una jaca y recorriendo la ciudad, dejando tras de sí no solo el brillo de oro de su pelo corto rematado en un bonetillo azul y rojo, o de su espuela de plata, sino un penetrante aroma que dejaba transidas a las mujeres y como embriagados a los hombres, pasmando a todos; a unos para seguirla con su mirada y sus deseos, y a otros para indignarse, porque no podían decir que también estaban seducidos y admirados.

—Desde luego que no puede negarse que es una veinteañera muy hermosa que seducirá a los jóvenes y a las mocitas y mucho más a los hombres de edad más avanzada, y enojará a todas las mujeres —dijo otro de los dos hidalgos o más bien uno de ellos comenzó la frase, y el otro la completó, y luego la repitieron los dos, uno tras otro.

Y se hizo un silencio, de repente, pero enseguida se repitió de varias maneras que se decía por muchos que esta mujer era más que conocida y admirada en su barrio de la Fuente Dorada como mujer de un cordonero, y que, por esto mismo, se sabía que vivía por encima de sus iguales de condición y de los posibles del oficio de su marido, porque vestía de manera muy llamativa con vestidos y alhajas de alto precio. Y todo esto sin

contar con el porte de vida que llevaba, a la vista de la ciudad entera, mostrándose acompañada de algunas personas de consideración, y dedicada a jugar con palabras y risas o gestos atrevidos dirigidos a quienes la acompañaban, que algunas veces eran estudiantes, pero otras, las más, eran mocitos y caballeros pertenecientes a la nobleza o desempeñando importantes cargos públicos, e incluso clérigos. Y otras veces paseándose, ella sola, por las calles, a caballo y vestida con ropas masculinas, cada día de corte y colores distintos, muy ajustadas a su cuerpo, chapines rojos, azules o dorados, y un sombrero de tres picos.

De manera que había en la ciudad, y en particular en la Plaza de la Fuente Dorada y las otras calles del centro, quienes no sosegaban ni de día ni de noche con solo verla o pensando en una vida que consideraban desafiante y escandalosa, y que las gentes sumisas a la ley de la honestidad y buenas costumbres no podían tolerar. Y, aunque también era tema de conversación en las altas esferas sociales, solo lo era en superior medida, de ordinario entre algunas mujeres que se habían erigido en vigilantes y guardadoras de la moral pública, como encargadas para ello por todos los habitantes de Valladolid. Pero la mayoría de las damas, parecía mostrarse más divertida que indignada con las aventuras de «la Cordonera», y veían en su comportamiento un emblema de las libertades a las que muchas de ellas suspiraban para que se abriera un campo de libertad en España, aunque todavía en ciertos casos convenía que ellas fueran prudentes.

—Pero ahora ya está aquí la libertad, y de tal modo que la cordonera también ha vuelto loca la cabeza de canónigos e inquisidores —dijo uno de los tres clérigos tertulianos a una mujer delgada, algo melancólica y silenciosa, que era la hermana del inquisidor Cabestrillo, y que contestó, después de santiguarse varias veces.

—Pero ¿qué dice? Es imposible.

Y lo repitieron varios contertulios a la vez.

—Pues es así, y esto no me lo ha contado una persona cualquiera, sino doña Encarnación Ribera, la esposa de Santisteban, que explica, a quien la quiera oír, que hasta dentro de la Santa Casa se ha metido la Antoñita Ozores, como dicen que se llama la nueva dueña y señora de Valladolid y de Castilla. Y dice también doña Encarnación que hasta Moratín ha preguntado por ella, pidiéndole un retrato de ella a una amiga suya de Valladolid, que yo me sé —aseguró otra de las señoras.

—Llevo semanas diciéndoselo a mi hermano, el inquisidor, porque ya lo había oído, aunque no lo había creído. Pero yo misma le dije que de este asunto estaba llena la ciudad, y clamaba al Cielo, porque hasta las piedras echan en falta una intervención enérgica por parte de la autoridad, un escarmiento —replicó rápidamente la hermana del

inquisidor Cabestrillo.

—¿Y qué contestó el señor inquisidor?—preguntaron los demás.

—Nada. De momento siguió comiendo, que era lo que estaba haciendo cuando le hablé, y luego me dijo que se podía entender que por Helena se hiciera la guerra de Troya, pero no que una muchacha cordonera y castellana de Valladolid llevase tras de sí a casi todos los hombres de esta ciudad como atados no con una soga, sino con una cadenilla de perros falderos.

—Pues cualquier día se presenta en la Casa de la Inquisición la jovencita, porque, según se dice y se repite, hasta allí mismo tiene hechizados y adoradores entre aquellos señores —insistió el clérigo que había hablado antes.

Y lo que sucedió fue que el mismo inquisidor Cabestrillo recibió más tarde, en los siguientes días, todo este torrente de comadreo que le volvió a llevar su hermana mientras comenzaban a menudear mucho más las denuncias y billetes de información con nombres y apellidos, llenos de indignación por la pasividad de la Santa Casa. Y también la hermana del señor inquisidor Cabestrillo estaba desembuchando, de nuevo, todo esto con los ojos bajos y casi temblorosa, cuando él estaba a punto de comenzar a comer, igualmente.

Como todos los días, se sentó a la mesa muy despaciosamente, después de convocar a su hermana, y esperó a que la criadita sirviera la sopa, y después de bendecir la mesa, contestó secamente, a aquella, que ya sabía que no le gustaba que ella anduviese por ahí como una cantonera, recogiendo decires de las gentes. Ya se lo había advertido, otras veces, y no iba a contestar ahora de otro modo. Y tampoco veía que por una simple mocita, fuera ligera o que pesara veinte arrobas, guapa o fea, tuvieran que variar las vidas de las gentes de la ciudad, ni la suya propia. Así que la rogaba que olvidara el asunto.

—Pues, cuando predicabas —contestó esta—, yo misma te he oído decir no solo que por una mujer hubo una guerra y se perdió Troya, que debió ser mucho, sino que también se perdió el rey David, que vio bañándose a otra mujer que se llamaba Bethsabé. ¿Qué tenían esas mujeres que no tenga la Antoñita Ozores?, me pregunto.

Pero el inquisidor Cabestrillo no respondió a su hermana, y a esta la pareció que se sonrió cuando oyó lo de Troya y lo del rey David, pero no dijo ni una palabra y, cuando acabó de comer, un poco pasado el mediodía, siguió su rito inalterable: se quitó las antiparras de leer, que conservaba puestas durante la comida y, apoyando alternativamente el uno o el otro codo sobre la mesa y la mano en la mejilla, se quedó traspuesto como los otros días, aunque nunca dejaba de gobernar su cabeza y pocas

veces daba una cabezadita, porque lo tenía por debilidad femenina. En cualquier caso, el sueño o quedamiento duraba solamente unos pocos minutos, y enseguida volvía a ponerse a leer aquellos cartapacios de escrituras que se traía del tribunal continuamente a casa, a poco que fueran algo complicados, y tornaría todavía a releer y estudiar, con la tarde ya caída y parte de la noche; y, leyendo todo aquello, era cuando se le oía decir de vez en cuando:

—¡Je, je, je!

O también:

—¡Vaya, vaya!

Y tomaba a lo mejor una nota, o se sonreía, o hablaba para sí o como si estuviera hablando con el protagonista u otros personajes de los papeles que leía:

—¡Hasta aquí hemos llegado, señor mío!

Pero, después de aquella breve siesta durante la cual no siempre entornaba siquiera los ojos, y antes del vespertino estudio de los autos, daba Cabestrillo un paseo a solas o en compañía de algún amigo, como el señor don Diego de Luján, un antiguo campesino enriquecido, y luego «familiar del Santo Oficio» en la ciudad, que se presentaba un par de días a la semana hacia las cuatro de la tarde en el invierno y a las siete en el verano, y en esta ocasión el paseo era por la orilla derecha del río Pisuerga, entre dos de sus puentes, sin salir de la ciudad, y luego acudían ambos a la tertulia de amigos que tenían, porque toda la ciudad se dividía en tertulias, antiguas o modernas.

Aunque, si su señoría había salido a pasear solo, o el amigo acompañante era de los amigos que no asistían a su tertulia, sino a otras, en este caso el paseo era un poco más largo, y su señoría tampoco iba, ese día, a su tertulia en casa del doctor Santisteban, un antiguo magistrado, del que eran habituales contertulios, además del señor inquisidor Cabestrillo, un médico homeópata llamado José Demián, el doctor Zapardiel, que era letrado muy nombrado, Diego Luján que, como se ha dicho, era familiar del Santo Oficio, y el señor De Linares que había sido, hasta no hacía mucho, jefe de la aduana con Francia.

Este era el que daba en la tertulia las noticias políticas de Europa y sobre todo de la propia Francia, y era quien les informaba, especialmente, de alguna de las modas para hombres y mujeres, y de los libros y folletos que se introducían en la España, y, desde luego de las nuevas costumbres y adelantos en los llamados «cortejos», que ya en España se daban muy abundantemente en la clase aristocrática más rancia, que viajaba ya mucho y conocía mundo, y sobre todo se vestía y perfumaba a la francesa.

—Pero lo de los cortejos de las mujeres, consentidos y alabados por los maridos, o los

amoríos de estos consentidos y alabados por sus mujeres, están por todas partes, y también entre nosotros —dijo el familiar Diego Luján—, y entonces les habrá extrañado a Vuestras Mercedes que hayan detenido a la Antonia Ozores, «la Francesita» y que ahora esté en la cárcel de la Audiencia. No se entiende en este siglo el delito de la chica ni de sus amigos. No se entiende dónde está el escándalo.

Sonrió, hizo un silencio mirando a los demás miembros de la tertulia, que se disponían a acomodarse en torno a la chimenea, y le extrañó que parecía que les sorprendía la noticia.

—Lo cierto es que parece una ligereza de la autoridad esa detención, porque, por lo pronto, poco va a parar allí dentro la Antoñita Ozores —dijo el propio Luján—. Se lo digo yo, viendo cómo están las cosas.

Y luego explicó que, realmente, la Antoñita Ozores estaba como en una fonda, porque a cada instante llegaba un mensajero a la puerta de la cárcel con ropa personal o de cama y mesa, y con verdaderos manjares y delicadezas de sedas y ramos de flores o perfumes para ella, y ella se asomaba a la ventana tras la reja y desde allí daba las gracias; y entonces, desde la calle, quienes habían llevado allí esos presentes y los curiosos que se habían acercado irrumpían en vivas y en aplausos.

—¿Y se tolera todo eso? —preguntó el señor inquisidor Cabestrillo.

—¿Y quién sería el que lo prohibiera? ¿Quién pondría el cascabel gato? Porque gato hay, ya que la Ozores anda entre gente alta y de hopalanda y bonete —contestó Luján.

—Y no podría hacerse otra cosa que mirar a otra parte, sobre todo porque esas peregrinaciones a la cárcel —aclaró enseguida Luján— están tan excelentemente organizadas que detrás de esos aplausos y esos vivas, siempre hay una voz entre la multitud, que grita: «¡Que vivan el rey y sus ministros!» Y entonces aplaude todavía más reciamente toda aquella gente: las mujeres porque odian a la Ozores o rabian por ser como ella, y los hombres porque la Ozores los encandila a todos. Y Vuestras Mercedes me digan qué puede hacer la autoridad contra los que vitorean al rey y a sus ministros.

—¿Y los maridos se quedan allí, consentidores y mano sobre mano, viendo aprender esas lecciones a sus mujeres? —preguntó de nuevo su señoría, el señor inquisidor.

—En eso consiste precisamente ese asunto de los cortejos, señoría. En que los maridos ven bien que sus mujeres sean cortejadas y vivan alguna aventura con otros hombres, como ellos la viven con otras mujeres que no son la suya. Y hay mujeres que, como la Ozores, tienen marido y ocho o diez cortejos —explicó otro contertulio.

Todos sonrieron un poco, pero enseguida volvieron a su seriedad en cuanto quien sonrió con una fría mueca fue el inquisidor Cabestrillo, que dijo:

—Ciertamente, esa cuestión no es una cuestión de herejía, sino de costumbres públicas, y ahí no tiene nada que ver el Santo Oficio.

—Y, aunque de su incumbencia fuese —advirtió Linares—, no debiera preocuparse su señoría, porque poco va a durar aquí la Inquisición, según vienen diciendo octavillas y otros papeles y correos que en la frontera se abrían y se abren.

—¿Y entonces yo, que acabo de hacerme una casa con el escudo del Santo Oficio, y mi nombre y mi cargo? —preguntó el familiar de la Casa.

—¡Hermoso palacio os habéis hecho! Y también he visto la leyenda que habéis puesto. Pero, yo que Vuestra Merced, tacharía no lo de «VIVA LA FE DE DIOS», sino lo que sigue: «Y MUERA LA LIBERTAD». Por si acaso —dijo el aduanero Linares.

Calló un momento, y luego explicó sonriendo:

—Porque los pueblos cambian de parecer de la noche a la mañana, y ahora hablan en todas partes de la libertad. Aunque ya se sabe que no significa nada, pero mañana mismo puede ser peligroso pronunciar la palabrita. ¡Quién sabe!

El magistrado Santisteban, el dueño de la casa en la que estaban, tuvo miedo entonces de que la conversación pudiera tornarse incómoda, si el señor De Linares comenzaba a ir en esa su conversación por los caminos de la política que no se sabía dónde irían a parar, y, levantándose de su sillón, fue a asomarse al balcón. Oyó cómo caían sobre la ciudad las ocho campanadas del reloj de la torre de la catedral, y, después el silencio que siempre seguía; volvió luego adonde los demás estaban con las manos extendidas hacia la chimenea y, restregándose las a seguido él mismo, comentó que las gentes que cruzaban la Plaza de Fuente Dorada, bien encapotadas y deprisa iban por el frío que debía de hacer.

—¡Pero enseguida nos traerán el chocolate con los picatostes de todos los días! —dijo el anfitrión.

Y, a poco, entró por la puerta de la habitación, la criadita de la casa con el servicio de la merienda y, tras ella, venía la esposa del señor magistrado Santisteban, que no parecía poder contener sus palabras. Y lo que dijo, apenas entró en la estancia, fue que no se levantase nadie de su asiento, porque no era tiempo de cortesías ni etiquetas, sino que lo que importaba era que escuchasen lo que tenía que decirles con urgencia, porque no parecía que se hubiesen enterado. Y en seguida dio la noticia que la había dado la mujer de otro magistrado de la Chancillería, y que era que ya habían liberado de la cárcel a la Antonia Ozores, porque se habían recibido órdenes terminantes de Madrid, y de nadie menos que del señor conde de Floridablanca, exigiendo imperativamente que todo el proceso se le remitiese a él, y que no debía quedar en esta ciudad ni ruido ni mención de

lo que había pasado.

—Por lo menos acabará el escándalo, porque cada día sale alguien nuevo de quien se dice que también pagaba y paga los trajes, zapatos, perfumes y vestidos de la Antonia Ozores. Es un escándalo que nunca se había visto —se lamentó muy doloridamente la esposa del magistrado.

Pero de repente dijo la criadita:

—Pues poco vestidos tendrán que pagar, digo yo, porque lleva muy poquita ropa la Antoñita, algunos días en que yo la he visto; aunque cara sí que debe de ser, como los pendientes y colgantes o pulseras que dicen que son de oro y plata de verdad. Se conoce que la deben muchos favores y se los agradecen.

—¿Y tú cómo sabes tanto de lo que no debes saber; y quién te ha concedido la palabra para ser tan deslenguada? —dijo la señora.

La criadita calló entonces, bajó la cabeza y comenzó a servir el chocolate y los picatostes en medio del silencio de todos. Pero, en cuanto salieron las mujeres, preguntó el señor inquisidor:

—¿Qué servicios y favores pueden justificar el regalo de tanto oro y tanta plata y de vestidos tan caros, Luján?

—¿Y quién lo sabe? —contestó Luján.

Comenzaron entonces todos a hacer cábalas, y allí se dijo que quizás compraban los regalos entre todos ellos, los amigos de la Antoñita, y en el número de estos amigos ya se daban por ciertos a algunos miembros de la aristocracia de la ciudad, y a un empleado de la Inquisición. Y que de este empleado de la Casa se decía que él solito había regalado a la dicha Antonia Ozores una fina ropa de cama como la que los moriscos ricos usaban, según él se había enterado por los autos de los juicios antiguos contra moriscos ricos. Y también se sabía que la ropa, bien planchada y compuesta, estaba metida en un baulillo de ataurique con nácar y plata en su tapa.

¿Y cómo era —se preguntaban unos tras otros estos contertulios y el señor inquisidor Cabestrillo el primero—, que la ciudad entera conociese a dicho oficial de la Inquisición como acompañante de la Ozores, y no se supiera nada en la Casa que lo sabía todo?

—También se ha comentado —dijo el aduanero Linares.

Y explicó que esta historia era como las de capa y espada, porque durante más de un año se sabía que muchos días, al caer la noche, iban a la casa de la Antonia Ozores unos señores que poco a poco se advirtió que eran de los más encopetados de la ciudad, y que los recibía a la puerta el que dicen que es marido de ella, los acompañaba hasta el piso y

luego los dejaba allí con ella, su mujer, bajaba enseguida como criado que había acompañado a su señor abriéndole las puertas y, al fin, se estaba a la puerta de la calle, entreteniendo el tiempo, y en espera de otro u otros visitantes.

Y aseguró asimismo el aduanero Linares que los vecinos y curiosos no se ponían luego de acuerdo en el tiempo que estaban dentro de la casa de la Antonia Ozores los señores visitantes y, mientras para unos era un tiempo bastante largo, para otros era muy corto; y, aun cuando estos vecinos y curiosos habían intentado ver alguna acción a través de la ventana de alguna habitación de la Antonia Ozores y sobre todo de las puertas que tenía el balcón que daba a la Plaza de la Fuente Dorada, todos quedaron decepcionados porque, en cuanto llegaba la visita al piso, cerraban los cuarterones de las puertas, y corrían las cortinas.

Pero ya no valía la pena comentar todo esto verdaderamente, puesto que aquí mismo ya sabían todos ellos que, como ahora el propio magistrado señor Santisteban, que habló después de su mujer, que se había adelantado y no le había permitido explicarse, allá arriba, en lo alto, en Madrid, había sido reclamada la causa de la Antonia Ozores, y también se sabía que por lo menos había llegado ya a la Primera Secretaría y se habían conocido algunos detalles muy escandalosos y picantes, y se cuchicheaba tanto sobre ellos en los pasillos, que estos decires ya habían llegado a Valladolid. Y así se decía, por ejemplo, que también estaba implicado el propio presidente de la Chancillería de Valladolid, del que se aseguraba que no solo una vez, ni dos, ni tres sino que nadie sabía cuántas veces, había acompañado a la dicha Antonia Ozores a hacerse un traje de hombre, y dicen que estaba presente durante las mediciones corporales que hizo el sastre, o la modista para sus vestidos. Y también se decía que este señor y otros caballeros de la ciudad acompañaban, igualmente, a la Antonia Ozores a una platería, y también a una botillería o a una fonda, o cuando la ofrecían las golosinas con una cuchara o un tenedor en la boca como a los niños, diciendo «ma petite et jolie poupée».

Pero nadie rio, aunque Linares, conociendo que sus contertulios no entendían bien el francés, acabó traduciendo que eso quería decir que llamaban a la Antonia Ozores su muñequita adorada, y alguna otra desvergüenza que se decían y repetían en voz baja y entre risas y visajes, o dándose con el codo, los cortesanos que habían leído algo de este sumario de la Antonia Ozores. Y parecía ser cierto que nunca se había oído que una cosa parecida hubiera ocurrido ni siquiera en la misma corte de Madrid.

Pero, en realidad, no se sabía nada seguro, ni siquiera acerca de la propia Antonia Ozores, y lo que llamaba la atención, y preocupaba era la incógnita de si había o no había, tras estos amoríos y trajines de la Antonia Ozores, algún intríngulis político, porque no se entendía si no, que su excelencia don José Rodríguez Moñino, conde de

Floridablanca, hubiera pedido el proceso de la Antonia Ozores a la Sala del Crimen de Valladolid, y, al recibirlo, lo hubiera hojeado muy interesadamente, y hubiera dicho, muy extrañado y como entre dientes:

—¿Y qué tendrá esta mujer de tan humilde estado como dicen, para traer a mal traer a tantos y tan altos personajes, y jugar con ellos como el gato con un ratoncillo? ¿Es ella misma un gatito, o el gatito es movido por alguien? Para ser de amores, es una historia demasiado larga y complicada.

Y se dice que luego había pedido un retrato de la Antonia Ozores, y seguramente la había encontrado muy hermosa, pero no lo había comentado, sino que luego había encerrado todos los papeles de aquel expediente, en su bujeta particular, y nadie sabía si se lo había llevado a su casa o permanecía en el archivo de la Primera Secretaría, cerrado con siete llaves.

II

Antonia Ozores era una mujer joven de veintiséis años, muy hermosa, de rostro bastante moreno y ovalado, un pelo negrísimo, una piel brillante, y estaba hecha de formas tan perfectas como de escultura cincelada a propio intento, según el testimonio mismo de un pintor, a quien una persona de porte y dineros había encargado un retrato de cuerpo entero de ella. Y todos los que la habían tratado y habían sido acusados de cómplices en aquel escándalo estaban completamente de acuerdo en que no conocían ni se había oído hablar de mujer que pudiera comparársela, y precisamente por eso había trastornado los sentidos de tantos varones de tan alta alcurnia o representación social. Aunque esto curiosamente contrastaba con la opinión popular, que no quedaba maravillada sino ante los lujosos vestidos, calzados, sombreros y joyas de la Antonia Ozores, y comentaba siempre agriamente que no correspondían a su humilde situación social como simple mujer de un cordonero, pero ningún mérito de belleza especial reconocían a tal persona, y todo lo achacaban estas gentes del común al descaro, desenvoltura y libertad y habilidad para la molicie y el vicio de la Ozores, o a algún poderoso bebedizo que daba a los hombres.

Pero muchas debían de ser, sin embargo sus prendas de belleza y sus sutilezas de encantamiento, o había en todo esto algo oculto que no se sabía, cuando ella era tan buscada por esas gentes de la mejor sociedad y que ocupaban tan altos cargos, que el proceso que se la había abierto a la Antonia Ozores y ponía en su encabezamiento: «Por varios excesos», no nombraba a sus cómplices, sino que los señalaba solamente con números, y solo resultaban identificables, si se tenía la clave o lista secreta con el número que correspondía a cada uno de ellos. Es decir a los diez que tenían trato

habitual con la Antonia Ozores, y el ministro Floridablanca se enteraba ahora que eran un conde Lemus o caballero de mucho relumbré con ese título, un señor Múzquiz, gran comerciante de la ciudad, el conde de Polentinos, un clérigo llamado don Joaquín, don Gregorio, el presidente de la Chancillería, otro prohombre, que era patrón de la basílica de Begoña, un capitán de Regimiento, un hijo del conde de Troncoso, el arcediano de una de las catedrales gallegas, un empleado en la Casa del Santo Oficio de Valladolid, y un clérigo prebendado también de la catedral de la ciudad. De manera que la identificación de estas personas había sido lo que había llevado a Moñino a prohibir que el proceso continuase en Valladolid, dando que hablar, y a exigir que todo lo actuado y ya escrito en el auto se remitiese a su Secretaría. Y, cuando esto se hizo y el expediente llegó a sus manos, parecía que Moñino no acababa de hacerse bien a la idea de lo que allí había, porque parecía que nunca acababa de examinarlo, ni de hacer preguntas a sus consejeros.

Su excelencia no tuvo inconveniente en insistir en su extrañeza ante el enigmático e irresistible atractivo de la Antonia Ozores, y parecía decidido a resolver todo el asunto como un asunto de costumbres y escándalo público, ahuyentando la eventualidad de que, si se partía de ciertas expresiones de las cartas y billetes de los amigos de Antonia Ozores, el Santo Oficio de la Inquisición metiese ahí sus narices, y encontrase fundamentos heréticos en esas expresiones, o bien se siguiese un gran descrédito de las autoridades e instituciones políticas, y ello pudiera traer serios disgustos.

Porque libertinos había también en España, que profesaban ideas abiertamente heréticas pero estos libertinos estaban relacionados con los de Francia, y el Santo Oficio podría hacer un buen escarmiento. Aunque, a fin de cuentas, también le intrigaba a Moñino la atracción que podría poseer aquella mujer, o de qué artificios se valdría, para haber encendido, y precisamente en Valladolid, fría ciudad de nieblas, un tal fuego amoroso que había causado tales desastres de enamoramientos o pasiones carnales.

Hojeaba el ministro el proceso, una y otra vez, como si no creyera a sus ojos, y leía que la tal Antonia Ozores usaba traje de hombre de pantalones muy ajustados y botines, y una esclavina y sombrero de tres picos, y que montaba una jaca, y madrugaba y trasnochaba y recibía en su casa, y muchas veces era su marido que alumbraba con un farol a los que iban allí y luego se bajaba y se quedaba a la puerta, a veces hablando con otros visitantes, y otras veces se quedaba dormido, o jugando y hablando con los perros que tenía.

Y seguía leyendo que visitaba también la misma Antonia Ozores varias Casas Grandes, entrando por puertas pequeñas y disimuladas hasta las habitaciones más privadas del dueño de la casa. Pero no se sabía más, y tanto en Valladolid como en el

ministerio de Moñino no dejaba de recelarse una celada política.

Y se repetía, una y otra vez, y en uno y otro testimonio, que no vivían los vecinos de la Plaza de la Fuente Dorada sino para desvivirse tomando nota de las entradas y salidas, y de los paseos y parlamentos que en la misma calle, en la puerta de una iglesia, o en una botillería, tenía la Ozores, para, al final, quedar decepcionados, porque, en estos casos, solo oían un «tu-tu-tú» o un bisbiseo ininteligible, y en las grandes casas solo podían verla entrar y salir de ellas, y en la habitación del balcón de la propia casa de la Antonia Ozores corrían las cortinas si era de noche, y, si era de día, se veía mal allí en el interior de la casa. Y se desvivían por saber lo que allí ocurría, y no se oía ni llanto ni risa o lectura de gacetas o bisbiseo de ella, ni risa, ni alboroto o discusión de los cortejos o amigos y conocidos, y solamente llegaba el eco de la charla sobre perros de caza sobre todo, de su marido en la puerta de la casa con los criados o cocheros de sus visitantes. De modo que todo era una larga adivinanza, que no tenía fácil solución, y los enigmas se amontonaban sobre las suposiciones como los escándalos sobre las afirmaciones de la propia virtud de quienes, escandalizados, contaban y no dejaban de contar.

Pero hasta que detuvieron a la Antonia Ozores, no supieron las gentes algo de lo que se la acusaba y, sobre todo, cuán cortas se habían quedado todas ellas, en sus cálculos sobre el ajuar de las ropas y las joyas que la Antoñita tendría; porque se decía que allí, en los papeles, se hablaba largamente de los vestidos de seda, camisas y faldas o chaquetas, guardapiés, chapines, y ropas con engarces de oro y plata; o por ejemplo un dije que era un león con seis cascabeles y, al igual que otras joyas, todo de oro, y las arquetillas tenían herrajes de plata y estaban forradas de damasco; y también se hablaba de la muy rica ropa de cama y buenos cortinones, y vajillas de plata y porcelana francesa.

¿Tenían dosel las camas? Esto nunca pudieron averiguarlo, y, preguntado el marido de Antonia Ozores sobre este asunto, contestaba que dosel tenían y más grande que el que llevaban por la calle el Jueves del Corpus, pero que nunca se ponían en casa de su mujer esos doseles, porque ella encendía candelas en una mesita junto a la cama para leer los libros que la regalaban y quien se los regalaba la había prevenido contra los incendios que se habían dado tantas veces si se cerraban las cortinas de los doseles. Aunque ella, su mujer, le pedía a él, cuando tenía los ataques de jaqueca, que la pusiese en la cama matrimonial doseles negros con bordes rojos y dorados, y le pedía también que la dejara sola en la casa y cerrara puertas y ventanas, y que nadie supiese que estaba allí ella. Y luego más tarde rieron mucho las gentes, cuando supieron que tal dosel se ponía cuando iba a visitarla alguno de los encausados, que enviaban antes el aviso de su visita con un joven criado de librea, que iba provisto de un bolso de piel roja y a poco de entrar salía de nuevo. Y nunca hubo modo de identificarle, y se supone que fuera criado de alguno

de los individuos que están en la causa, aunque otras veces también entraban jóvenes, de buen porte y traje, pero con tanta rapidez que no daba tiempo de cerciorarse de ello.

Floridablanca leía y luego volvía a leer la carta a él dirigida, que a esta causa se refería, y en la que se decía: «En 11 de agosto representé a V.E. que por el alcalde del crimen de esta Chancillería se había formado una causa contra una mujer llamada Antonia Ozores; que en ella se comprendían muchas personas de distinción, eclesiásticas y seculares, indicando alguno de los comprendidos que este procedimiento se había divulgado bastante por esta ciudad, y que el escándalo en plazas, calles y conversaciones, hablando de personas, todas de clase, pedía algún remedio; y expuse entre otras cosas a vuestra excelencia que convendría que pidiese esta causa reservadamente en el estado en que se hallaba etc.».

La carta estaba firmada el día 24 de setiembre de 1784, y a Floridablanca le pareció que era como si le pidieran que recogiera el agua derramada de un cántaro en agosto, porque sabía muy bien que el escándalo continuaría para los que lo llamaban escándalo, y diversión para aquellos que era diversión y remedio de aburrimiento de veladas y tertulias del invierno ante la chimenea, y también para quienes era alegría y satisfacción porque deseaban que la España se afrancesase, especialmente, en estas facilidades y correrías para los amores y amoríos.

Y Floridablanca pensaba, entonces, que quizás tenía que leerse aquella causa quitando el poso de las ponzoñas que siempre producen los odios y las envidias. Y lo hacía, pero ¿qué quedaba entonces? Floridablanca daba vueltas y vueltas para encontrarlo, pero no acertaba. Leía también en aquellos papeles en los que el marido de la Antonia Ozores hablaba ante la justicia de calumnias y difamación; y una súplica y protesta que hacía llenaba pliegos y pliegos deteniéndose en la buena y santa convivencia que tenían marido y mujer y en el perjuicio que sufría su buena fama con tanto juicio y comentarios de solana, café, botillería, salón o sacristía. Pero ¿y si lo que quería decir el marido era que él desempeñaba muy a su gusto su papel de marido consentidor o cómplice, a ojos vistas? Porque en realidad, todo se había sabido desde el principio, porque era como una comedia en la que cada personaje de la historia había representado su papel perfectamente, y así todo ocurría, como se decía que decía la propia Antonia Ozores a sus amigos:

—Ya han visto, oído o imaginado todo lo que querían ver y saber, y deberían estar tranquilos.

Pero a seguido sonreía muy ladinamente, y añadía:

—Aunque, es igual que si no supieran nada y lo hubieran imaginado todo, porque todo

es como nada, y nada como todo.

Floridablanca tenía entonces que hacer un alto en la lectura, porque, a seguido de este parlamento de la Antonia Ozores, había anotado la Justicia de Valladolid que, en realidad, no eran pocos los que se quedaban admirados de estas filosofías que salían de la boca de la Ozores, y fueron muchos los que se felicitaban de que la Ilustración francesa estuviera representada en la ciudad no por ningún vejestorio que hablaba de las luces francesas, luminarias del mundo, aunque él no veía un elefante a pleno sol del día, sino que la filósofa fuera una mozuela tan hermosa y con tanto desparpajo.

Era el más vivo retrato de la Ilustración «esta pájara pinta», según se llamaba en las tertulias y en las reuniones más tradicionales que se hacían todavía, en torno al brasero y tras el rezo del rosario, mientras que, en las reuniones o saraos de los amigos y admiradores y hasta adoradores de la Antoñita, que se hacían en torno a una chimenea francesa, aquellos jóvenes y viejos con sus pelucas plateadas, y en torno a la chimenea, ya no llamaban de otro modo a la Antoñita Ozores sino «la feliz ninfa» o la «diosa Venus rediviva».

III

Aunque en la corte no se acaba de borrar una sospecha de conjuras, que tantas veces bajo el manto de Venus se habían hecho, se lo preguntaban los cortesanos, no porque de ellos naciera esa sospecha, sino porque echaban de ver que eso era lo que se preguntaba don José Moñino, incluso cuando hablaba consigo mismo en su despacho, mientras daba golpecitos en el papel sobre algún nombre o algún hecho.

Pero quien había escrito la carta a don José Moñino, conde de Floridablanca, era uno de los denunciados y bien conocido y amigo de todos los presentes en aquella tertulia de conversación en casa de Santisteban.

—Todos ustedes saben de quién se trata y más de un día y de dos ha estado aquí en esta tertulia, acompañado de la Antoñita Ozores misma, cuando sabíamos que no estarían el señor inquisidor ni la señora Santisteban o cuando sabíamos que se retrasarían, y entonces ella se sentaba en la silla del inquisidor Cabestrillo. Y todos la hemos obsequiado con los perfumes y jabones que pasábamos de Francia —confesó de repente Diego de Luján.

Y así habían sido las cosas, aunque se habían tenido bien tapadas al igual que el hecho de que muchos días de esos la misma Antonia Ozores preguntaba si era posible conocer a Cabestrillo porque no la parecía difícil que alguien de la tertulia se lo presentase; pero nunca se atrevieron, sino que los miembros de la tertulia callaron, y, cuando ella se iba,

se abrían puertas y ventanas para que el viento entrara de la calle y se llevase aquel poderoso y sensual aroma que la Antoñita dejaba tras de sí. Aunque no era seguro que el aroma de los perfumes de la Antonia Ozores hubiera desaparecido siempre, antes de que llegase el señor inquisidor, porque Cabestrillo mismo preguntaba alguna vez:

—¿A qué huele? Huele como cuando estuve a ver a Floridablanca y este acababa de tener la visita de una alta dama.

Y, dirigiéndose al dueño de la casa, afirmó también que siempre había supuesto que era el perfume de la esposa de Santisteban. Pero ellos no contestaron, sino que agacharon simplemente la cabeza, y ese día ya no hubo conversación ni partida de cartas. Simplemente, en voz baja y uno por uno, fueron confesando todos al señor inquisidor que algo habían tenido que ver ellos también con la Antoñita, pero solo conversaciones sobre jabones, joyas y perfumería.

—¡Tranquilos amigos míos! Ya hace mucho mucho tiempo que han sido examinados esos sus tratos y conversaciones con la Antonia Ozores a quien Vuestas Mercedes llaman «la preciosa filósofa» y «la diosa Venus», según creo, y también se tienen bien escrutadas las otras filosofías de Vuestas Mercedes, cuando en una de sus visitas alguien ofendió con chanzas a la Virgen María, y entonces ella echó de casa para siempre a quien contó un chiste blasfemo de Tomás Iriarte.

—No venga más y póngase Vuesa Merced el collar de perlas que me regaló, yo no lo quiero —había dicho entonces ella.

Pero ellos no sabían de qué visitante se trataba o si era invención del señor inquisidor por si pescaba lo que no sabía, y estaban silenciosos y con la cabeza baja. Y entonces el señor inquisidor Cabestrillo comentó:

—Se estudiará, se estudiará. Pero quizás se evite que tengan que purgar muy duramente Vuestras Mercedes sus errores, o puedan hacerlo solo con un pequeño paseo, que den con una caperuza puesta en la cabeza, y un mandilillo, una tarde de la primavera, cuando venga el buen tiempo y no haya nieblas para no agravar el reuma y los otros achaques que padecen, y de los que tanto se quejan.

Hizo un silencio y aclaró:

—Quizás hasta ni siquiera sea necesario ese paseo: la ciudad entera ya sabe la amistad que los une con la Ozores y las esperas que hacen, hasta bajo la niebla, para ser recibidos por ella. ¡Cuídense, cuídense, Vuestras Mercedes, y no cojan frío en los huesos! Porque, verdaderamente, si se tiene en cuenta su edad son peligrosos excesos los que están haciendo sus señorías. Debieran de cuidarse, mucho más.

LA DIGNIDAD HUMANA

La prensa, la radio, y la televisión, dijeron y escribieron que ella era una mujer anciana, que vivía sola en un piso bastante grande, pero que parecía un almacén de tanta cosa como en él había, y su dueña siempre iba muy compuesta, aunque usaba vestidos del tiempo de Maricastaña y sombreros que eran llamativos verdaderamente, por lo que habían informado la portera y algunas vecinas, explicando:

—Es una vecina de las de buenos días buenos días, y buenas noches buenas noches. Y ni una palabra más —dijo una de esas vecinas.

Y nadie había cruzado más de dos palabras seguidas con ella, porque es de las de sí, sí, y no, no, y gracias, gracias —dijo otra de esas vecinas.

—O como si fuese forastera, salvo que preguntaba siempre si alguien estaba enfermo o pasaba algo, y si podía ella ayudar, insistió dos o tres veces otra mujer de entre esas mismas vecinas que se agolpaban en torno a un equipo de la televisión que estaba allí.

—Tampoco nadie de nosotras ha entrado jamás en su casa, como no sea doña Rosa, la vecina de pared con pared con ella, que también es de las silenciosas. O una servidora, un día que ella se mareó en la escalera, porque nunca cogía el ascensor ni para subir ni para bajar, y la subimos entre doña Rosa y yo.

Y lo que la había extrañado a ella era que había allí, en aquella casa, más cachivaches que muebles, y que no tenía comedor o salón, ni vio una televisión por ninguna parte, explicó también a los de la televisión precisamente. Aunque luego lo que la locutora dijo fue que lo que había allí, en la casa y llamaba la atención, era un montón de muñecas, libros raros, un maniquí vestido con un uniforme militar antiguo, y una calavera de verdad con una corona de flores artificiales. Y luego pusieron también una vista del cuarto de los trastos, en el que, aparte de las fregonas y una lavadora antigua, había tantas otras cosas que parecía un tenderete del rastro, con veladores pequeños incluso, o máscaras rotas. Y dieron a entender en la tele, por la forma en que lo contaron, que la dueña de todo esto no andaba ella muy bien de la cabeza.

Pero el hecho, puro y simple, era que la vecina más vecina de ella, doña Rosa, que era viuda y también vivía sola, había llamado a la puerta de ella, aquel día, hacia las seis o seis y poco, como todas las mañanas, y no había respondido nadie, de manera que, tras

insistir un buen rato, se asustó, y había llamado a la policía, para que con una ganzúa o llave maestra o especial descerrajase la cerradura, pero no hizo falta porque enseguida se dieron cuenta de que solo estaba echado el pestillo.

Entraron los dos policías y doña Rosa, y allí la encontraron durmiendo tan plácidamente, que daba pena despertarla, aunque los dos policías se salieron del dormitorio para que doña Rosa la despertase y, desde luego, para que la durmiente no se asustase. Y, cuando se despertó, miró allí a su amiga al pie de la cama, se sonrió, y dijo:

—¡Perdóneme, Rosa! Ya veo que he vuelto a olvidarme cerrar la puerta con llave; pero es que anoche me acosté muy tarde, porque estaba rendida. Voy a vestirme, si me permite.

De manera que doña Rosa salió del dormitorio, cerrando la puerta, y les comunicó a los policías que doña Asun se había quedado dormida simplemente, y les pidió excusas por la molestia.

—¿Está segura que no necesita nada esta señora que vive sola?

—No. No necesita nada. Tiene una vida tranquila, y mucha salud, gracias a Dios. Yo soy mucho más joven, y, si voy andando con ella, a poco que me descuide, me deja atrás.

Y, cuando la policía se fue, ella volvió al dormitorio de doña Asun sin hacer un ruido como pisando sobre almohadillas como los gatos, que era como se andaba en aquella casa, y doña Asun, la explicó a su amiga que, mirando la noche pasada el marco de plata de una fotografía de su madre, se dio cuenta de que la plata necesitaba un repaso, y no lo quiso dejar para el día siguiente; y lo que pasó fue que tardó lo suyo en encontrar el jabón de limpiar la plata, y luego se puso a restregar con todas sus fuerzas, hasta que la plata deslumbrase, y la llevó tiempo y se cansó también de veras, así que se había ido rendida a la cama, y había dormido de un tirón.

Y luego ya charlaron de otras cosas, mientras doña Rosa la ayudaba a preparar su té y su tostada del desayuno. Y ya no pasó más.

Pero, a los tres o cuatro días, fue cuando se presentaron los de los «Servicios Municipales de Atención a las Personas Mayores», porque la policía tenía obligación de dar un parte de lo que hacían, y, al darlo se enteraron, y llegaron muy amables, pero muy preguntones, y la insinuaron que lo mejor para ella era irse a una residencia, de pago o no, eso ya se vería.

—Pues ¡muchas gracias! —dijo doña Asun—; pero, cuando necesite ayuda ya la pediré, y lo que es mejor o peor para mí lo sé yo solita, y, desde luego, no las autoridades.

—Ya vemos que no tiene televisión, ¿y qué hace usted por las noches, por ejemplo?

—Pues hago muchas cosas. Entre otras, solitarios. Casi toda mi vida no he hecho otra cosa que solitarios, y no me ha ido mal.

—¿Es que le gusta mucho jugar a las cartas? —preguntó la psicóloga que era uno de los dos miembros de los «Servicios Municipales de Atención a las Personas Mayores» que habían venido a visitarla.

—¿Las cartas? Ni las conozco. Pero los solitarios no se hacen con las cartas.

—¿No? ¡Qué curioso! ¡Diga, diga! ¡A ver! ¡A ver! ¡Cuenta, cuenta!

—No hay nada que ver ni que contar, señora mía. ¡Hay que pensar! Los solitarios se hacen con ideas, pensares, y conversaciones.

—¿Y qué piensa usted?, si puede saberse.

—¡Pues mire usted, hija! Unas veces en personas vivas o muertas, otras en cuando yo hacía de Ofelia, que lo hacía muy bien mientras yo estaba escuchando al príncipe Hamlet con la calavera de Yorick en sus manos; y casi siempre, o todas las noches, en mi salvación, por si le parece a usted poco asunto para hacer solitarios.

—¡Qué interesante! —comentó la psicóloga.

—¡Claro que es interesante!

Y hubo, entonces un embarazoso momento de silencio, que uno de los visitantes rompió preguntando:

—¿Y vive sola?

—Sí, sí.

—¿Y sale de casa?

—¡A veces!

Pero doña Rosa, su vecina amiga, dijo luego que, sin embargo, no dijo ni una sola palabra de sus salidas a lo que ella llamaba «la exposición», juntamente con su amiga Clara. Esto es, cuando iban bastantes días ellas dos a una cafetería a tomarse su té y sus pastas, que lo pasaban muy bien con sus recuerdos y observando, sobre todo cuando se enteraban, o hasta oían en un descuido, lo que los demás decían de ellas y, en especial, que eran dos loros, dos cacatúas, o dos momias.

—Tú estás mejor momificada que yo, Asun. No tienes ni una arruga.

—Y tú tienes pecas en la cara y reflejos más bonitos en el pelo, Clarita.

—Cuando éramos jóvenes les parecíamos vacas de estazar, y oíamos continuamente

hablar de piernas, y de glándulas —decía Clara.

—Es la cultura, que se ha vuelto ahora egiptóloga y decorativa, Clarita.

Y doña Rosa se acordaría siempre de aquel día en que sacaron a la calle unas pamelas eduardianas de un rojo muy vivo, con casi una frutería entera de adorno, y grandes como sombrillas, que en el café tenían que sentarse tan separadas que ocupaban dos mesas. O el día en que doña Asun llevaba puesta una casaca de seda blanca, que era la del maniquí vestido de militar que tenía en casa, o de «un teniente de Tolstoi» como decía ella, aunque doña Rosa, no sabía muy bien lo que quería decir; u otro día en que ellas sacaron una muñeca bien grandecita que hacía punto, y toda la cafetería había quedado pasmada.

Pero como los de los «Servicios Municipales de Atención a las Personas Mayores» vieron que, por muchas preguntas que hicieran, ella no contestaba más que síes, noes, o qué-sé-yos, ya se levantaron para irse, aunque dijeron que volverían dentro de algunas semanas, para que ella pensara durante todo ese tiempo lo que la proponían; y sobre todo en qué sería de ella si la daba algo. Y ella, entonces sonrió un instante, se dirigió a un armarito donde en el vasar de abajo, y encima de un libro, estaba la calavera con una corona de pequeñas flores azules de tela, se puso la corona en su cabeza, la calavera en sus manos, y declamó:

—«¡Pobre Yorick! Yo le conocía, Horacio: era un tipo muy divertido y de enorme fantasía. Más de mil veces me llevó a su espalda... Aquí están los labios que besé tantas veces. ¿Dónde están tus chanzas? ¿Dónde las piruetas y las tonadillas? ¿Dónde las salidas de tono que hacían desternillarse de risa a todos los comensales? ¿Ni un chiste ahora para reírte de tu propio aspecto? ¡Qué fúnebre pareces! ¡Vete ahora a la alcoba de mi dama, y dila que se ponga un dedo de afeites para acabar al fin lo mismo. ¡Díselo! Y que se ría».

Los de los «Servicios» se quedaron helados, y también con las palmas de las manos dispuestas a aplaudir, pero ella se lo impidió.

—¡Muchas gracias! Pero no es para aplaudir este parlamento. Es también para que se lo piensen ustedes.

Y no hubo más, y se despidieron, enseguida, los de los «Servicios de Atención»; pero cuando doña Rosa contó todo esto al médico que ya iba a jubilarse y era muy amigo de doña Asun, este la contestó:

—¡Pues, ahora, si ha pasado todo eso que usted dice, y la televisión ha dicho lo que ha dicho: que la autoridad va a decidir ingresarla en una residencia para que viva sus años con dignidad humana, ahora es cuando se llevan a doña Asun sin remedio, doña Rosa, por lo de la dignidad humana! Habrá que defenderla.

—¿Y adónde se la van a llevar con lo que es capaz de decir a la gente que la deja paralizada? Tenía que haberla visto él, cuando se ponía aquel vestido blanco, la corona de rosas en la cabeza, con la calavera en sus manos, y diciendo aquellas cosas que decía, tan temerosas, que hasta los de los «Servicios Municipales de Atención» se habían quedado como viendo visiones y sin saber qué hacer. Y esto sí que me parece a mí la dignidad humana verdadera —dijo doña Rosa.

—¡Pues por eso mismo!—contestó el doctor.

LA INVITADA

—Ya sabe usted lo que la aprecio y el respeto que la tengo, y también el agradecimiento por lo que hizo usted por mi pobre madre cuando se cayó y estuvo escayolada varios meses y luego la operaron y luego otra vez la escayolaron, y yo viví en esta casa mientras mi madre estuvo en el hospital. ¿Para qué voy a explicarla? Pero llevo semanas tratando de decir lo que tendría que decirle, pero es que, cuando vengo a buscarla, siempre me acuerdo de lo que tengo que decirle y no me sale.

—Pues me parece que nos conocemos bien y amigas somos desde que tú eras una mocosa, y confianza nos tenemos, y siempre nos echamos una mano en lo que podemos, y siempre hemos sido más claras que el agua clara.

—Sí, pero es que tengo que decirle a usted una cosa que no me sale porque me da vergüenza.

—Pues hija tú te vas a la habitación donde yo duermo, o me voy yo, y tú desde esta cocina o desde mi habitación dices lo que sea, y yo te oigo desde la otra habitación.

—Es que, a lo mejor es una pregunta indiscreta y que la puede molestar.

—¿A mí me vas a molestar tú ahora con preguntas, a estas alturas de mi vida?

Estaban las dos, la señora María y su vecina la Eulalia en la cocina de la primera, como los otros días que la Eulalia venía a esta hora para que la señora María no estuviese sola y se fuese a comer con ella y con su madre.

—Porque donde comen dos comen tres y el gobierno debe de saberlo, porque nos da dos perras y nos quita una, pero allá ellos con su conciencia, échese usted un abrigo encima que hace un buen frío y vamos a comer a casa —dijo Eulalia.

Pero entonces ella dijo que no, que ya había ido varios días y luego la sobraba la comida, porque ya por la noche no tenía gana y, como no tenía ni gato ni perro, y un pobre nunca se acerca a pedir a casa de otro pobre, pues tenía que tirar toda la comida, y esto no estaba bien con tantos pobres que se comerían hoy las lentejas que tenía hechas y hasta a lo mejor no tenía ni que calentarlas siquiera, porque las iba a comer precisamente cuando entraba ella, la Eulalia, por la puerta de la casa.

—Así que dile a tu madre que ya iré mañana, que no pondré comida—dijo la señora María.

—Como usted quiera —dijo la Eulalia.

La señora María la acompañó a la puerta y la despidió. Y entonces la Eulalia anduvo un buen trecho hacia su casa, pero luego se volvió y vio que la señora María había quitado de la placa las dos ollas que ella veía puestas todos los días, y lo había hecho rápidamente, porque enseguida se había acostado.

—¿Y esto? —dijo la Eulalia— ¿Es que la ha dado algo?

—No, es que me he excedido un poco en la comida, y tengo mala digestión, así que me he tomado un bicarbonato y me he acostado.

Entonces la Eulalia, cruzó los brazos, y dijo que ya había llegado la hora de hablar claro y lo que iba a decirle y tenía que decirle era que ella la había hecho traición y en un momento en que la señora María había ido a dejar en su habitación la toquilla que se ponía para salir, ella, la Eulalia, como ya llevaba semanas que no olía a nada en la cocina, se había puesto a fisgonear y fue levantando la tapa de las dos ollas que veía a diario en la placa apagada. ¿Y qué había encontrado? Pues agua sola y solitaria, así que, cuando se lo había dicho a su madre, esta la había contestado que forzase a la señora María como pudiera y la llevara a comer a casa, que por lo menos ellas tenían una pensoncilla aunque fuese de miseria, y luego, entre las dos recogían cartones y la Eulalia cosía y remendaba lo que fuera en alguna casa; y la señora María ya no tenía nada, por lo que se veía, de modo que ellas harían tres partes de su comida, y ya estaba.

Pero la señora María dijo que ahora sí que la ponía en un aprieto por haber fisgoneado en el agua de sus ollas de acero inoxidable, que era como un espionaje y una traición, y haber visto que solo contenían agua, porque no solamente no volvería a ir a comer a su casa, sino que se dejaría morir de hambre y de vergüenza de no servir para ganarse el pan con solo setenta y cinco años, y, también y mucho más, por no valer ni siquiera para engañar a los demás con las ollas puestas ahí en la cocina bien visibles.

Pero la Eulalia dijo a la señora María que eso no se hacía, y cuando había amistad se decían todas las cosas, y ella no tuvo más remedio que fisgonear porque la extrañaba que no la dejase entrar en la cocina y que siempre dijera que la acababa de apagar, porque la comida ya estaba hecha, y si la señora María se enfadaba pues lo sentirían mucho su madre y ella, y se calló y las dos mujeres estuvieron un buen rato en silencio, hasta que de repente, pasándose por los ojos la punta del delantal, y mirando luego a la Eulalia dijo:

—Perdonadme tú y tu madre de que os haya engañado algún tiempo con las ollas, hasta que tú fisgaste en ellas, pero tenía que disimular conmigo misma, porque ¿qué es una mujer, si no pone en la lumbre una o dos ollas con agua, una para la comida y otra

una necesidad que hay siempre de tener agua caliente?

Y añadió:

—Solo os pido a tu madre y a ti que no dejéis que me lleven a ningún sitio y no me dejéis morir como a un perro, y que no os retiréis de junto a mi cama hasta que yo me muera. Luego ya podéis quedaros con las ollas, y todo lo demás. Yo creía que no sabíais que yo no tenía que echar nada en el agua de la olla, porque de otro modo nunca hubiera salido de este cenáculo.

—¿Y lo que usted hizo por mí y por mi madre, no lo cuenta? La estamos muy agradecidas, señora María.

Pero la señora María ya no la contestó, y la Eulalia la tomó de las manos que tenía sobre la colcha y estaban frías, pero se percató de que toda la habitación estaba helada. Y entonces la señora María abrió los ojos, y dijo:

—Vete a tu casa un poco y esperáis a que me prepare y empiece a morirme. No podéis esperar en la cocina porque la bombona de la estufa de gas está vacía hace tres meses, porque no podía comprar otra bombona si tenía que comprar un poco de pan y un poco de miel para ir tirando, y, además, porque no tenía nada que guisar, y ya sabía yo que no voy a estar mucho tiempo en este mundo con vosotros.

—Pero usted no se va a morir ahora mismo ¿verdad, señora María?

—No, hija. Me moriré cuando Dios quiera. Estas murrias que tengo solo son ansiones que me dan, de vez en cuando, de estar con mi madre, la pobrecilla, que lleva muerta quince años, y por las ganas que tengo de que ya no necesite yo ollas ni siquiera para que me parezcan a mí misma que están llenas de un buen caldo o de agua para hacerme una manzanilla.

De manera que la Eulalia se quedó allí, sentada en un taburete junto a la cama, con la señora María, hasta que se la pasase el ansión de estar con su madre y lo de las ollas, y luego ya la pudiera convencer de ir a comer con ellas.

LA ERMITA DE SAN SECARIO

Cuando llegaron a la ermita, se sentaron en unas piedras sillares puestas junto al ábside primitivo, cuya hermosura había sido arrancada por los anticuarios, y los elementos más primarios de la construcción por los campesinos para sus gallineros y cochiqueras. Apenas nada quedaba allí de lo que todavía hacía diez o doce años podía verse aún, según decían, y por dentro de la ermitilla solo permanecían como muñones cortados la mesa de altar y la escalera del coro que no subía a ningún sitio y daba al aire; pero, en un rincón y mirando hacia él, como un niño castigado en la escuela, había una vieja imagen de san Roque con su perro y la llaga de la peste en su pierna, su sombrero roto, y su palitroque con una figura de calabaza.

Las hierbas que habían levantado las losas del suelo habían inclinado también a la imagen y la rodeaban casi hasta la mitad de su talla, y varias alimañas corrieron a esconderse en aquel recinto apenas se abrió la puerta.

—Lo más desolador de las iglesias abandonadas es que parecen indicar que a la fe también la roe la muerte —dijo el más alto de los hombres que habían entrado allí.

Pero el otro visitante calló, y el que había hablado prosiguió diciendo.

—Ya sé que no hemos venido aquí a hablar de estas cosas, sino a tratar de comprender una vieja terrible superstición que se dio en este territorio y algunos de cuyos creyentes y practicantes de aquellas brujerías fueron detenidos en esta ermita hace unos setecientos años; entre ellas un peregrino a Tierra Santa y dos consoladores o curanderos con hierbas, que encontraron juntos en la ermita, y se dice que fueron ahorcados por el Justicia, porque alguien les reconoció como leprosos antiguos.

Luego explicó, que era fama en un tiempo que en esta ermita, como en otras, era donde se celebraban las misas de san Secario, que debían de ser una especie de misas negras que eran celebradas por un sacerdote amancebado al que hacía de acólito su querida y que se celebraban para que alguien fuera debilitándose poco a poco hasta quedarse en los huesos y morir.

—De los papeles que yo he visto no se deduce, sin embargo, tal cosa ni nada parecido.

Pero el acompañante a quien hablaba seguía estando silencioso y pensativo. La primavera había hecho brotar las ramas de los árboles que entraban por las ventanas y

allí quedaban como petrificadas, y su verdor era mucho más oscuro que el del resto de las hojas de la misma rama que quedaba fuera de la ermita, y entonces se dieron cuenta que también sucedía eso mismo con las hierbas brotadas entre las losas del suelo.

Luego salieron de la iglesuca y fueron descendiendo el promontorio o pequeño otero en el que había sido construida y se allegaron al coche en el que habían dejado a sus mujeres, y antes de que ellas preguntaran, dijo él, el que entre los dos continuaba hablando:

—Nada de particular; es solamente un ermitilla abandonada y saqueada, sin nada en lo que poner los ojos. Pero el valle entero cuando se ponga la central eléctrica se llenará del agua desviada del río y el lugar tendrá vida, más vida que la que tuvo jamás.

Hizo un silencio y añadió:

—Aunque dicen que en esa ermita había una figura en una piedra antiquísima que algunas gentes llamaban San Secario y, si se recitaban ciertos conjuros, secaba la vida de quien se le pedía. Me gustaría saber la verdad de estas cosas, porque los documentos que hay sobre la ermita no dicen tampoco ni palabra de esto.

Pero no obtuvo reacción por parte de las dos mujeres ni de su amigo.

—¡Vámonos ya! —concluyó—. La semana que viene comenzará la demolición de la ermita, y simplemente quería verla. Pero no hay nada que ver. No se pierde nada con que el agua del río la cubra.

Y entonces, de repente, el que entre los dos hombres había callado hasta ahora dijo con mucha determinación:

—Pero eso no va a suceder tan fácilmente, y yo haré lo posible y lo imposible por impedirlo.

Luego explicó:

—Aquí había una virgencilla y yo venía con mi madre a rezarla, y pedirla que mi padre volviese de la guerra de África, sano y salvo.

—¿Y fue así?

—No. Volvió paralítico a consecuencia de una bala incrustada en su columna vertebral; y entonces veníamos los tres, mi padre, mi madre y yo a rezar a la misma Virgen y pedirla que nos ayudase.

—¿Y qué pedíais? —preguntaron los demás.

—Ya no pedíamos nada, solo veníamos a dar gracias. Y he pensado en todo, tengo un mejor lugar para el pantano.

—¿Y qué significa ya la ermita?

—Nada, pero, al igual que a nosotros, nos hizo compañía, también puede hacérsela a mucha otra gente que vive por aquí, y piensa que, mientras esté ahí la ermita, aun cayéndose, no pasará nada en el mundo.

—¿No me negarás que es una superstición o algo parecido? —preguntó el amigo.

—No. Se parece más que nada a una esperanza.

Y luego ellos cuatro cayeron en un gran silencio, y así anduvieron muchos kilómetros. Como si volviesen del fin del mundo en aquella excursión vespertina de aquel viernes de aquella semana de vacaciones de primavera, que era la que antes se llamaba Semana Santa.

EL RESPONSABLE

José González Bayas era uno de esos chicos listos de pueblo pequeño o aldea, que parecen tener la sensación de haber nacido y vivir en una tierra ajena y tener que esperar a que alguien venga a recogerlos, porque tampoco acompañan a quienes buscan un trabajo en la ciudad. Ellos esperan salir de aquí y, de ir a alguna parte, irían mejor a las Indias, como sus abuelos, que trajeron tanto oro; pero no en todos los pueblos de España existe, como en los andaluces, un aire dorado, como polvillo de mariposa, que se pega desde generaciones a algunos elegidos y los marca para ser toreros y vestir oro y seda. Y algunos serán toreros y vestirán trajes de seda pero otros deciden ser señores de la Sierra y los caminos. Y por todas partes, se habla de las viejas y nuevas dinastías de ellos. José María el Tempranillo hacía pagar al rey de España un derecho de paso para que las postas en las que iban los correos pudieran hacer su recorrido sin ser atacados por partidas de aquellos señores bandoleros, que se nutrían constantemente de nuevos miembros jóvenes, siempre que probasen su valor.

Pero este polvillo dorado no existía en toda España, y los muchachos que no encontraban su mundo en el pueblo, pero no podían estudiar ni tampoco se arrimaban ya a la Iglesia, todavía podían pervivir por el azar y la suerte, y, desde luego, hacía años que siempre venía alguien de la capital a la aldea que se llamaba «el Responsable», traía periódicos y hojas volanderas o maestros oradores que hablaban de lo que nunca se había hablado en una aldea desde que se hablaba de los turcos o de los indios: nada menos que de cambiar el mundo con ideas. Y buscaba hombres y mujeres jóvenes que tuvieran ideas y quisieran cambiar el mundo.

Y esto es lo que les decía a los otros jóvenes del pueblo alguno de los que habían ido a trabajar a Madrid o a Barcelona, y así fue como a sus veintidós o veintitrés años, cuando estaba a punto de enterrarse en la bebida o de hacer «algo gordo» e irse a la partida de los amos de los caminos, se fue a Madrid, y dejó del todo que su padre, que era quien sacaba adelante la pequeña labranza de su casa, con un criado más fijo que temporero, se arreglase como pudiese, aunque fuera cada vez de peor manera, porque él, «el Rubio», como todo el mundo le llamaba, estuvo enseguida claro que ni con uno, ni con dos criados, tenía ningún interés en las labores agrícolas y, por lo tanto, en sostener la casa.

Unos años antes, cuando el maestro y el cura del pueblo habían dicho al padre del

Rubio que a este parecían llamarle la atención las cosas de la mecánica, y podía irse preparando con algún estudio, el Rubio no se negó a ello, y le enviaron a la capital de la provincia a alguna academia o con algún maestro mecánico, pero, o no puso el ahínco necesario en aprender, o estuvo picando en esto y en lo otro, como abeja en muchas flores, y no se decidió por oficio alguno. Tan pronto eran los coches los que le interesaban, como lo eran las locomotoras, luego los motores de los aviones los que le atraían, otro tiempo las motos grandes como monstruos que había pocas pero se llevaban las miradas de todos y los que las guiaban las de las chicas, y a lo último hablaba de hacer oposiciones a cartero o telegrafista desde el pueblo, y en una academia de Madrid preparaba esas oposiciones por correspondencia.

Y entonces fue cuando, estando en ese tiempo de dudas de no saber qué hacer o qué camino tomar, comenzó a hacer amistad con un fotógrafo y también apañador o componedor que vino por aquellos pueblos, y el Rubio dijo un día, a su padre y a quien quisiese oírle que aquel amigo le llamaba a Madrid, con una buena colocación en una imprenta; y, fuese verdad o no, lo que parecía cierto era que, por fin, se dedicaría a este oficio de las imprentas y los papeles impresos y periódicos, y aseguró con todo aplomo que sería folletinista, que nadie sabía en el pueblo lo que era esto, y solo alguien insinuó que tenía en casa una novela que había sido recortada del folletón en un periódico antiguo; aunque el Rubio aseguró que no era lo mismo un folletín que un folletón, porque este era cosa de escritores y el folletín era asunto de reformadores sociales, que era lo suyo, y lo que él iba a hacer, según le había enseñado un forastero retratista que tenía buena máquina alemana de hacer fotos y sabía este oficio, era aprenderlo y aprestarse también a ser componedor, y el Rubio se decidió, e hizo docenas de fotografías a la gente del pueblo y, como componedor de lo que fuera que estuviese descompuesto, dejó a medio pueblo, como nuevos, muchos paraguas y también sillas y jergones o butacas antiguas que llevaban años con los asientos hundidos, y no hubo nada que se le pusiera por delante que no pudiera arreglar.

—¡Pues, si se quiere, así se arregla el mundo, como estos chismes, y hasta más fácilmente! —dijo un día.

Luego callaba unos instantes, pensando quizás lo que acababa de decir, y añadía:

—Pero, para arreglar el mundo, no hay que andar echando remiendos, ni estañando, sino que lo que se necesita es cambiar a la gente los pensares.

—¿Qué pensares? —le preguntaban al Rubio.

Y el Rubio no respondía, y los que preguntaban tampoco insistían, pero casi todos los del pueblo vieron entonces que el Rubio enderezaría por fin su vida y dejaría de ser un

desaprovechado, aprendería un oficio y se colocaría, porque tonto no era, ni tampoco le faltaba habilidad en las manos. Y estos comentarios, que duraron algún tiempo después de que el Rubio se fuera con el fotógrafo, comprobaron todos que se habían hecho realidad, cuando ya incluso los habían olvidado, pero a los tres o cuatro años volvió el Rubio, muy bien vestido, y realmente hecho un señorito.

Pero no vino solo sino acompañado por una mujer joven de la que dijo a su padre que era corista y actriz de varietés, y tan amiga suya que no podía serlo más si estuviera casado con ella; pero el padre le contestó que le parecía muy bien pero que se suponía que, si iba a estar más de una tarde, el Rubio debiera ir la buscando acomodo para la noche en la posada del pueblo o él vería dónde, porque en su casa no entraba, aunque no fuera más que porque la última mujer que había estado en aquella casa, y de cuerpo presente, que era como una consagración en una iglesia, había sido su mujer, la madre del Rubio.

—No se preocupe, padre. Ya me suponía el recibimiento, y Quica se quedará en casa de la madre de Marianín Carriles. Una artista como ella está acostumbrada a todo, y por un par de noches no pasa nada. La da igual un gran hotel que una cabaña.

Pero lo que, luego, hablara el Rubio con su padre, no se sabe, y tampoco lo que también habló con los maestros del pueblo, y el señor Francisco el ebanista, pero se dice que fue una conversación más larga la que tuvo con una de las maestras, a la que parecía conocer de algo; y lo que hablaran lo dedujeron algunos más tarde, cuando a poco más de un mes volvió en el mismo coche, pero solo y se llevó con él a Madrid a esa maestra para entrar en «la Sociedad». Y, por lo que el Rubio se dejó caer, parece que no solo se había hecho socio de un negocio de imprenta, sino que estaba preparando con esos o con otros socios unas escuelas especiales en Barcelona, donde sería cosa de un par de meses el comenzar a vivir allí, y donde el negocio del periódico que tiraban en la imprenta tendría más clientes, y el asunto de la enseñanza laica estaba mejor mirado que en Madrid; de manera que a Barcelona se irían.

—¿Y tú qué vas a enseñar, Rubio, si no tienes estudios? —le preguntó su padre.

—Yo enseñaré ciencias naturales —contestó él—. O sea que Dios no existe, no creó el mundo ni nada, y que todo es producto de la materia.

El padre del Rubio le miró, y luego, tras una pausa muy incómoda, dijo:

—Pues entonces yo creo que es mejor que te vayas esta misma tarde, antes de que anochezca y sin esperar a mañana, y que por esta casa no vuelvas. Ni te acuerdes de tu madre que está bajo tierra.

Y parece, efectivamente, que el Rubio no volvió por allí hasta bastantes años después,

y con una embajada que a todo el mundo le produjo extrañeza, porque vino a poner una imprenta en el pueblo, que era grandecillo, pero al fin y al cabo, en el que el Rubio mismo debía de preguntarse cómo iba a vender la mercancía. Aunque enseguida se comprobó que la mercancía no la vendía, sino que la regalaba.

Y, además, se presentó con una tan gran cantidad de papelotes ya impresos para pegarlos por la noche en las paredes del pueblo grande que estaba cercano, o para entregárselos a quienes venían por ellos hasta de la capital, y en los que anunciaba que iba a abrir allí una escuela moderna, aunque en pequeño, pero como la de Barcelona, a la que irían a trabajar el Manco, que era primo del Rubio, y el Marianín, cuando hicieran por aquí el aprendizaje, aunque más bien como mandaderos y dominguillos como el primero de estos lo hacía, aquí, en el pueblo, para llevar y traer recados y cartas o papeles. Y así estuvieron las cosas poco más de unos seis meses, hasta que un día se presentó allí uno de los jefes de la Sociedad de Barcelona y dijo al Rubio que había que cerrar y de prisa, porque no había sido buena idea hacer esas tiradas de carteles ni podían pensar en abrir esas escuelas modernas por estas tierras. Estaban haciendo oposiciones a que les echasen a palos o algo peor.

El Manco preguntó por qué, y el Rubio le contestó:

—¿Es que ni siquiera lees lo que repartes o pegas en la pared?

—¿Y por qué iba a leerlo? Yo soy un simple bienmandado, como debe ser —dijo.

Y a seguido también le preguntó lo mismo a Marianín, pero este solo respondió con una risa, y luego fue diciendo como pudo que no sabía leer ni escribir, aunque, como su madre estaba paralítica, la iban a llevar a un hospital y él iba a ir a unas monjas para trabajar en la huerta, porque Marianín era como si hubiera nacido y luego se hubiera criado entre berzas y lechugas, pero nada de leer y escribir.

El de Barcelona no dijo más, pero, inclinándose al oído del Rubio le susurró que tampoco les vendrían mal un hombre tan discreto como su primo el Manco y este medio idiota, que sería incapaz de traicionar a nadie que le echara un trozo de pan de vez en cuando. Y entonces fue cuando el Rubio invitó, y luego estuvo machaconeando días y días esta invitación, a su primo el Manco y a Marianín. Hasta que lo consiguió con este último.

El Rubio, que no solo fue quien recomendó a Marianín a «la Sociedad», sino que le arrastró hasta ella y allí le presentó y le forzó a entrar. Y esto lo había hecho un día, llevándole, recién llegado a Barcelona, al centro directivo de aquella Sociedad que estaba en el piso de arriba de la taberna «Las tres cepas», pero al que se subía tanto por la escalera de la taberna como por la de la casa de al lado que era el taller de un zapatero

que se llamaba Alcibíades, y venía de una familia de federales. Y, aunque tenían otro centro más clandestino y también con dos entradas y salidas, esto se había arreglado así, esperando que una vez que se tapara la puerta de la habitación que daba a la escalera de la taberna o se quitara esta, pudieran asistir a las reuniones que se tenían allí los tres anarquistas y los dos tolstoianos masones de entre los nueve directivos que eran, porque aquellos se negaban a entrar en lugar alguno que pudiera definirse como de expansión burguesa o de envilecimiento del pueblo, en el que se despacharan bebidas espirituosas o se comiera carne o hasta se utilizara grasa animal, y se fumara.

De manera que eran tres, además del Rubio, los miembros de la directiva de la Sociedad que asistían y estaban sentados en torno a una mesa muy tosca, como las que se utilizaban en Castilla para matar los cerdos, con algunos papeles en las manos y dos carburos encendidos sobre la mesa. Dos de aquellos cuatro mandamases pasaban por ser los más radicales de la Sociedad, que entendían que lo que importaba era la revolución y, por lo tanto la acción violenta y rápida, en vistas a la eliminación del enemigo en el tiempo más corto posible, y el tercero callaba cuando no repetía aquella especie de tesis de la necesidad de la violencia para limpiar el mundo de basura, o solo decía algún sí o algún no, y el Rubio le secundaba diciendo:

—Es inevitable y más urgente cada día lo que tiene que llegar.

Pero luego ninguno de ellos se explicaba cómo en aquellas reuniones que duraban con frecuencia tres o cuatro horas, aunque —también había muchos silencios en ellas— no se llegaba a ninguna resolución, estando, además, tan acordes los pensamientos de ellos, pero era como de si alguien invisible y en lo alto se esperase esa resolución o una orden.

—El compañero recadero está comiendo abajo —dijo el Rubio a los otros tres compañeros de la dirección, refiriéndose a Marianín—. Es completamente idiota, pero de buena pasta, y además es muy beato. Se le podría cargar con una bomba y enviarle a una iglesia con ella, sin que supiera lo que llevaba encima, y sin sospechar que, al explotar, se le llevaría a él mismo por delante.

—Pero no habrás pensado en serio, y sin contar con nosotros, poner una bomba en una iglesia y sacrificando a un compañero, ¿verdad Rubio? Y ni se te ocurra mentar algo semejante delante de nadie. Si llega el caso, se hace, pero nadie debería saberlo, sino nosotros cuatro —dijo el que parecía mandar allí.

—No soy tonto, y ya sé con quiénes me gasto los cuartos.

Entonces bajó el Rubio al piso bajo de la taberna donde Marianín había acabado de comerse una ración de callos, le dijo que subiera un momento con él y que enseguida volverían a bajar y podría seguir comiendo.

—¿Qué piensas comer ahora, Marianín?

—Más morcilla y más callos.

—Pero no se te ocurrirá beber alcohol, ¿verdad?

—Ya sabes que no bebo ni fumo.

—¡Buen muchacho! Como debe ser.

Subieron Marianín y el Rubio hasta el primer piso, se acercaron a la mesa donde estaban sentados los directivos de la Sociedad, y dijo el Rubio:

—Este es el compañero Carriles, pero obedecerá como si fuera yo mismo en lo que le mandéis, como si fuera yo mismo quien se lo mandara.

—Sí, Rubio —contestó Marianín.

—¿Lo juras por tu madre muerta y las monjas que te enseñaron a rezar?

—¡Ji, ji, ji! —rio Marianín.

Se quedó luego como ensimismado, y dijo de repente:

—Y eran y son bien guapas. ¡Ji, ji, ji!

—Pues tanto gusto, y ya nos veremos en la Sociedad —dijo uno de aquellos hombres.

Marianín ya no contestó, y el Rubio le tomó de nuevo del brazo, como cuando habían subido, bajaron la escalera y le volvió a llevar hasta la silla y la mesa de donde le había levantado antes, y le advirtió:

—Ya está todo pagado; come lo que te dé la gana.

Y en los meses o años que siguieron, el Rubio le encomendó algunos recados, siempre de la imprenta o como si fueran de la imprenta, pues tenía que decir que llevaba aquel recado o aquel papel de parte del gerente de la imprenta; y de vez en cuando le preguntaban si estaba contento.

—Sí, sí.

—Me he enterado de que ha estado aquí en Barcelona mi primo el Manco a comprarse un brazo, una mano o una cabeza, y que has estado con él.

Y así era, y había estado precisamente en la imprenta, y cuando preguntó el Rubio, por qué no se lo había dicho, Marianín contestó que se lo había intentado decir, pero que cuando había comenzado a informarle de que el Manco no había venido a comprar ninguna mano ni ningún pie, sino porque una sobrina suya se hacía monja y ya no saldría del convento hasta que se muriese, le había dicho que no dijese tonterías, le había parado los pies de malos modos y no le había dejado hablar. Y el Rubio dijo finalmente:

—¡Bueno! Eso de no salir del convento sería según y cómo.

Y lo dijo sonriéndose, con mucho retintín, y dejando ver el colmillo que tenía cariado y casi negro. Y concluyó advirtiéndole a Marianín de que, en adelante, allí en la imprenta, no admitiese ninguna visita de nadie, aunque fuera del pueblo. Y debía tenerlo bien en cuenta, o se le acababan su amistad con él y el trabajo allí, y él, Marianín, tendría que ver cómo se buscaba la vida en Barcelona o arreglárselas para volver al pueblo a nada, porque no tenía ni siquiera dónde meterse a comer y dormir.

Lo que no sabía el Rubio es que al día siguiente Marianín iría a despedir al Manco a la estación y le contaría todo esto.

—Yo que tú —le dijo el Manco— me iría para el pueblo, y allí ya trataríamos como fuera de arreglarnos. Ya te digo yo que hasta el Rubio va a tener que volver un día, y con la cabeza bien baja, tal y como se están poniendo las cosas en España. Hasta en el convento donde ha entrado mi sobrina lo decían. Y has hecho mal en no ir a la ceremonia de entrada de monja, porque a mi tía la hubiera gustado por el aprecio que tenía a tu madre. Ya puedes tener cuidado no sea que te contagie el Rubio su maldad de corazón, porque es malo, es muy malo, Marianín. Y lo malo se pega siempre más que lo bueno. ¡Ten cuidado!

Y esto último estuvo en un tris que se lo dijera también luego Marianín al Rubio, porque cada vez que le miraba, sobre todo cuando estaba enfadado o en la faena de los asuntos de la Sociedad, le parecía a Marianín como si a través de los ojos echara un cubo al pozo de su alma y de su corazón para recoger en él lo que él había hecho o no había hecho, o había pensado o soñado; pero no abrió la boca, porque ya le había convencido el Manco de volverse al pueblo, y no sabía cómo hacer para que aquel viniese por él, porque él no podía valerse para irse por sí solo y a ocultas.

II

Pero el que volvió al pueblo, unos meses después, fue el mismo Rubio. Y lo primero que hizo al día siguiente de llegar, antes de que se enterase nadie de que había vuelto, fue encerrarse en la casa del Pinar Grande, y ponerse a malderretir, en una lumbre que encendió en una especie de poza, los plomos de imprenta con los que había venido cargado, mientras al mismo tiempo machacaba las piedras litográficas que también había traído hasta hacerlas arenilla. Y su primo el Manco le dijo:

—¿Y para destrozarlo has venido con todo esto tan cargado hasta aquí? ¿Es que en Barcelona, en el barrio en el que vives, no hay un mal horno o, por lo menos, cerillas y unas tablas para hacer una lumbre, y un martillo para hacer harina las piedras? Yo creo

que te hubieras evitado el venir tan cargado, y llamando la atención, porque un hombre bien vestido con un saco auestas es ir cantando por ahí cualquier cosa, y suscitando las peores sospechas.

Pero él, el Rubio, no había ido allí con ningún saco auestas, como su primo decía, sino que en otras manos había dejado el asunto y ellas se lo habían entregado a domicilio, como el primo había visto, porque, cuando él llegó a la casa, ya estaba todo allí.

—¿Y el que te ha traído los sacos sabe quién eres?

—¿Y tú qué crees, Manco? No tiene por qué saberlo, ni tampoco lo que había dentro de las cajas. No tengas miedo. Porque puede ser que sí que lo sepa o puede ser que no lo sepa; pero no es curioso y tampoco le importa, como a ti no te importaba, ¿te acuerdas?

Luego le dijo que él no tenía que hacer otra cosa que decirle y escucharle esa noche dos palabras, allí en aquella casa del Pinar Grande, que era del abuelo, y era simplemente una casucha para guardar unos aperos, unos arcos, un pico y una pala, cuatro herramientas más, y hacer un poco de lumbre los días muy fríos. Y, cuando hablasen, tenía que pensar si él también se iba al escondite, pero que no pensase que el escondite iba a ser aquel lugar donde ahora estaban hablando; sino que el escondite estaba en un lugar de América, y antes del fin de la semana siguiente deberían estar en el barco con rumbo hacia allí.

—Y ¿por qué tengo que irme yo, Rubio?

—¿Ah, no? Pero, ¿es que no te has enterado todavía que yo puedo decir que fuiste tú quien enzarzaste a Carriles para que se fuera a Madrid o a Barcelona, el mismo día que enterramos a su madre, y que fuiste tú quien le llevaste a Barcelona, y que puedo decir todo esto y mucho más, ahora que la justicia le ha ordenado fusilar y le han fusilado?

—¿A un pobre idiota han fusilado, o le van a fusilar? No me lo creo, ¿qué ha hecho?

Luego calló, reflexionó un momento, comentó que seguro que había pagado por otros, y preguntó, muy serio, al Rubio:

—¿Me quieres decir qué es lo que pudo hacer el pobre Marianín?

—Pues ni te lo puedes imaginar, pero el día de la revolución que ha habido, aunque no te hayas enterado todavía por lo que veo, se puso a bailar tranquilamente en medio de una plaza de Barcelona con una momia, o sea con una monja desenterrada.

Entonces hubo un silencio enorme que parecía llenar toda la pequeña casa rodeada de encinas y donde había cuatro sillas y una mesa de madera sin cepillar, y el sol entraba por el único ventanuco que había porque aquel estaba ya muy bajo, y esta era como su

despedida del día, y el único momento que entraba en aquella caseta de labranza. Y entonces el Manco, tras echar una brazada de hojas secas de pino, se sentó y se retiró un tanto del hogar de la lumbre para poder aguantar la llamarada, y luego se dirigió a su primo, que buscaba algo en una de las dos pequeñas alacenas que había a uno y a otro lado del hogar.

—No me vayas a decir, tú, ahora, que, si el Marianín hizo esa locura, no fuiste tú el que le mandó que la hiciera, al igual que le obligaste a irse a Barcelona.

—¡Hombre! Yo no le dije exactamente que bailara con una momia.

—Ya me lo imagino. A nosotros tampoco nos decías, cuando por las noches teníamos aquí lo que tú llamabas «la clase», que matásemos a nadie, solo decías que había que eliminar a los burgueses y a los curas y monjas cuando llegase la revolución. Y, por lo visto, ya lo habéis hecho, y ahora veo claro que nos llamaste a unos cuantos para ir de carne de cañón.

Calló, pero antes de que el Rubio pudiera contestar, dijo el Manco todavía:

—Menos mal que entonces fue cuando alguien que lo tenía todo claro, al saber que me había negado a ir contigo, me dijo exactamente: «Has hecho mal. ¡Has debido de ir allí y darle cuatro tiros y luego pisotearle la cabeza como se hace con una culebra!».

—Sería aquel cacicón que era tu vecino, y quien mandaba por todos estos contornos y en cien leguas a la redonda.

—¡Pues no!

—¡Pues lo siento! Pero, ahora si te vienes, te vienes. Y, si no, hacemos cuentas ahora mismo.

Hizo un pequeño silencio, se sentó frente a él y de lado al fuego del hogar y, como dispuesto a cobrarse las cuentas atrasadas, preguntó:

—No habrás traído ningún arma, ¿verdad?

—¿Para qué? No tienes ni una mala bofetada, Rubio.

—Por eso yo sí me he traído un arma.

—La trajiste, pero ya no la tienes, Rubio. Me lo imaginé en cuanto atravesaste el umbral de la puerta; pero te quitaste la chaqueta y ya no tienes la pistola; está en mi poder, pero no tengas ningún miedo porque, pase lo que pase, no pienso utilizarla. No te pegué dos tiros entonces, y no te los voy a dar ahora. Ahora ya es tarde, ya has hecho el mal y serán otros los que te tuerzan el pescuezo.

—Pues prepara también el tuyo, porque tal y como son las cosas, tú también eres

culpable. Tú ibas a la imprenta de aquí con Carriles, y, en principio, aunque luego cambiaras de opinión, también querías ir a Barcelona, acompañándole.

Era una tal mentira que el Manco se calló un buen trecho de tiempo, y parecía que iba a estallar, aunque solo dijo, con bastante tranquilidad:

—Lo único que siento es que no viva Marianín, y a lo mejor por mi culpa, porque fui yo el que fue a buscarle al convento de las monjas con el carro, cuando se murió su madre, para que viniera al entierro. Pero ¿por qué se me ocurriría a mí ir a buscarle? Porque era su madre, naturalmente; para que la dijera adiós.

Pero no podía dejar de pensar, siguió diciendo, que, si Marianín no hubiera estado en el pueblo, era seguro que el Rubio no habría ido a buscarlo hasta las monjas. ¿Pero cómo iba a saber él, el Manco, lo que por dentro rumiaba su primo el Rubio, que además había vuelto ya entonces como un catedrático que sabía todo sobre todas las cosas?

III

—Mira, primo Andrés, o Manco si quieres que te llame así, porque para mí y para todo el mundo toda la vida serás «el Manco». ¡Escucha, escucha! ¡Atiende y verás que, quieras o no quieras, estamos embarcados juntos en el mismo barco y, que si se va a pique, los dos nos ahogamos!

Y luego añadió que por lo menos comprendería ahora, que aquí, cuando él estaba en la tierra y tenía la imprenta, podía ser útil en esta; pero que debía entender que para trabajar por la causa y andar todo el día con la policía pisándote los talones no era el más indicado un hombre que le faltaba medio brazo, y no había querido nunca ponerse un brazo ortopédico, aunque esto tampoco hubiera resultado; pero que recordase la tarde que estuvieron en Madrid viendo brazos y piernas y manos y pies en un escaparate, y no había encontrado nada que le gustase, según le había contado Carriles, a quien, por lo visto, el escaparate del ortopédico la había parecido una carnicería.

—Y creo que Marianín Carriles estaba tan excitado, Manco, que por él se hubiera llevado todo aquello.

—Y ¿crees que no sé yo también que vosotros, tú y la Sociedad, le comprasteis a Carriles una peluca y les vestisteis de mujer, y que un día entró en una iglesia diciendo obscenidades a las mujeres que había allí? ¿Y crees que no sé que en Barcelona se le antojaron cabezas y piernas de maniqués de mujer, y se las comprasteis? ¿Acaso no le queríais para cosas así o peores, como llevar dinamita y panfletos y, si le cogía la policía, allá por su cuenta? Aunque también sé que le cogió alguna vez, pero que, cuando descubrieron que era un idiota le dejaron. Y otra cosa hubiera sido, si él hubiera hablado;

porque te hubieran echado mano a ti, y lo hubieras pasado muy mal, Rubio. Pero no habló.

—Pero tú tampoco lo vas a pasar bien, Manco; porque al Marianín le han fusilado, como te digo, y andan buscándonos a sus conocidos, amigos y paisanos.

—¿Y han esperado tanto que tú has podido largarte y llevas aquí casi dos meses tan tranquilo? —preguntó este.

Pero, si se callaba un momento, dijo el Rubio, a lo mejor le podía explicar las cosas, y por qué ahora, precisamente, a los dos meses de la que llamaban «La Semana Trágica», estaba el peligro encima, contestó el Rubio.

Porque el Manco no tenía ni idea de tal cosa, pero ya había empezado la represión y por eso había venido él al pueblo, a destrozar y enterrar lo que quedaba de la imprenta y a avisarle a él, al Manco, repetía el Rubio. Porque no creería que podía estar despreocupado el Manco sin saber a las claras lo que Marianín había dicho en el proceso si es que había dicho otra cosa que repetir, según un escribiente les había contado, que la momia de la monja con cuyo esqueleto había bailado era guapa, guapa, guapa.

—Ya, pero yo no he sido el que ha enseñado a bailar a Marianín con un esqueleto —dijo el Manco.

Y luego le explicó muy bien, a su primo el Rubio, que estaba más enterado de lo que él creía de lo de los comités y de la nueva educación, y luego algunas de los revolucionarios más envenenados habían andado levantando las tumbas de las monjas en los conventos, y finalmente llevaron hasta el ayuntamiento unas cuantas momias para que los ciudadanos vieran que todos los horrores de tormentos y lujurias de los conventos eran realidad. Y aquello era una procesión de muertos andantes más solemne que una misa de doce, un entierro gordo y cualquier procesión grande de iglesia. Y entonces, apenas la procesión entró en la plaza, hubo como un silencio que sobrecogía, pero, como parecía cosa religiosa, desde uno de los pisos salieron unos cuantos amigos y amigas que comenzaron a dar gritos contra los curas, los frailes y las monjas, los obispos y los burgueses todos, y las gentes de la plaza los contestaban, hasta perder la voz, y entonces volvió a hacerse un silencio y por otro balcón abierto que también daba a la plaza se comenzó a oír en un piano una polka o un vals. Así que, entonces, paró de repente aquella procesión mortuoria que llevaba los cadáveres deshechos o las momias de las monjas, y, de repente también, se desprendió de aquella fila una pareja de bailarines que enseguida nos dimos cuenta que era un bailarín con una momia de monja, y quienes conocían a Marianín le reconocieron enseguida, mientras el piano arreciaba en el vals y Marianín iba acercándose hacia donde sonaba. Hasta que la momia se le

deshizo entre las manos, y entonces corrió toda aquella gente a recoger los despojos y alzarlos como trofeos, y el Rubio y sus amigos aplaudían no solo a Marianín sino a la muchacha que tocaba el piano y acompañó aquel baile, hasta que alguien del grupo dijo que a lo mejor estaban solamente representando una comedia y lo iban a pagar muy caro.

—Entonces fue cuando desapareció todo el mundo; y no ha sido difícil ocultarse —dijo el Rubio—. Pero ahora es como si estuviésemos ante una de las bromitas de Marianín, y, aun muerto, estamos en sus manos, y entre la vida y la muerte.

Marianín había tenido mil oficios, porque en ninguno permanecía mucho tiempo, y últimamente llevaba dos años en que repartía carbón por las casas, pero nunca supo nadie dónde vivía y el Rubio, si tenía que dejarle algún recado para verse, siempre se lo dejaba en la taberna «Las tres cepas», donde el Rubio pasaba por hombre de posibles, quizás relacionado con el negocio del carbón, pero ni sabía que era uno de los preparaban y encendieron la gresca, ni los que iban a «Las tres cepas», que aquel idiota estaba allí sin enterarse, pero ojos y memoria sí tenía.

Pero, por lo demás, a él, al Rubio, nadie le había visto allí acompañado de ningún revolucionario, ni se había pillado los dedos en las declaraciones que hizo cuando le detuvieron después de la revolución, ni Marianín lo nombró ni una sola vez, y así, él, el Rubio, había estado seguro hasta este momento de que no había ni rastro suyo en todo lo que había pasado.

—Pero ahora tienes miedo —dijo el Manco.

—Sí, pero el mismo miedo que debías tener tú, porque lo que no sabíamos nadie era que Marianín tenía papeles de los recados que había hecho o que tenía que hacer antes de aquel día o después de este, y esos papeles acaban de aparecer, y tanto a ti como a mí nos acusan de haber estado en la fabricación de octavillas y panfletos, y de guardarlos en diversos lugares de los barrios de Barcelona.

—Pues no sé qué te diga, pero a mí me da igual, porque yo hace tres años que no falto un solo día del pueblo, y es fácil de probar.

—Pero, Manco, ¿y antes? Porque es que no te has enterado, pero has estado ayudando en una imprenta, y guardando octavillas y planes y planos de los revolucionarios, creyéndote que hacíamos cartillas para enseñar a leer, porque no leías lo que repartías, a pesar de que te lo advertí.

—Sí, porque yo era demasiado joven y me engañaste como a Marianín, pero luego alguien muy cercano a ti me descubrió quién eras y me dijo que te diera cuatro tiros.

—Pues, si no fue el cacique, fue la Teresa y por puros celos.

—No. No te lo diré jamás. Ni tampoco iré a esconderme contigo.

Había buen rescoldo en la lumbre, y dejaron de lado el tema. Y un poco más tarde la pareja de la Guardia Civil se acercó a la casa, porque había visto luz, y pensaron que también había lumbre, y la noche estaba fresca. El Manco les presentó a su primo que iba a estar por aquí unos días, y tuvieron un rato de charla, como de convecinos, y ningún tema especial hubo en ella, pero, cuando la pareja se fue, dijo el Manco.

—¿Por qué no me cuentas lo que tú hiciste antes de la revolución y en la revolución, Rubio?

—Pues te juro que nada, salvo aquellos aplausos de nuestro grupo al baile de Marianín, y las dos o tres veces que empleamos a este para unas misiones que él no podía entender, ni tampoco el peligro que corría. Pero no fui yo, fue la Causa la que se lo encargó —explicó el Rubio.

—Pero yo no sé si Marianín tenía o no papeles, y no sé si sabía lo que decían, ni para qué los quería; pero de que el Rubio y sus amigos iban a quemar y a matar lo sabía todo el mundo. Era cosa vieja —dijo el Manco—. Y tanto que, cuando lo supo tu padre, y vio la carta en que nos invitabas a ir a Barcelona y leyó las cosas que teníais en la imaginación, fue cuando dijo que no Marianín, sino yo mismo era el que tenía que ir a darte cuatro tiros, y luego pisarte la cabeza como a las culebras.

Y luego había añadido su padre todavía que ya sabía que no estaba bien que un padre propusiera la muerte de su hijo, ni la quería, pero que le entendiéramos todos lo que quería decir.

—Y ¿qué creía que había hecho Marianín en la Sociedad antes de que lo fusilaran? Pues, por lo pronto no hacer nada de lo que le encargaban. Y ni se explicaba cómo le habían arrastrado a hacer lo de la momia, si era que lo había hecho. Y lo que el pobre Carriles había hecho en realidad había sido ser los oídos y los ojos de la policía, que sabía que le engañabais, y al final estoy seguro de que fuiste tú quien le obligaste a bailar con la momia.

—Eres un traidor, Manco.

—Alguien tenía que decir las cosas claras, Rubio.

Entonces el Rubio se lanzó contra el Manco, y se inició una lucha entre ellos, que no duró mucho y concluyó con la victoria del Manco, que le dio al Rubio el plazo del tiempo que tardase en levantarse para irse de allí y no volver; si era que la Guardia Civil no estaba a la misma puerta de la casa y le detenía.

—¿Y se puede saber por qué me has denunciado, Manco?

—¿Dónde está Marianín? Te lo pregunto.

—Fusilado por imbécil. ¿Es que no era imbécil? ¿A quién se le puede ocurrir bailar con una momia más que a él? Seguro que el imbécil de él creía que eran carnavales. ¿Y quién le dominaba a Marianín, si se le metía algo en la cabeza? Tenía una fuerza como Hércules.

—Y ¿quién es ese Hércules?

—Tú, Manco, como eres el fruto de una educación clerical, dirías Sansón. Y el fruto de una educación clerical era también Marianín.

—Pero a vosotros os vino estupendamente la educación clerical, por lo visto.

Y luego contó el Manco que ahora se le venía a la imaginación como si lo estuviera viendo, todo el tiempo que el pobre Marianín estuvo en las monjas que le asistían desde que su madre había caído paralítica, y lo buena persona que dijeron ellas luego que había sido, y el buen hortelano y silletero que había sido también. Y que, cuando murió su madre, había sido él, el Manco, quien había ido a buscarle, y le había dicho:

—Se ha muerto tu madre, Marianín, como se murió la mía. Y una madre es una madre. Te tienes que hacer fuerte.

Él había contestado:

—Yo ya la he rezado un padrenuestro, y, aunque no la vea, han dicho las monjas que ella sí me ve a mí, ¡ya ves!

—Así que te ha ido bien en el convento, ¿no, Marianín?

Y entonces este contestó que a su madre, porque era su madre, pero si no, no iba a echarla de menos, porque estaba con él desde el cielo. Este era Marianín, el mismo día del entierro de su madre.

—Y ahora te pregunto, Rubio o lo que seas, ¿qué es lo que hicisteis vosotros de él para que él hiciera lo que hizo? Os propongo que ahora os pongáis de acuerdo con quienes le han mandado fusilar para meter al Marianín en un ataúd con las fotos de su baile con la momia, y traérsele a las monjas donde estuvo. ¿A que no os atrevéis?

Luego hizo un silencio, y añadió:

—De lo que sí os habéis preocupado es de que en todos los periódicos se diga que Marianín era un imbécil, porque los periódicos me los han enseñado a mí hasta las monjas, diciéndome: «¡Ya ve usted el pobrecillo Marianín! ¡Qué le habrán hecho para hacerle bailar con una monja muerta, con lo que nos quería!».

Entonces se percató el Manco de que el Rubio tenía en sus manos la badila grande de

la cocina, y al instante saltó sobre él, pero en medio del ruido de la caída de los dos y el golpe de la mesa que derribaron, creyeron oír la voz de Marianín, y se pusieron a escuchar. Pero solo eran el silencio, y el miedo, aunque, de todas maneras, mientras arreglaban sus ropas tras la lucha, dijo el Manco:

—¿Y quién habrá pedido el cadáver del pobre Marianín que en paz descanse, al que tú dices que han fusilado en Barcelona?

—¿Quién crees tú que va a pedir el cadáver de ese pobre infeliz que no era nadie y nadie sabía si existía en el mundo? —contestó el Rubio preguntando a su vez.

Y cuando salían por la puerta de la casuca, todavía no había claridad, pero algunos gallos de las casas del pueblo ya la anunciaban. Y el frío de la madrugada les hizo a los dos que se les encogiera la espalda y el alma como en un calambre. Así que se subieron el cuello de las chaquetas y comenzaron a bajar del monte. Sin mirarse siquiera.

EL SUPERDOTADO

A mí, ahora, cuando hablan en la televisión de los niños superdotados, que tienen una inteligencia mucho mayor que la de los demás y desproporcionada con su edad, pues me gusta oírlo, porque me digo yo que así ya no habrá superdotados que anden por ahí como perros perdidos, que es lo que le ocurría a un «Tonto de Muñomer» que le llamaban y yo conocí hace muchos años. Y este era un simple y pobre de pedir por Dios, por las casas y los pueblos que, de haber vivido ahora con los adelantos de hoy, es seguro que le llevarían donde los superdotados, y no hubiera tenido que andar vagabundeando por ahí, por esos mundos.

El Tonto de Muñomer, y pueden decirlo los que le conocieron como yo que no me estoy inventando las cosas, era un superdotado de esos; y lo que pasaba era que los médicos de entonces no conocían muchas enfermedades, ni tenían los aparatos de ahora, y no hacían a los chicos de la escuela «los tés» que ahora les hacen, y no se sabía nada, y por eso el Tonto de Muñomer pasaba por tonto, no siéndolo, porque ninguno de nosotros de entonces, y ahora tampoco, sería capaz de hacer lo que él hacía, ni tenía ni tiene el memorión que él tenía. Aunque eso era lo que más le había perjudicado, decía la gente, porque, como toda la fuerza se le había subido a la cabeza y no era más que un pobre, no valía para trabajar en ningún oficio de las manos, de manera que se tuvo que echar a pedir por esos mundos, y que le tuvieran compasión para que pudiera llevarse un trozo de pan a la boca. ¡A ver, si no! Aunque no era de los pobres fijos que aparecían todas las semanas por el pueblo, sino que venía solo de vez en cuando, y la gente ya le esperaba, como a los titiriteros o al gobernador civil o las visitas del señor obispo, que se calculaba cuándo podían venir más o menos. «No tardará mucho en venir el Tonto de Muñomer», decía la gente. Y que teníamos que preparar las preguntas.

En cuanto llegaba a una puerta a pedir, decía: «¡Ave María Purísima! ¿Cómo se llama el amo o el ama de esta casa?», y la gente ya sabía que era él, aunque él también se sabía la mayor parte de las veces los nombres de los que allí vivían y entonces no preguntaba nada, sino que después de decir «¡Ave María Purísima!», decía enseguida que san tal o san cual, santa tal o santa cual era tal día de tal mes; o que uno había nacido el mismo día que el rey, o que una tía del rey que la llamaba la gente «la Chata», o el día que vino la República o mataron a Prim, o el Dos de Mayo mismo, cuando los franceses

antiguamente. Y luego era cuando le preguntaban, por ejemplo, cuántos eran veinticuatro por doce, y él respondía en el acto que doscientas ochenta y ocho, y, como ya se tenía hecha la cuenta antes de hacer la pregunta, todo el mundo se ponía muy contento de que hubiera acertado, porque incluso multiplicaba también por muchas más cifras. O, si se le preguntaba por dónde nacía el Duero y por dónde pasaba, y los ríos que iba recibiendo, y los puentes viejos y nuevos que había; o también se sabía las estaciones del tren desde donde se quisiera y hasta donde se quisiera, o los kilómetros que había hasta la Luna y lo que se tardaría en llegar, si se fuese en burro o en caballo o en un automóvil. «A tantas medias leguas o leguas enteras la hora, tanto», decía. Y de oraciones se sabía una ristra muy larga y muy bonita, como de clases de hierbas del campo, y reconocía las fisonomías, de tal manera que la Guardia Civil siempre le preguntaba si conocía a este o al otro, para no confundirse. De modo que todo el mundo, y también don Celes en la escuela, decía que el Tonto de Muñomer era una inteligencia desperdiciada; o, como decían otros, «una eminencia», si le hubieran dado estudios: Pero, como era pobre, pues a ver de qué le servía, ¿no?

Porque, como luego dicen otros con razón, que era que ni siquiera se hubiera podido presentar, si ahora viviese, a un concurso de la televisión y llevarse un millón o un coche, si le preguntaban cualquier cosa y lo sabía. Porque, aunque le dejaran un traje bueno para ir allí, en cuanto le preguntaran que a qué se dedicaba tendría que decir que era pobre de pedir, ¿no?; y entonces pues le detendrían por la ley de la mendicidad que llaman, o qué sé yo; y, en vez de llevarle adonde los superdotados, pues le llevarían a un psiquiatra; porque ¿cómo iban a decir que un pobre de pedir era un superdotado o una eminencia? Y ¿cómo le iban a haber hecho «un tés» para saberlo, si no había ido nunca a la escuela de tan pobres que eran sus padres y sus abuelos, y así todos desde antiguo en su familia, cuando no se habían hecho nunca en la escuela «tés»?

Solo que, a lo mejor, si le hubieran llevado ya muerto a abrirle para que le estudiaran los médicos en la facultad, estos se habrían dado cuenta de lo superdotado que era, a lo mejor. Aunque no se sabe si después de muerto se puede averiguar si un pobre era un superdotado o no; o, si se ha averiguado, si a los médicos mismos les hubiera extrañado ¿no? Como nos extrañaba a todos el Tonto de Muñomer, que, además, era tan servicial y estaba siempre tan contento, porque vivía mejor que un rey decía él mismo, y, aunque no supiera que era un superdotado, pues mucho mejor, porque a él mismo le hubiera extrañado, como a todos puede extrañarlos ahora, si no han conocido a este Tonto de Muñomer que digo.

EL PLATO ÚNICO

Lo del «plato único» fue la irrisión de la irrisión en todo el pueblo. Lo pregonó una tarde el alguacil, y todo el mundo creía que era una broma, aunque no estábamos en los Carnavales, ni era el día de los Santos Inocentes.

—Que se hace saber de parte del señor gobernador civil —decía el alguacil— que los miércoles de todas las semanas es el día del plato único. Y el señor alcalde lo explicará a las ocho de la tarde en el ayuntamiento.

De manera que allí fuimos, y el señor alcalde comenzó a explicarse muy despacio, pero, apenas había comenzado a hacerlo, cuando dijo uno de los vecinos:

—Pero ¿se podrá tomar algo por la noche, no?

—Es que no lo entendéis —respondió el alcalde—, porque no se trata del ayuno de la Cuaresma que es asunto de la religión. Pero esto del plato único es cosa del Estado y de lo que se trata es que de que, un día a la semana, en vez de comer dos platos al mediodía, se coman igual, pero el precio de lo que valga un plato lo entreguéis para que coman otros que no pueden comer ninguno.

Y a todos pareció bien el invento, pero hubo otro asistente a la reunión que puso una objeción o un pero. Y dijo:

—¿Y, si es cocido, que es lo que mayormente comemos todos, qué hacemos? ¿Calculamos el plato único por lo que valen la sopa, los garbanzos o la carne, el tocino, el chorizo, el relleno, ¿tenemos que contar como un plato la sopa, y otro los garbanzos juntos el tocino y todo lo demás?

El alcalde, que estaba sentado en el sillón del medio del salón de sesiones, se quedó un rato pensativo, pasándose la mano por la cara varias veces, y luego contestó:

—Eso lo tengo que consultar, porque a lo mejor la ley no ha caído en la cuenta de ello. Pero ya estáis apercebidos.

Luego terminó diciendo que el dinero que valieran el segundo plato y, en su caso, un tercero, había que entregarlo en el ayuntamiento, y que había una multa para el que comiese dos o tres platos ese día y no pagase; y que aquí no había bulas de ninguna clase como las de la Iglesia para comer carne. Y la gente se tapaba la boca para que no se viese que la entraba la risa; así que el alcalde concluyó enseguida diciendo, otra vez, que

ya estábamos apercebidos. Pero el caso fue que alguien debió de contárselo a don Abdón el cura, y este predicó en la iglesia acerca del plato único, al domingo siguiente, y dijo clara y llanamente lo que a nosotros nos decía en la catequesis, cuando nos explicaba las bulas y los siete pecados capitales, que decía que ni nosotros ni él podíamos cometerlos, porque para comer carne y cometer los pecados capitales se necesitaba tener posibles, de manera que Dios misericordioso bien sabía que esas cosas no iban con nosotros.

—¿Cómo no va dar la risa a la gente que se piense que podemos comer tres platos y con carne, tocino y chorizo? —dijo otro vecino del pueblo.

Pero el señor alcalde lo tomó muy a mal, estuvo pensando muchos días si denunciar a don Abdón al señor gobernador civil y al señor obispo; solo que, tuviera las intenciones que tuviera, no le dio tiempo, porque en el entretanto le quitaron de alcalde, o él mismo puso la dimisión como dijo, y nombraron a otro alcalde; y ahora que ya no tenía el cargo decía que había que saber cómo era la política, que a él también le daba la risa teniendo que hablar del plato único, pero que se tenía que aguantar porque era la autoridad. ¿Cuántos platos creía el gobernador civil que comíamos nosotros? ¿Y cuánta carne, igualmente, creía la Iglesia que comíamos?

Don Abdón comentó, también:

—Pues ¿a qué viene lo de pregonar lo del plato único, si no va con nosotros? ¿Acaso he mentado yo, alguna vez, las bulas de carne y los pecados capitales que no podemos cometer?

Pero el alcalde contestó:

—Ya quisiera yo verle a usted lidiando con la política.

Y añadió que, si él tuviera faldas como don Abdón, a lo mejor hacía frente a quien fuese, como lo hacen las mujeres y los curas. Y entonces don Abdón le enseñó los puños amenazadoramente, porque eran muy grandes, como de boxeador, aunque luego se metió enseguida las manos en las mangas de la sotana, y ya se rieron los dos, el señor alcalde y don Abdón, y nos reímos todos. Y don Abdón dijo luego, en la catequesis, que ese discutinio entre él y el alcalde se llamaba «las luchas entre el Papado y el Imperio», y que un día iba a explicárnoslas. Pero que quisiéramos o no quisiéramos, los miércoles era lo del plato único, aunque los miércoles nos reíamos, y siempre fue la irrisión en el pueblo la ocurrencia que tuvieron del plato único los miércoles. Aunque no nos apartábamos de ayudar a los que lo necesitaban con lo que hiciera falta y nosotros tuviéramos, pero sin andar diciendo que había gentes que comían no se sabía cuántos platos, como en los cuentos de hadas.

LA LLUVIA

Tenía ese maravilloso rostro que tienen todos ellos: un rostro que solo es una mirada y una sonrisa, inacabable, como la de las estatuas o los cuadros. Hablaba con una lengua de trapo y como a trompicones, y era una muchacha delgadita y muy bien desarrollada, y llevaba su pelo recogido en una gran coleta o trenza, aunque ya tenía diecisiete o dieciocho años. Y también llevaba escafpines como las niñas, y andaba a todas horas con un cabás en las manos diciendo a todo el mundo que iba al colegio.

—¡Voy a la escuela! ¡Que usted lo pase bien! —decía.

Y luego siempre añadía, aunque fuese un día de canícula en agosto:

—Parece que va a llover.

Porque la lluvia era lo que más le gustaba en el mundo, así que, cuando llovía, se ponía loca de contenta por haber acertado y miraba más intensamente, y su sonrisa se convertía en una risa y en una carcajada. Pero muy bajita, para que no dejase de llover.

EPÍLOGO

LAS VIDAS QUE NOS ACOMPAÑAN

Los cuentos de José Jiménez Lozano es bueno dejarlos reposar un tiempo y volver sobre ellos al cabo de uno o dos días. Las vidas que estos relatos nos cuentan son como el árbol junto al cual pasamos todos los días y solo cuando nos paramos nos damos cuenta de su presencia. Estos relatos piden pararnos y mirar, están escritos para releerlos. ¿Por qué?, porque nos recuerdan aquellos instantes de la vida que la hacen más verdadera. Los relatos nos ponen ante aquello que el silencio nombra y es ahí, en un gesto, un detalle pequeño o un silencio donde vislumbramos toda la profundidad de la alegría y la tragedia que acompañan la vida de estos personajes. La verdad de estas vidas y su belleza no se ve a primera vista, porque no brilla, ni hace ruido, por eso estos cuentos hay que rumiarlos, volver sobre ellos.

La querencia de los búhos lo forman veintiocho relatos, casi todos inéditos menos seis que resultaban difíciles de encontrar. La extensión de los cuentos es desigual, en apariencia unidos por una voz narrativa. A veces es la de un hombre, otras, la de una mujer, se trata de una voz que hace memoria de historias antiguas que ya están olvidadas, de algo lejano de la infancia o de personajes menores a los ojos de nuestro mundo. Son historias del universo de Jiménez Lozano, cuentos unidos por la querencia de los búhos, por la honestidad de un escritor con las revelaciones de su infancia y con la belleza que le tocó en sus adentros en la adolescencia. Recuerdos a los que la imaginación vuelve y nos los ofrece convertidos en cuentos de una transparencia sencilla.

En 1984, tras visitar una exposición de construcciones y *collages* de Joseph Cornell, Jiménez Lozano escribe: «Cuando sea mayor, tendría que escribir unos cuentos que fueran como estas vitrinas y cajitas de Cornell; porque yo sabía construirlas y tengo que recordar, regresar al lugar de mis adentros donde todavía deben de estar guardadas esas cosas, y el olor a tierra mojada y a lilas: las del lilar junto al que había una piedra donde molíamos el ladrillo.» (*Segundo abecedario*, 34). Y leyendo estos cuentos sabemos que lo ha logrado. Hasta entonces de Joseph Cornell él solo conocía algunas reproducciones en blanco y negro, aunque siempre le había fascinado el arte de Cornell y «su vida oculta en una casita con jardín en Nueva York» (*Segundo abecedario*, 33). Jiménez Lozano ha hecho *collages* y guarda los «coseros» o «cajas de cosas». Tiene un poema, «La cajita de

Cornell», donde escribe:

¡Ah!, en este cofrecillo habitan mis antiguos poderes:
hay rojo polvo de ladrillo,
un charco azul y gusanitos
que hacían seda blanca, y un espejo.
Cristales de la vasija oscura
que contenían polvos para el rostro
de Mábel, ya pálida.
Una cuerda, lacre, lilas, y un retrato,
color sepia, de ella. ¡Si pudiera
volver a abrirlo!
Sería inmortal como los dioses.
(*El tiempo de Eurídice*, 135)

Estas cajas de las cosas o coseros, que vuelven a la memoria, son una huella de la infancia que queda clavada en la nieve de los días. El país lejano donde se despertaron las primeras revelaciones y que seguirá deslumbrándonos toda la vida. Sobre sus cajas ha dicho que «no son despropósitos, ni mentiras ni surrealismos, sino el mundo de la infancia, el territorio primigenio de donde nació y sigue naciendo toda poesía y todo relato, y seguramente toda filosofía». En 2005 escribió «Nuestros coseros de Cornell» un texto para el catálogo de la exposición «Wonderboxland. Cornelliana» en la galería Utopía Parkway de Madrid. Estos cuentos no son cajas, ni *collages*, pero vienen del mismo territorio, del de la infancia.

Releyendo estos cuentos he buscado las reproducciones de las cajas de Cornell. Son composiciones donde una lechuga sobre un fondo azul te mira, como en la noche. Al mirarlas la imaginación es capaz de ver lo que no está, de hacer presente lo que solo se insinúa, sea una luna, una nube, una estrella o una sombra. Estos cuentos consiguen también que sea el silencio quien se lleve la mejor parte, que el secreto de estas vidas esté en lo que insinúan y no está dicho. Muchos de ellos acaban en silencio.

Cornell comienza a mitad de los años cuarenta a construir una serie de composiciones que llamó «Aviarios», cajas hechas para aves, lechuzas y búhos sobre todo. Los construye a partir de materiales que encuentra o desperdicios; sale por las tardes de su casa en Flushing, Nueva York, y recorre los campos cercanos. En el año 45 anota en su diario cómo las hace:

Los muchos viajes realizados en bicicleta recogiendo pastos secos de diferentes tipos, el aspecto fantástico de llegar a casa casi escondido en el vehículo por las cargas amontonadas, la experiencia trascendental de trillar en el sótano, despegar los tallos de los periódicos, el cribado de las semillas secas, luego el molido a mano y el almacenado en cajas. Estos tamices finales se usaron para cajas de hábitat (imaginativas) de aves, principalmente búhos. A las cajas se les dio un recubrimiento de pegamento en el interior, luego se arrojó el polvo de hierba y se agitó alrededor hasta que todos los lados tuvieran un recubrimiento uniforme para darles

el aspecto de un tronco de árbol o un nido interior (Joseph Cornell, *Joseph Cornell's Theater of the mind: Selected diaries, letters and files*, 1993, p. 117).

Estos cuentos parecen escritos también a partir del polvo hecho de las semillas, de restos, de ruinas, de historias y personajes dejados de lado, pero que vuelven y acaban encontrando una vida en la literatura, como si las palabras fueran su nido. Escritos, tal vez, al llegar a casa después de un paseo. Unos dicen que el arte nace de la observación, otros de la inspiración. Siempre será un misterio la transfiguración literaria entre la memoria y la imaginación que aquí se nos regala, pero estos cuentos nos devuelven la esperanza, nos recuerdan nuestra primera mirada sobre el mundo.

El mundo de hoy resulta a veces difícil para la esperanza. ¿Cómo estar esperanzado contra toda esperanza en nuestro mundo? En sus últimos diarios escribe:

Quiéralo o no, soy un hombre de después del desplome del cristianismo como cultura de casi un continente entero, y después del triunfo de Auschwitz y Kolimá y de las ideas que los hicieron posibles. He respirado todos estos aires, y por mucho que reaccione contra ellos ya están en mí (...) Pero no nos hemos convertido en serpientes o en verdaderos minotauros, tras esas horribles herencias, simplemente porque hemos mantenido la alegría y la esperanza, y a nuestro tiempo tampoco le han faltado maravillosos vivires de los cuadros de Matisse. (*Cavilaciones y melancolías*, 33).

Esta es una de las claves en las que podemos leer el primer cuento que da título al libro, «La querencia de los búhos», y los demás relatos. Es una pieza breve que no cuenta más que la charleta de unas mujeres con un guarda, Juan, sobre el cambio climático. Sin embargo, lo que lo motiva, el comentario del guarda sobre la querencia de los búhos a volver a las ruinas de las iglesias esconde algo que en primer momento pasa inadvertido. La iglesia ya solo es unas ruinas, pero esas ruinas, lo que queda de un mundo que ya no existe, les permite cobijarse allí. De la espadaña, ni siquiera tenía campanario, sale una lechuga. Y Juan les dice: “por algo sería esa querencia que tenían, y ya no tiene nadie, en este mundo más que ellos.” Es la querencia de la memoria, de volver por los caminos donde una vez entendimos el mundo.

Para un lector con prisa estos relatos podrían resultar una repetición de la docena de libros anteriores de cuentos del mismo autor, pero no es así. Jiménez Lozano no es un escritor cansado a su edad. Hay una mirada joven y subversiva con la que se nos cuenta la historia de doña Asun y su vecina doña Rosa en «La dignidad humana» o la visita en campaña de los políticos a una residencia en «La curación por el espíritu», donde los ancianos incendiados por los políticos comienzan a montar la revolución. Solo el *memento mori* o recuerdo de que tenían que morir supone un consuelo que ni los políticos que acuden a la residencia o los técnicos de los «Servicios Municipales de Atención a las Personas Mayores» en «La dignidad humana» parecen entender. Doña Asun les recitará el comienzo del Acto V de *Hamlet* y la psicóloga de los servicios de

atención queda «como viendo visiones y sin saber qué hacer». En un mundo en el que casi todo lo hemos hecho tan complejo, resulta hasta subversivo nombrar lo más humano de nuestra condición: la muerte.

Este libro contiene dos o tres relatos, los más breves, que son lo más logrado por Jiménez Lozano en este género. Kenneth Clark en «El artista envejece» dentro de *Momentos de visión* se pregunta por qué los mejores artistas realizan al final de sus vidas sus obras maestras. Según Clark es solo entonces cuando «toman la posición necesaria del cuerpo para hacer comprensible el instante y contemplan cómo el momento de la desintegración revela el alma». Clark está hablando de pintores, pero bien vale para otras artes.

En esta colección están los temas que configuran la obra del autor. Encontramos su meditación sobre la historia de España, siguiendo a Américo Castro; Jiménez Lozano ha mostrado en ensayos y en ficción el origen de España como un telar donde se trenzaron en un momento dado las tres religiones. Siempre ha dicho que en la literatura española no existía el retrato de los seres de desgracia que sí lo hay en la pintura de Velázquez, no había Sonias como en *Crimen y castigo*. Aquí, como en *Un dedo en los labios*, encontramos el homenaje a esas mujeres de palacio o a los seres de desgracias que son el centro del mundo. «La condenada», apenas una página que cuenta toda una vida de humillación, que atisba en un momento su dignidad y la fuente de su consuelo. Lean sino «Ni un detalle». «La dignidad humana» o «Domingo por la tarde». Está la sabiduría de las mujeres y el silencio. Qué puede consolar a quien llevan al manicomio o, en «Blancos para un ángel», a la Chinita, prostituta que pierde a la Michonete, una tuberculosa que vivía en el club de alterne y recibe al cartero mientras el ataúd va camino del cementerio. Los lectores de Jiménez Lozano estamos agradecidos por los muchos libros y por cómo nos ha enseñado a mirar la vida. Estos cuentos son historias verdaderas y se nos quedan dentro del ánimo, como le dice al barbero el abuelo del narrador en «La solitaria». Por qué releer estos cuentos. Porque una vez que has visto la belleza en una tarde, en el cielo, no la puedes olvidar y eso queda y el narrador de estos cuentos nos lo recuerda. Hay que volver sobre estos cuentos para no olvidar que la vida está en eso que a veces no vemos y merece la pena.

Antonio Martínez Illán
Pamplona, enero de 2019

NOTA EDITORIAL

Seis de estos cuentos han sido publicados en diversos soportes. En soporte digital, en «La nave de los locos» del profesor Fernando Vals, «La solitaria»; y en la revista digital *Ibi Oculus*, por Blanca Álvarez, «El domingo por la tarde», y «La dignidad humana». Y este último fue publicado igualmente, en *Nueva Revista* núm. 131, pp. 91-97, y en la revista *Pasillos* nº1, Curso 2011-2012, del I.E.S. José Jiménez Lozano, de Valladolid.

«Las guerras antiguas» y «La condenada» en la inencontrable antología de cuentos, *Yo vi una vez a Ícaro*, Castilla, Edic. 2002, Valladolid.

«El Responsable», en *Turia*, Revista Cultural, nº 116. Letras de España y Portugal, 2015.

ÍNDICE

CUENTOS

La querencia de los búhos

La Sublime Puerta

Remedio de aflicciones

El árbol seco

El domingo por la tarde

La promesa

La mujer del capazo

La solitaria

La doble vida

Los latines

La curación por el espíritu

La aduana

La estética

El jardín de fray Luis

La condenada

Las guerras antiguas

Ni un detalle

El abrigo

El descubrimiento

Blancos para un ángel

Excesos provinciales

La dignidad humana

La invitada

La ermita de San Secario

El Responsable

El superdotado

[El plato único](#)

[La lluvia](#)

[EPÍLOGO](#)

[Las vidas que nos acompañan](#)

[Nota editorial](#)

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Guadalupe Arbona Abascal (Directora)

Profesora de Literatura Española, Universidad Complutense de Madrid

María Dolores de Asís Garrote

Catedrática de Literatura Universal, Universidad Complutense de Madrid y San Pablo CEU

María del Carmen Bobes Naves

Catedrática de Teoría de la Literatura, Universidad de Oviedo

Sergio Cristaldi

Professore di Letteratura Italiana, Università di Catania

Henry (Hank) T. Edmondson III

Professor of Liberal Arts and Sciences, Georgia College & State University

José Jiménez Lozano

Escritor

Jon Juaristi

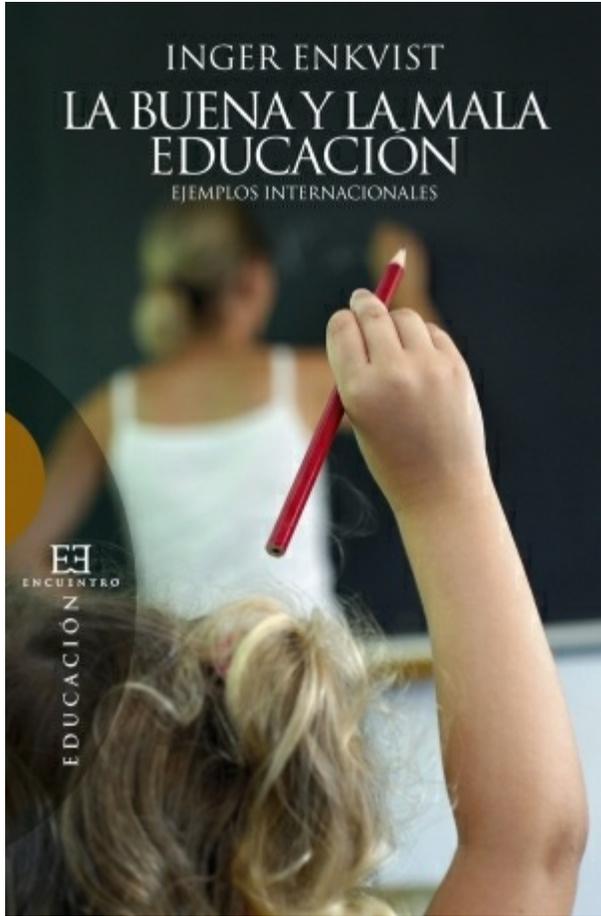
Catedrático de Literatura Española, Universidad de Alcalá de Henares

José Antonio Millán-Alba

Catedrático de Literatura Francesa, Universidad Complutense de Madrid

Álvaro de la Rica Aranguren

Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada



La buena y la mala educación

Enkvist, Inger

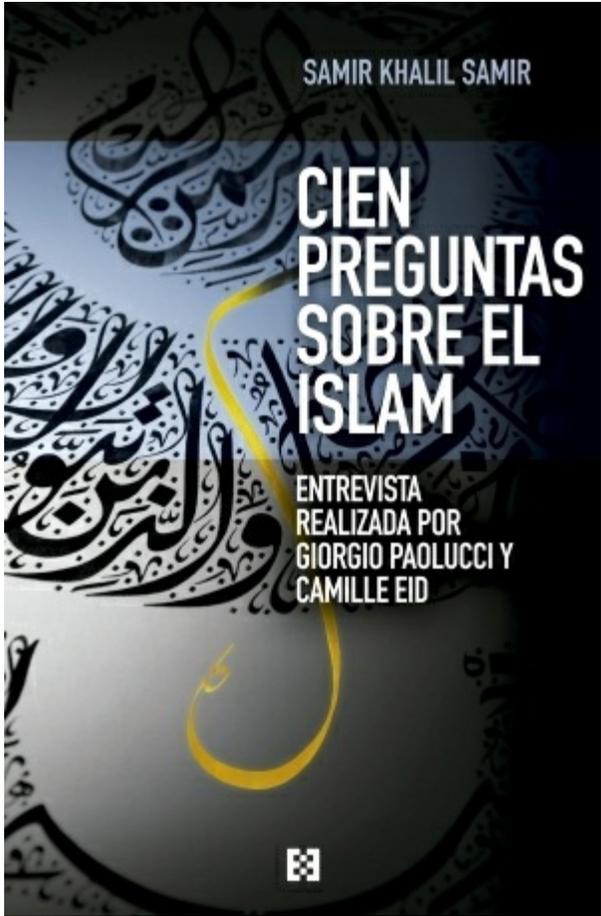
9788499209906

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El presente libro tiene el propósito de explicar en qué consiste la buena calidad educativa. Estudiando diversos sistemas escolares, tanto con buenos como con malos resultados, se muestran las razones por las que el modelo educativo prevaleciente en muchos países occidentales no funciona. Y propone un cambio de mentalidad y política educativa en la que el esfuerzo del alumno, el apoyo de la familia y el aprendizaje de los contenidos y, muy especialmente, de la lengua tengan un papel central.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Cien preguntas sobre el islam

Khalil Samir, Samir

9788490553411

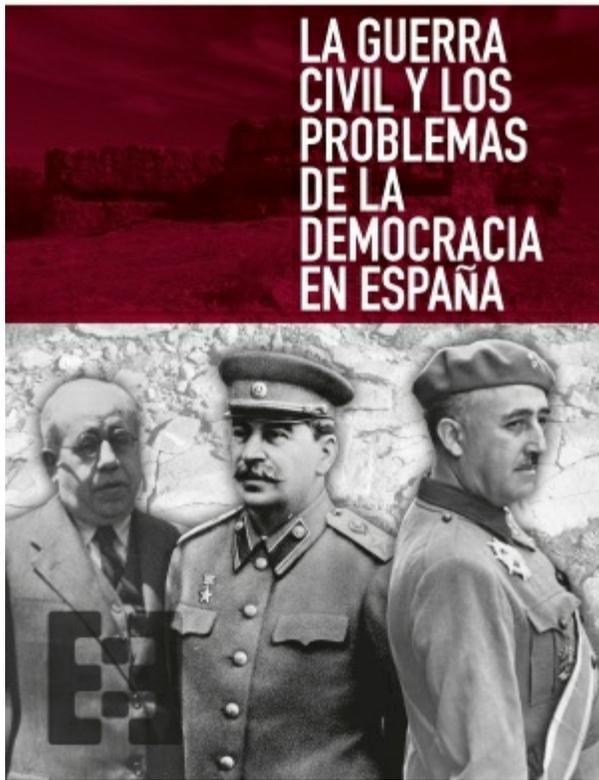
214 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En estos últimos años han tenido lugar significativos acontecimientos -- conflictos armados, inmigración masiva, atentados terroristas, revueltas ciudadanas-- relacionados con la religión islámica que han afectado de lleno a nuestras vidas. Esto ha conllevado que surjan viejos y nuevos interrogantes sobre una realidad de la que participan mil doscientos millones de personas en el mundo y que es, al mismo tiempo, religiosa, cultural y política. En este libro-entrevista, Samir Khalil Samir, uno de los mayores expertos en el mundo islámico a nivel internacional, responde a todo tipo de cuestiones de carácter histórico, doctrinal, social y político relacionadas con el islam, permitiendo que lo conozcamos y valoremos sin prejuicios y sin ingenuidad, elementos necesarios para construir formas de convivencia adecuadas con aquellos seguidores de Mahoma que son ya vecinos nuestros.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

PÍO MOA



La guerra civil y los problemas de la democracia en España

Moa, Pío

9788490558041

316 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué consecuencias de la guerra civil llegan hasta hoy?

¿Cómo influyó aquella contienda en el resto de Europa y el resto de Europa en España? ¿Cuál fue la verdadera estrategia de Hitler y de Stalin? ¿Tuvo posibilidad de ganar el Frente Popular y qué habría pasado en tal caso? ¿Qué se jugaba realmente en el conflicto y qué papel desempeñó en él la democracia? ¿Fue una lucha estéril? ¿Por qué la democracia ha tenido tantas dificultades para asentarse en España y en gran parte de Europa? ¿Está segura hoy en España?...

Estos y otros asuntos son tratados en este libro, que se distancia de los enfoques habituales al plantear cuestiones generalmente pasadas por alto, ya indicadas en sus cuatro partes:

1. Desarrollo de la guerra civil. Un análisis crítico.
2. Cuestiones básicas sobre la guerra de España.
3. Los problemas de la democracia en España.
4. El debate sobre la guerra y el pasado próximo.

Ochenta años después de comenzada aquella contienda, sin duda el suceso más decisivo de la España del siglo XX, se impone un análisis en profundidad de sus efectos, alejándose de pasiones y de odios todavía demasiado frecuentes.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amar con los brazos abiertos

Baeza, Carmela

9788490558218

154 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este pequeño-gran libro nos explica, basándose en la información científica más reciente y en muchos años de experiencia profesional y personal de su autora, el modo en el que está "diseñada" la relación entre la madre y su bebé para que tenga lugar la lactancia materna, los factores que en nuestro mundo de hoy la hacen difícil y a veces imposible, y algunas claves para intentar que todo vaya mejor. Esta segunda edición, corregida y aumentada, mantiene su carácter de libro anti-manual, breve, intenso y científico pero, sobre todo, amoroso; nos abre la puerta a entender y sentir cómo podemos vivir con gusto la crianza y la maternidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JULIÁN
CARRÓN

— *ll* —
LA BELLEZA
DESARMADA

— *ll* —
Prefacio de JAVIER PRADES

La belleza desarmada

Carrón, Julián

9788490558133

312 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Como toda crisis, la actual "nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas, pero, en cualquier caso, juicios directos, no preestablecidos" (Hannah Arendt). Es, por tanto, una invitación a abrirnos a los demás y, para los cristianos, una ocasión para verificar la capacidad de la fe para dar respuesta a los nuevos desafíos y mantener un diálogo a campo abierto en el espacio público. Julián Carrón, responsable actual de Comunión y Liberación, una de las realidades eclesiales más relevantes de las últimas décadas, reflexiona sobre nuestra actual situación de "cambio de época". En este libro nos plantea de qué modo la propuesta cristiana puede ser atrayente para el hombre de hoy y contribuir a la construcción de espacios de libertad y convivencia en nuestra sociedad plural. El acceso a la verdad sólo es posible a través de la libertad. La historia es el espacio del diálogo en libertad, "lo cual no quiere decir que sea un espacio vacío, desierto de propuestas de vida. Porque de la nada no se vive. Nadie puede mantenerse en pie, tener una relación constructiva con la realidad, sin algo por lo que valga la pena vivir, sin una hipótesis de significado".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

CUENTOS	6
La querencia de los búhos	7
La Sublime Puerta	10
Remedio de aflicciones	12
El árbol seco	26
El domingo por la tarde	31
La promesa	34
La mujer del capazo	38
La solitaria	42
La doble vida	45
Los latines	48
La curación por el espíritu	52
La aduana	55
La estética	58
El jardín de fray Luis	61
La condenada	64
Las guerras antiguas	65
Ni un detalle	69
El abrigo	72
El descubrimiento	75
Blancos para un ángel	77
Excesos provinciales	79
La dignidad humana	94
La invitada	99
La ermita de San Secario	102
El Responsable	105
El superdotado	120
El plato único	122
La lluvia	124
EPÍLOGO	125
Las vidas que nos acompañan	125
Nota editorial	129
ÍNDICE	130